

BIBLIOTHECA

IBERO - AMERICANA 194



Centroamérica

Perspectivas desde el bicentenario:
tensiones, identidades y asedios al istmo letrado

ROLANDO CARRASCO / MAURICIO CHAVES / SUSANNE SCHLÜNDER (EDS.)

Rolando Carrasco, Mauricio Chaves, Susanne Schlünder
(eds.)

Centroamérica

Perspectivas desde el bicentenario:
tensiones, identidades y asedios al istmo letrado



BIBLIOTHECA IBERO - AMERICANA

Publicaciones del Instituto Ibero-Americano
Fundación Patrimonio Cultural Prusiano
Vol. 194

Consejo editorial de la colección

Peter Birle (Ibero-Amerikanisches Institut, Berlin)
Sandra Carreras (Ibero-Amerikanisches Institut, Berlin)
Ulrike Mühlshlegel (Ibero-Amerikanisches Institut, Berlin)
Héctor Pérez Brignoli (Universidad de Costa Rica, San José)
Janett Reinstädler (Universität des Saarlandes, Saarbrücken)
Friedhelm Schmidt-Welle (Ibero-Amerikanisches Institut, Berlin)
Liliana Weinberg (Universidad Nacional Autónoma de México)
Nikolaus Werz (Universität Rostock)

Rolando Carrasco
Mauricio Chaves
Susanne Schlünder (eds.)

Centroamérica

Perspectivas desde el bicentenario:
tensiones, identidades y asedios al istmo letrado

Iberoamericana • Vervuert

2023



Institut für Romanistik/Latinistik

Agradecemos al Instituto de Romanística y Latinística (FB7) de la Universität Osnabrück por el apoyo financiero para la elaboración de este libro.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Para más información consulte:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Iberoamericana 2023

c/ Amor de Dios, 1
E-28014 Madrid

© Vervuert 2023

Elisabethenstr. 3-9
D-60594 Frankfurt am Main

info@ibero-americana.net - www.iberoamericana-vervuert.es

ISSN 0067-8015

ISBN 978-84-9192-401-2 (Iberoamericana)

ISBN 978-3-96869-523-5 (Vervuert)

ISBN 978-3-96869-524-2 (e-book)

Depósito legal: M-34134-2023

DOI: <https://doi.org/10.31819/9783968695242>

Diseño de la cubierta: Rubén Salgueiros

Foto de la cubierta: Víctor Canifrú/Alejandra Acuña Moya: "El supremo sueño de Bolívar" (Detalle del mural). Managua, 1983. Reproducido en: Kunzle, David. 2017. *Los murales de la Nicaragua revolucionaria 1979-1992*. Managua: Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica de la Universidad Centroamericana.

Impreso en España

Índice

Introducción <i>Rolando Carrasco, Mauricio Chaves, Susanne Schlünder</i>	7
Centroamérica ante la hegemonía internacional: neocolonialismo, modernidades, explotación y lucha	
La Comunidad Europea se interesa en Centroamérica: ¿responsabilidad internacional o momento neocolonial? <i>Carlos Alberto Haas</i>	21
Estados Unidos y el problema del desarrollo económico en El Salvador, 1957-1961 <i>René Aguiluz Ventura</i>	35
“El suampo del banano y el oro de los gringos”: la participación política de los trabajadores nicaragüenses en la huelga bananera costarricense de 1934 <i>Sonia Angulo Brenes</i>	53
Re-construcciones identitarias, memoria y movilidad en/desde Centroamérica: género, violencia y supervivencia	
Del nacuiloni al <i>queer</i> : una genealogía identitaria de las alteridades sexuales en El Salvador <i>Amaral Arévalo</i>	69
Reflexiones sobre archivo y violencia a partir de la novela <i>Roza tumba quema</i> (2017) de Claudia Hernández <i>Valeria Grinberg Pla</i>	83
Centroamérica: movilidad y supervivencia familiar antes de la migración masiva a Estados Unidos en 1980 <i>Ricardo Castellón</i>	99

**Campo intelectual e ideologías en disputa: mito,
prácticas letradas y sujetos movilizados**

Revisitar la Guerra Fría desde la mirada de Eunice Odio <i>Tania Pleitez Vela</i>	115
(Des)encuentros en la escritura ensayística centroamericana: lectura de “Seis falsos golpes contra la literatura centroamericana” de Sergio Ramírez y “Literatura centroamericana del siglo XXI: en los confines de la (des)memoria” de Carlos Cortés <i>Estefanía Calderón Sánchez</i>	131
“Rebelión visual o barbarie neoliberal”. La gráfica del movimiento universitario en los albores del bicentenario (Costa Rica, 2019) <i>Sergio Villena Fiengo</i>	147
Autores y editores	173

Introducción

Rolando Carrasco, Mauricio Chaves, Susanne Schlünder

Institut für Romanistik und Latinistik (IRL)

Universität Osnabrück

El 15 de septiembre de 2021 representó para las cinco naciones de la Centroamérica histórica —Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua—, la fecha de “conmemoración” de sus 200 años de independencia (1821-2021). A ambos lados del Atlántico, congresos, simposios, exposiciones y publicaciones han quedado como testimonio no solamente del esfuerzo celebratorio —aquejado por renovadas crisis internas y el fenómeno global de la pandemia por el Covid-19—, sino también del interés de diversas comisiones y congresos académicos, de creadores e intelectuales por revisar críticamente el pasado y presente de la independencia política en dichas naciones del istmo.

No ajenos a este impulso, en noviembre del 2021 nos dimos a la tarea de convocar al *XI coloquio-taller de la Red Europea de Investigaciones sobre Centroamérica* (RedISCA)¹. En esta oportunidad, organizado por el Departamento de Romanística y Latinística de la Universidad de Osnabrück, bajo el título “Centroamérica en el bicentenario de su independencia: dinámicas sociales, prácticas estético-culturales y desafíos democráticos en el contexto global”, la conectividad digital nos permitió sobrellevar las limitaciones de la pandemia y contar con la participación de destacados investigadores e investigadoras de diversas latitudes, algunas de cuyas contribuciones forman parte de este volumen (casi retrospectivo, diríamos hoy) sobre el bicentenario en Centroamérica.

Pese a la indudable complejidad histórico-geográfica, política y cultural del bicentenario en cinco naciones, lo que habría demandado la realización

1 La organización del Coloquio-Taller y coedición del presente volumen forman parte de las actividades de colaboración científica y perfeccionamiento doctoral del Sr. Mauricio Chaves. El coeditor deja constancia de su especial agradecimiento a la Universidad de Costa Rica a través de la Sede de Occidente y la Oficina de Asuntos Internacionales y Cooperación Externa (OAICE), así como al Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD) en el marco del programa bilateral ALECOSTA (DAAD-UCR).

de un congreso multitudinario, el presente volumen aspira a constituirse en una perspectiva crítica en que —predominantemente desde el marco disciplinario de la Historia, los Estudios Literarios y Culturales, así como la Sociología— el lector interesado pueda acoger algunas perspectivas teóricas y miradas críticas, no siempre suficientemente representadas en este polifacético fenómeno y el conjunto de nuevas publicaciones (2021) deudoras del citado homenaje. Sea el caso de *Festejos y símbolos: el primer centenario de la independencia de Centroamérica* de Patricia Fumero Vargas (Costa Rica); *La independencia de Costa Rica. Historia, debate y conmemoración, 1821-2021* por David Díaz Arias (Costa Rica); *El Salvador 1821-2021: bicentenario de la Independencia* de César Ramírez Alvarenga (San Salvador); *El bicentenario. Un enfoque alternativo* de Rafael Lara-Martínez (San Salvador); *¡Así lo celebramos!: bicentenario 1821-2021*, edición de Michelle Castañeda et al. (Guatemala); o las sendas colecciones del Bicentenario impulsadas por EUNA² y CLACSO³, por mencionar algunas. A nuestro juicio, se trata de un campo en el que, más allá de sus específicos aportes intelectuales para la comprensión de las naciones del istmo, aún resulta significativa la observación de David Díaz Arias sobre la conmemoración como instancia de visibilización de una doble crisis en estos 200 años:

Internamente, además, nos encontramos con una Centroamérica rota en sentido simbólico y en sentido social. Simbólico, porque los recursos oficiales del recuerdo no han servido para enfrentar los conflictos que dividen a esta sociedad; social, porque esos conflictos tienen raíces históricas que los vuelven imponentes y difíciles de resolver si no se sigue un modelo de inclusión en beneficio de las mayorías.⁴

Esta fractura en el orden simbólico y social resulta propicia para problematizar en la raíz del vocablo “conmemoración”, en tanto ejercicio colectivo del recuerdo en/sobre Centroamérica. En relación con dicha categoría en tanto fenómeno mnémico de estudio, Nora Rabotnikof apunta que pensarla en cuanto práctica y vinculación con el pasado:

2 Cfr. Colección Bicentenario (Editorial de la Universidad Nacional, Costa Rica): <https://www.euna.una.ac.cr/index.php/EUNA/catalog/book/297>.

3 Cfr. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO): <https://www.clacso.org/coleccion-bicentenario-de-centroamerica-historias-comunes-luchas-y-transformaciones/>.

4 David Díaz Arias (2021). “Bicentenario de Centroamérica”. *IdeAs* [Online], 18, 2021. <https://doi.org/10.4000/ideas.11508>.

[...] pone en cuestión, entre otras cosas, el monopolio de la historia en el abordaje y el trazado de nuestra relación con el pasado. Por ello, en la variada literatura sobre memoria colectiva está reservado un lugar especial a las prácticas sociales de conmemoración, pues se supone que a través de ellas los grupos humanos mantienen o reconstruyen una concepción o una imagen de su pasado [...]. Más allá de los aspectos relacionados con la *fiesta pública*, de manera convencional pero útil para intentar trazar algunas cuestiones que serán puestas en juego en los bicentenarios, podríamos distinguir dos posturas que hacen a la interpretación del *tipo de relación o de uso del pasado que se moviliza en la conmemoración*. A la primera la llamaremos la tesis del apremio (*constraint*) o imperatividad del pasado. A la segunda, la ubicamos del lado de la conmemoración como una forma más de construcción de pasado, un pasado que se revela como absolutamente maleable.⁵

Entendida la conmemoración, en términos de la filósofa argentina, como “una forma más de construcción de pasado”, se abre el espacio de reflexión en torno a las diversas *narrativas* (Albrecht Koschorke) sobre el pasado en Centroamérica, no reservado, exclusivamente, al ámbito de la historia, sino también a otras manifestaciones simbólicas y géneros discursivos (ensayo, testimonio, novela, hemerografía, médico-legal, policial, etc.) fuentes de investigación variadas. En dicha perspectiva, el presente volumen se ha organizado en tres ejes representativos que abordan (salvo excepciones), predominantemente los siglos xx y xxi, bajo las siguientes unidades temáticas, que a continuación destacamos: *Centroamérica ante la hegemonía internacional*; *Re-construcciones identitarias, memoria y movilidad en/desde Centroamérica*; y *Campo intelectual e ideologías en disputa*.

Centroamérica ante la hegemonía internacional: neocolonialismo, modernidades, explotación y lucha

Desde la llegada de los conquistadores a América, la región centroamericana ha guardado un especial interés para las potencias, en tanto región de importancia geopolítica y geoestratégica. Si, durante la colonia, las potencias europeas sacaron el mayor provecho de los recursos de la región, a partir de

5 Nora Rabotnikof (2009). “Política y tiempo: pensar la conmemoración”. *Sociohistórica* (26): 184-185. Disponible en: https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4513/pr.4513.pdf.

la segunda mitad del siglo XIX fue Estados Unidos quien impuso un modelo de extracción neocolonial a través de la explotación de la tierra y la mano de obra centroamericana y caribeña. Este modelo continuó vigente durante la primera mitad del siglo XX y, posteriormente, se sustituyó por políticas de desarrollo en el marco de la Guerra Fría. En esa coyuntura, Centroamérica se convirtió en un agitado espacio de disputa entre la potencia del Norte y la Unión Soviética, la cual procuraba también romper la hegemonía de Estados Unidos en toda la región latinoamericana. En este contexto, Europa tuvo un rol secundario, hasta que, a finales del siglo XX, volvió a poner su atención en el istmo como un espacio para reafirmar su relevancia política como región. De esta manera, uno de los rasgos que asumió la independencia centroamericana ha sido el de la subordinación política y económica a las potencias globales a través de las élites locales centroamericanas.

Este panorama es abarcado (parcialmente) por los tres primeros artículos que componen este volumen. El libro se inicia con un trabajo que explora las relaciones entre Europa y Centroamérica en el marco de procesos acelerados de globalización. En “La Comunidad Europea se interesa en Centroamérica: ¿responsabilidad internacional o momento neocolonial?”, Carlos Alberto Haas (Ludwig-Maximilians-Universität München) analiza el interés europeo por el istmo a partir de la década de 1980, es decir, en el marco de la progresiva integración de ambas regiones. Para ello aborda las coyunturas de “atención” (como categoría de análisis histórico) y las relaciones “neocoloniales” que permitirían caracterizar los vínculos entre Europa y Centroamérica en la segunda mitad del siglo XX. El artículo, en primer lugar, examina por qué los miembros de la Comunidad Europea se involucraron formalmente en el proceso de paz centroamericano a partir de 1984 y qué contextos históricos, como los progresivos procesos de integración de ambas regiones, llevaron a este compromiso. En segundo lugar, se enfoca en la producción de conocimiento sobre las culturas mayas llevada a cabo por arqueólogos, antropólogos y etnólogos del Norte Global. En dicho proceso, Haas observa la reproducción de asimetrías de poder existentes entre el Norte y el Sur, a partir de lo cual reflexiona críticamente sobre el concepto de lo “neocolonial” como elemento distintivo de dichas relaciones, y concluye que los países del istmo centroamericano sirvieron como una pantalla en la cual los países europeos proyectaron sus propias necesidades, miedos y deseos.

En “Estados Unidos y el problema del desarrollo económico en El Salvador, 1957-1961”, René Aguiluz Ventura (UNAM) revisa críticamente

el problema del rol que han jugado las pequeñas, cambiantes y afincadas élites económicas en su relación con Estados Unidos. De esta forma analiza uno de los aspectos más representativos de la Guerra Fría Centroamericana salvadoreña: el financiamiento y la cooperación para el desarrollo, especialmente en lo que respecta al otorgamiento de créditos a través de instituciones financieras internacionales. Gracias al revelador análisis de fuentes diplomáticas, el autor demuestra cómo la “diplomacia financiera” de Estados Unidos sirvió de base para el proyecto de las élites económicas salvadoreñas, que a su vez implicó un determinado desarrollo de la política local. Así, Aguiluz contribuye a la relectura de la narrativa historiográfica tradicional, no solo en torno a los mitos fundacionales sobre la dominación oligárquica en El Salvador, sino también vista la Guerra Fría como un problema de orden global en el que tanto Estados Unidos como Rusia impulsaron sus propias visiones (contrapuestas) de la modernidad y su impacto internacional en Centroamérica.

Posteriormente, en “‘El suampo del banano y el oro de los gringos’: la participación política de los trabajadores nicaragüenses en la huelga bananera costarricense de 1934”, Sonia Angulo Brenes (Universidad de Costa Rica), gracias a un meticuloso estudio de fuentes documentales —incluyendo textos hemerográficos, literarios y de archivo—, analiza esta huelga como protesta ante las condiciones de trabajo impuestas por la United Fruit Company (UFCO) en el Caribe. Para tal efecto, la autora busca revisar críticamente la intervención de esta multinacional estadounidense en el espacio centroamericano, mediante el ejemplo migratorio a Costa Rica, las estrategias de representación sobre los huelguistas foráneos, así como las políticas de castigo/exclusión aplicadas. Angulo Brenes realiza un recorrido histórico que permite explicar los incipientes desplazamientos de los trabajadores nicaragüenses a Costa Rica para incorporarse como rompehuelgas y, posteriormente, como proletarios bananeros. En este contexto, se analizan las condiciones de trabajo en las que se desarrollaron, su decisión de incorporarse en la huelga bananera y su relación con los demás trabajadores, con el Partido Comunista y con el Estado costarricense. En otras palabras, el artículo analiza la migración laboral de nicaragüenses en la década de los treinta y cuestiona desde dicho “locus de enunciación” la construcción de un discurso hegemónico sobre estos trabajadores como “otros” (en tanto masa amorfa, violenta y peligrosa) frente a los trabajadores costarricenses. De esta manera, consigue repensar las relaciones de explotación, de lucha y de cooperación entre los obreros centroamericanos, tanto en su dimensión

histórica como narrativa, frente a los discursos nacionalistas de odio y desunión, dominantes aún en la actualidad centroamericana.

Re-construcciones identitarias, memoria y movilidad en/desde Centroamérica: género, violencia y supervivencia

Tras la disolución de la República Federal Centroamericana (1824-1839), las élites criollas buscaron la manera de asegurarse un lugar hegemónico en la región. Para ello, conformaron proyectos de Estado nación a partir de discursos y mecanismos de exclusión con los cuales legitimaron y reprodujeron sus modelos de producción y gobierno. Estos mecanismos permiten comprender el tipo de sociedades y culturas centroamericanas que se fueron construyendo a partir de las independencias y, especialmente, analizar las condiciones y representaciones que les fueron impuestas a aquellos grupos subalternizados, ya fuera por su etnia, color de piel, género, orientación sexual u otro. Tal hegemonía condujo, en la historia contemporánea de la región, a arduos conflictos armados relacionados con la disputa por el poder político-económico, en los que dichos grupos subalternos sufrieron, una vez más, las consecuencias de una violencia estructural que sigue vigente. Entre los que sobrevivieron a dicho contexto en muy diversas condiciones, la migración a Estados Unidos representó una “estrategia de supervivencia” y una opción para rehacer parte de sus vidas. Otras personas decidieron o se vieron obligadas a permanecer en sus países de origen, pero tanto estas como las primeras tuvieron que cargar con el trauma de la guerra por el resto de sus vidas. Las contribuciones de Arévalo, Castellón y Grinberg analizan dichas realidades, a partir de diferentes disciplinas como la sociología, la historia y la literatura.

Amaral Arévalo (Instituto Fernandes Figueira/Fundação Oswaldo Cruz), con base en las problemáticas de género y el proceso de construcción de identidades, nos ofrece su ensayo “Del nacuiloni al *queer*: una genealogía identitaria de las alteridades sexuales en El Salvador”. Su contribución propone un análisis genealógico del uso de nombres y categorías para identificar a las alteridades sexuales en El Salvador, teniendo como meta visibilizar, con especial énfasis mediante fuentes de los siglos XIX y XX (preceptos religiosos y morales, discurso médico-legal, boletines de policía, prensa, etc.), este margen social y su obliteración por la oficialidad actual. Tal como demuestra Arévalo, el desuso de conceptos y substantivos propios originarios

de la cultura prehispánica y en lengua náhuatl (“cuiloni”, “teculinti”), tuvo una fuerte conexión con el exterminio físico del último reducto de hablantes de esta lengua en 1932. Aparejado con lo anterior, categorías producidas en los márgenes urbanos (“homosexual”, “culero”, “marimacha”, “maricón”, “naco”), como La Praviana en San Salvador, fueron sustituidos por conceptos provenientes de países del Norte Global, por influencia del financiamiento internacional y la utilización de un lenguaje específico (“gay”, “travesti”, “transexual”). La interacción entre marcadores sociales de la diferencia como clase social, geografía, nivel educativo, contribuyen a los procesos de colonización identitaria y la adopción de términos extranjeros (“queer”) o acrónimos (“LGBT”) como propios en la región.

El estudio de Valeria Grinberg Pla (Bowling Green State University, Ohio), “Reflexiones sobre archivo y violencia a partir de la novela *Roza tumba quema* (2017) de Claudia Hernández”, analiza la continuidad de la violencia contra las mujeres antes, durante y después de la guerra civil en El Salvador (1980-1992), que la restauración de la democracia, junto a sus iniciativas de justicia y memoria, no solo no ha eliminado, sino que ha contribuido a silenciar y que, por si fuera poco, las políticas neoliberales han exacerbado. A juicio de Grinberg Pla, *Roza tumba quema*, de la escritora salvadoreña Claudia Hernández, descentra la experiencia masculina de la guerra (usualmente transmitida desde la voz del guerrillero) para poner en primer plano las violencias particulares experimentadas por las mujeres. A partir de un análisis interseccional que conjuga género, clase y condición social racializada, Grinberg Pla afirma que la novela cuestiona la autoridad del archivo revolucionario y contribuye a la conformación de un archivo transfeminista en Centroamérica, no solo en cuanto metodología de investigación, sino también como posicionamiento político. Además, la novela se asienta en una epistemología indígena que recupera el tiempo de la roza, tumba, quema, y reclama lo que Emanuela Jossa ha llamado una “necesidad de reconocimiento”. En toda su ambigüedad e hibridez testimonial, *Roza tumba quema* hace de la literatura una forma de anachivismo (Tello) que perturba la lógica del archivo dominante —entendido como máquina de control social de los cuerpos—, con especial atención a los cuerpos devenidos minoritarios de las mujeres en su materialidad y diversidad irreductibles. En síntesis, se trata de una lectura renovadora que aborda los modos en que la novela de Hernández cuestiona la violencia sistémica demarcadora de pertenencias y exclusiones en el marco de la nación, al tiempo que

problematiza el discurso dominante de la memoria de la lucha armada en El Salvador.

Ricardo Castellón (Universität zu Köln/Academia Salvadoreña de la Historia), en “Centroamérica: movilidad y supervivencia familiar antes de la migración masiva a Estados Unidos en 1980”, aborda uno de los problemas centrales de la realidad centroamericana, la crisis migratoria. Con base en los “estudios migratorios” y conceptualizaciones, tales como las así llamadas “estrategias de supervivencia”, el artículo busca posesionarse en un campo, a juicio del autor, aún poco explorado: la movilidad de la familia centroamericana en el siglo xx y sus ajustes como estrategia de supervivencia. Castellón se ocupa de estudiar estrategias de supervivencia a que recurrieron las familias centroamericanas antes del inicio de la década de 1980 (precedente inmediato de la masiva migración contemporánea), considerando: el modelo de familia “extendida”, la movilidad para asegurar el sustento, emigración en cadena y reconstrucción del núcleo familiar. Castellón no solo revisa el patrón de movilidad predominantemente masculino y sus efectos en la familia hacia la primera mitad del siglo xx, mediante la movilidad fronteriza en Centroamérica y a Estados Unidos (San Francisco, Nueva York, Nueva Orleans, California), sino también aborda las transformaciones en los patrones de migración a inicios de la década de 1950 en ambas direcciones. Caracteriza este período de movilidad a Estados Unidos la ruptura con el rol tradicional masculino, debido al rol más activo y transformador de la mujer en las relaciones familiares tradicionales. A juicio del estudioso, todavía falta profundizar en las consecuencias de este flujo migratorio de las mujeres en la familia, así como en los correspondientes mecanismos de movilidad geográfica de sus hijos y maridos para la reconstrucción familiar o la construcción de una nueva familia. Finalmente, a excepción de la migración femenina hacia Estados Unidos, la movilidad geográfica de la segunda mitad del siglo xx se caracterizó por la migración masculina con una alta incidencia de migrantes jóvenes. La familia centroamericana, indudablemente, continúa su transformación, de ahí que su movilidad es fundamental para comprender su sociedad y las transformaciones sociales globales aún en curso.

Campo intelectual e ideologías en disputa: mito, prácticas letradas y sujetos movilizados

En una región de constantes transformaciones políticas, las figuras intelectuales han sido históricamente caracterizadas como activas y comprometidas. Esta caracterización ha supuesto la conformación de un cierto mito del escritor centroamericano, deudor de una tradición latinoamericana en la que, a menudo, asumieron también funciones políticas a través del Estado u otras instancias. Esto implica que la imagen del intelectual ha sido también construida a partir de una base político-ideológica que responde a los diferentes momentos y actores de la historia centroamericana. Esto sugiere, por una parte, que dichas coordenadas se han convertido en parámetros fundamentales para comprender las literaturas de la región, a la vez que obliga constantemente a revisar y visitar la construcción de figuras particulares, con el fin de desmitificarlas y comprender los procesos de apropiación y rechazo ideológico a los que han sido sometidas. Tal es el caso de los artículos de Tania Pleitez Vela y Estefanía Calderón Sánchez, en los cuales se abordan figuras de la importancia de Eunice Odio, Sergio Ramírez y Carlos Cortés. Los aportes de ambas articulistas permiten establecer distancia con respecto a las lecturas del intelectual que han prevalecido en la región, ubicarlas en sus respectivos marcos de referencia y comprender su función en estos, así como los cambios que han tenido a lo largo del tiempo.

Tania Pleitez Vela (Università degli Studi di Milano Statale) con su artículo “Revisitar la Guerra Fría desde la mirada de Eunice Odio”, explora el pensamiento político de la costarricense Eunice Odio (1919-1974) mediante el análisis de artículos publicados en la revista *Examen* de México. El primero es “Cuba en la tela de araña” (abril 1961) y el segundo “El porqué de la máscara de Fidel Castro” (mayo 1961). Lo anterior se complementa con la carta que la escritora envió a la redacción de la revista *Visión* a principios de los años 50. La propuesta de Pleitez aborda críticamente el “mito ideológico” que se tejó en torno a su postura política, lo que se tradujo en su exclusión y ostracismo en los últimos años de su vida. De esta forma desde el análisis del discurso y de la construcción autorial, Pleitez indaga en la complejidad ideológica de la Guerra Fría cultural en Centroamérica, con el objeto de problematizar la postura “reaccionaria” atribuida tradicionalmente a Eunice Odio. En síntesis, la investigadora logra problematizar las nociones fijas con las que se ha construido la leyenda en torno a la poetisa costarricense y, al mismo tiempo, propone una aproximación a su lectura

política del momento histórico en el marco de las tensiones e impacto de la Guerra Fría en Centroamérica. La reconsideración crítica de estas controversias, mitos y discursos del siglo xx, son parte consustancial de una relectura no solo del campo cultural e intelectual del pasado, sino también del presente en Centroamérica.

Estefanía Calderón Sánchez (Universidad de Costa Rica), en su artículo “(Des)encuentros en la escritura ensayística centroamericana: lectura de ‘Seis falsos golpes contra la literatura centroamericana’ de Sergio Ramírez y ‘Literatura centroamericana del siglo xxi: en los confines de la (des)memoria’ de Carlos Cortés”, nos propone una lectura comparativa de la tradición ensayística del istmo mediante los aportes del escritor y político nicaragüense Sergio Ramírez y del periodista, narrador y ensayista costarricense Carlos Cortés. Los ensayos analizados, separados por un período de más de treinta y cinco años, permiten sopesar las tensiones y transformaciones en relación con las prácticas literarias y el papel del escritor centroamericano en el devenir sociocultural centroamericano de las últimas décadas. En el marco de un género particularmente contemporáneo, dialógico, estetizado y a la vez colocado en los márgenes frente a la narrativa, Calderón Sánchez observa el paso de una realidad centroamericana total en el ensayo de Ramírez hacia la afirmación de la heterogeneidad y de las contradicciones culturales de la región en el caso de Cortés. A esto se suma también un marcado contraste en el rol del escritor centroamericano, el cual durante los conflictos armados mantuvo un protagonismo político que, posteriormente, fue sustituido por una multiplicidad de funciones. Por tanto, el análisis permite comprender los diversos proyectos culturales y literarios del ensayo centroamericano contemporáneo y su relación con formaciones identitarias cambiantes. Así, la producción ensayística centroamericana contribuye también a las discusiones sobre el desarrollo sociohistórico de la región.

Finalmente, la contribución del sociólogo Sergio Villena Fiengo (Universidad de Costa Rica), “‘Rebelión visual o barbarie neoliberal’. La gráfica del movimiento universitario en los albores del bicentenario (Costa Rica, 2019)” cierra el presente volumen con un estudio de candente actualidad, tanto en Centroamérica como en otras regiones del Cono Sur: el descontento social, las movilizaciones estudiantiles y la gráfica de protesta. Tal como advierte Villena Fiengo, en las últimas décadas, la manifestación pública del descontento se ha convertido en algo cotidiano a nivel mundial. Un actor destacado es la juventud, que se rebela y moviliza de múltiples y novedosas maneras contra gobiernos y actores retrógrados que imponen

medidas que —material o simbólicamente— embargan su futuro, directa o indirectamente: privatización de servicios públicos como la educación y la salud, transformaciones en los mercados laborales, deterioro de los sistemas de seguridad social, políticas extractivas depredadoras, entre otros. El artículo estudia la irrupción del movimiento estudiantil costarricense (el “revivir de la *chanclétudez*”) en la discusión pública sobre las consecuencias de la aplicación de políticas neoliberales en Costa Rica durante el gobierno de Carlos Alvarado (2018-2022), mediante un análisis del archivo de la gráfica contenciosa plasmada en edificios universitarios “tomados” durante las protestas del año 2019. Esas abundantes imágenes-textos condensan los malestares estudiantiles (presupuesto universitario y derecho a la educación, crítica al patriarcado, defensa de los bienes comunes, etc.) que atraviesan la sociedad costarricense en una coyuntura que intensifica la conflictividad social provocada por políticas que buscan endulzar la profundización del modelo neoliberal con las celebraciones del bicentenario de la independencia nacional.

Agradecimientos

Agradecemos el aporte financiero del Instituto de Romanística y Latinística (FB7) de la Universität Osnabrück para la presente publicación. Asimismo, al Dr. Peter Birlé y al Instituto Ibero-Americano de Berlín (IAI), por el interés científico y aporte material que hace posible la aparición de este volumen en su prestigiosa serie Bibliotheca Ibero-Americana.

**CENTROAMÉRICA
ANTE LA HEGEMONÍA INTERNACIONAL:
NEOCOLONIALISMO, MODERNIDADES,
EXPLOTACIÓN Y LUCHA**

La Comunidad Europea se interesa en Centroamérica: ¿responsabilidad internacional o momento neocolonial?¹

Carlos Alberto Haas

Ludwig-Maximilians-Universität München

Introducción y cuestionamiento

El 28 y 29 de septiembre de 1984, en San José, la capital de Costa Rica, los diez Estados de la Comunidad Europea (CE) y los dos países candidatos, España y Portugal, entraron oficialmente en el proceso de paz centroamericano. Los cancilleres de los doce países consultaron con sus homólogos centroamericanos, así como con los cancilleres de los llamados Estados de Contadora: Panamá, México, Colombia y Venezuela. La resolución de los conflictos centroamericanos, las guerras civiles en Guatemala (desde 1960), en Nicaragua (desde la revolución sandinista en 1979) y El Salvador (desde 1980), pasó de una interrelación latinoamericana a una internacional, en el que los europeos occidentales asumieron un papel importante. La conferencia de septiembre de 1984 marcó el inicio de “Las Conferencias Ministeriales del Diálogo de San José”, que lleva el nombre del lugar donde se produjo el primer encuentro. Este diálogo continuó con otros encuentros en los años siguientes y representó un paso importante en el camino hacia el acuerdo de Esquipulas II. Sobre la base de estos, se alcanzaron acuerdos de paz formales entre las partes del conflicto en Nicaragua en 1990, en El Salvador en 1992 y en Guatemala en 1996 (Child 1992).

El contexto internacional general de la intervención de Europa Occidental en Centroamérica estuvo marcado por numerosas crisis internacionales: el derrocamiento del Sha en Persia y el establecimiento de una República Islámica en 1979, la invasión de Afganistán por la Unión Soviética el

1 Este artículo fue escrito, en gran parte, durante una estancia en la Universidad de Costa Rica en el marco del Tándem Transatlántico “Diálogos para revisar el futuro”, con el apoyo del Centro Maria Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados (CALAS), sede regional de Centroamérica y el Caribe.

mismo año, o la declaración del derecho de guerra en Polonia en 1981, por nombrar solo algunas (Bösch 2018). La Guerra Fría siguió siendo un marco importante de la política internacional, luego de más de 30 años del fin de la Segunda Guerra Mundial y de la ruptura de la alianza contra la Alemania nazi (Westad 2007). En este marco se inscribieron los conflictos locales de los más diversos matices, que, en principio, suelen tener poco que ver con el antagonismo Este-Oeste. El antiimperialismo y la descolonización fueron otros dos ámbitos de conflicto que adquirieron una importancia creciente en la segunda mitad del siglo xx y que se vincularon a la lógica del conflicto de la Guerra Fría (Eckel 2017). Desde la perspectiva europea, el proceso de paz centroamericano tiene un papel especial en este contexto. Fue la primera vez que los socios europeos se comprometieron conjuntamente en la política exterior en Latinoamérica al nivel ministerial.

Pero, ¿cuál era la motivación de este compromiso y cómo se puede caracterizar? ¿Fue la intervención de los europeos una consecuencia de la creciente responsabilidad internacional sobre las regiones del Sur Global? ¿O los Estados de la CE actuaron más bien por interés propio, quiere decir por temor a que se produjera una escalada de otro conflicto local, escenario que debía evitarse en el tenso ambiente de la segunda Guerra Fría? ¿Puede incluso interpretarse la intervención europea en el proceso de paz como un momento neocolonial, que acabó consolidando la asimetría entre el Norte y el Sur mediante nuevas formas de explotación (cf. Nkrumah 1965)?

El artículo no pretende hacer un análisis exhaustivo del proceso de paz. Una tarea de este tipo iría más allá del marco establecido. Se centra más bien en el momento de la entrada formal de los Estados de la CE al proceso de paz. Examina las circunstancias estructurales generales de finales de los años setenta y de la primera mitad de los ochenta que condujeron a la participación de los europeos. Cabe destacar que el análisis forma parte de una investigación más amplia que aborda las coyunturas de atención “desde afuera” sobre la región centroamericana en la segunda mitad del siglo xx. En relación con esto, hay que preguntarse qué concepciones del espacio configuraron las acciones de los actores implicados, qué lugar ocupaba Centroamérica en sus mapas mentales, qué entendían ellos realmente por Centroamérica y qué conocimiento tenían de la región. Si se analizan conjuntamente los patrones de pensamiento espacial, la imagen de sí mismo y el conocimiento, es posible sacar conclusiones más generales sobre las correspondientes visiones del mundo y las acciones derivadas de ellas. En principio, estas cuestiones pueden examinarse en una gran variedad

de ámbitos, por ejemplo, con vistas a las interdependencias (o dependencias) económicas, con respecto a la religión o en el ámbito cultural de la literatura, la música y las artes visuales. Las iniciativas de la sociedad civil, especialmente, los movimientos de solidaridad con Nicaragua y El Salvador, también podrían examinarse desde la perspectiva de la “atención” (cf. Helm 2018).

Este artículo se centra, en primer lugar, en el ámbito de la política internacional, aunque es consciente de que una perspectiva demasiado estrecha puede conducir a distorsiones ópticas. Por esta razón, se dedica una segunda sección a un área que, a primera vista, tiene poco que ver con el proceso de paz centroamericano. Se trata del contacto entre el movimiento indígena (especialmente en Guatemala) y una comunidad académica internacional. Los pueblos mayas de Guatemala se vieron especialmente afectados por la guerra civil guatemalteca. Por lo tanto, el doble enfoque es, especialmente, adecuado para poder determinar el alcance del compromiso europeo en el proceso de paz.

El artículo se divide en tres partes. Después de esta introducción, una segunda parte presenta consideraciones metodológicas sobre “la atención” como categoría analítica para una historia moderna de las Relaciones Internacionales. La tercera parte arroja luz sobre la implicación europea en Centroamérica hasta los años ochenta y la relaciona con el interés por la cultura y la historia de los pueblos mayas. Finalmente, la tercera y última sección se pregunta hasta qué punto términos como “colonial” o “neocolonial” son realmente adecuados para comprender la evolución histórica de la segunda mitad del siglo xx.

“Atención”: categoría analítica para la historia de las relaciones internacionales

En la segunda mitad del siglo xx, Centroamérica osciló entre el contraste Norte-Sur y el conflicto Este-Oeste. Además, estaba profundamente caracterizada por su diversidad étnica y cultural, desigualdad socioeconómica, dictaduras, violencia, guerras y genocidios, pero también por los esfuerzos de emancipación social y política, utopías poderosas, impulsos religiosos y nuevos resurgimientos. El grado de atención y de interés dirigido a la región desde el exterior influyó, una y otra vez, en el curso de la historia contemporánea centroamericana. Por lo tanto, es importante examinar las

coyunturas de atención “desde afuera” de Centroamérica y cómo influyeron en las relaciones internacionales de la región.

La “atención” es, en primer lugar, un elemento clave de cualquier entrelazamiento, inspirada en la psicología de la percepción, la ciencia de comunicación y la ciencia de los medios. En el mundo cada vez más interconectado del siglo xx, ante las crecientes oportunidades de los medios, la competencia por la atención se hizo cada vez más feroz (Franck 1998). La forma en que se generó la atención, y a qué objetos se dirigió, revela mucho sobre los imaginarios que los actores involucrados tenían de sí mismos y de los otros, sobre su percepción del mundo o de ciertas regiones de este, y sobre el conocimiento y desconocimiento que existe de estas regiones.

¿Qué es realmente la “atención”? Una corta mirada a la crítica especializada muestra dos aspectos diferentes. En primer lugar, la atención es el momento en que un objeto entra en la conciencia, un momento que es el resultado de un mecanismo de selección casi neurofisiológico. En consecuencia, se pone un gran énfasis en la direccionalidad corporal (“*leibliche Gerichtetheit*”). La terminología viene del fenomenólogo alemán Bernhard Waldenfels, que, a su vez, se inscribe en la tradición de Edmund Husserl (Husserl 2013; Waldenfels 2004). En segundo lugar, “atención” es la dirección consciente de la concentración en un objeto; la atención es la reacción a los estímulos del exterior, que también se envían conscientemente para atraerla. En esta lectura, la atención es sobre todo un proceso de interacción social o una práctica cuya aparición, como ha señalado el historiador del arte Jonathan Crary (1999), puede situarse históricamente. Combinando ambos enfoques, se plantean las preguntas cuándo, cómo y por qué América Central entra en la atención internacional, y cuándo no. Si entra de forma indirecta y arbitraria, o, hasta qué punto, el interés se dirigió específica y conscientemente hacia la región, posiblemente como resultado de determinadas estrategias. En principio, se pueden hacer otras consideraciones en este sentido, especialmente, en lo que respecta a la autonomía del individuo moderno en un mundo, supuestamente, cada vez más interconectado. De este modo, la cuestión de la atención se convierte en una prehistoria del presente global.

Centroamérica en la agenda internacional: una pantalla de proyección

Política internacional y las sociedades civiles

¿Cómo pasó la región centroamericana de ser tratada como periferia durante mucho tiempo al centro de la atención política internacional en la década de 1980? ¿Por qué volvió a perder esta atención?

La relación con Estados Unidos ha sido y es el punto de referencia más importante de la política exterior de la región. Una mezcla de la Doctrina Monroe, el imperialismo económico y la Guerra Fría, siguió teniendo un particular impacto hasta bien entrada la década de 1980 (Livingston 2009). Mucho menos estudiada que las relaciones con el gran vecino del Norte es la relación entre Centroamérica y Europa Occidental.

En los años sesenta y setenta, la política exterior de Europa Occidental se dirigió a Centroamérica, predominantemente, como una periferia. El mapa mental estaba determinado por la visión bipolar del mundo de la Guerra Fría, en la que Europa Occidental y Estados Unidos eran los puntos de referencia decisivos (o la Unión Soviética y los Estados del bloque oriental). Europa Occidental concedió poca importancia a la región centroamericana (como a la gran mayoría de las regiones en el Sur Global) y la dejó en manos de la potencia hegemónica. Muchas veces se observa una combinación de estereotipos racistas y de la percepción de países subdesarrollados en la política internacional. Estos imaginarios se combinaron con calificaciones más antiguas, como la “República bananera”, un término peyorativo que se remonta a principios del siglo xx. Esta actitud hizo que Centroamérica siguiera siendo solo una de las numerosas regiones de las que era mejor no ocuparse con demasiada intensidad, especialmente, cuando la lealtad general a la alianza oriental no parecía estar en duda durante la Guerra Fría.

A pesar de las atribuciones estereotipadas, es necesario examinar el asunto un poco más de cerca. Desde mediados de la década de 1960, además de los patrones simplistas de interpretación del conflicto Este-Oeste y del antagonismo Norte-Sur, surgió otro factor que ha suscitado la atención mutua entre Centroamérica y Europa Occidental. Es el de los procesos de integración que ambos espacios han experimentado, aunque con resultados muy diferentes (Sanahuja y Sotillo 1998; Bollin 2008; Patel 2018). Los procesos mismos de integración se convirtieron en objeto de atención. Incluso la integración centroamericana (de la primera fase en los años 1960)

había despertado el interés de los gobiernos de Europa Occidental y provocó un cambio en las prioridades de la política exterior. Los diplomáticos europeos vieron a Centroamérica, progresivamente, de manera más favorable como un potencial mercado, trayendo consideraciones de política económica, junto con las categorías ideológicas de la Guerra Fría. Sin embargo, las dificultades del proceso de integración también se reflejaron en la estructura de atención. Una y otra vez, el Gobierno costarricense se diferenció deliberadamente de otros Estados centroamericanos y atrajo el interés especial de los gobiernos europeos mediante una hábil diplomacia pública. Por ello, estos trataron al “faro de la democracia latinoamericana” (según el canciller alemán, Hans-Dietrich Genscher) de forma preferente hasta los años ochenta y consolidaron la posición del país en la región (Genscher 1987, 7).

Al mismo tiempo, algunos países europeos aumentaron la atención sobre Centroamérica en el transcurso de su propia integración a la CE, o, al menos, pretendieron hacerlo. El presidente del Gobierno español, Felipe González, y su ministro de Asuntos Exteriores, Fernando Morán, por ejemplo, propagaron la idea de que España tenía una relación especial con América Latina y, por tanto, también con Centroamérica, refiriéndose a una imaginada comunidad iberoamericana. Los españoles utilizaron este argumento en el período previo a la adhesión de España a la CE para ofrecerse a los futuros socios europeos como expertos en la región. Su intención era especialmente acertada, si conseguían, al mismo tiempo, hacer creíble su actitud crítica hacia Estados Unidos (Pautsch *et al.* 2016, 748-752).

En todo caso, a finales de los años setenta, estos procesos de integración estaban vinculados al clima político internacional y a una serie de destacados acontecimientos. Cabe mencionar el terremoto de Guatemala en 1976 (y, especialmente, la posterior malversación de donaciones por parte de la dictadura militar), el incendio de la embajada española en la Ciudad de Guatemala el 31 de enero de 1980 y el asesinato del arzobispo Oscar Romero en San Salvador, el 24 de marzo de 1980. Esto estuvo relacionado con el inicio de la guerra civil en El Salvador en 1980, al mismo tiempo, la guerra civil en Guatemala, que se desarrollaba allí desde 1960, adquirió proporciones genocidas. Especialmente, la exitosa Revolución Sandinista de 1979 —con la que 20 años después de la Revolución cubana se hizo realidad otro régimen socialista en el “patio trasero” de Estados Unidos— también cambió la calidad de la atención dirigida a la región desde Europa. Tanto los

acontecimientos como los procesos desarrollados en Centroamérica promovieron la atención de los europeos.

En Centroamérica, según una posible interpretación, los problemas derivados de la división Norte-Sur se condensaron en escenarios que debían ser percibidos como casi escatológicos: la pobreza y la desigualdad, las violaciones de los derechos humanos y la guerra, incluso el genocidio, marcaron la vida de la mayoría de los habitantes de la región. Pronto, los gobiernos de Europa Occidental se vieron sometidos a una presión creciente por parte de los actores de la sociedad civil, influidos por las ideas de los derechos humanos, la solidaridad internacional y la justicia global, y cada vez más por la idea de la protección del medioambiente.

Fue todo menos una coincidencia que los temas mencionados se popularizaran a finales de los años setenta y que surgiera un punto de referencia adecuado en Centroamérica. Los actores europeos, como los del Norte Global en general, han formado parte de un discurso identitario que se reconoce fundamentalmente en crisis desde los años setenta, por razones económicas y políticas. Las sociedades “desarrolladas”, en cierta medida, encontraron una salida a esta crisis en la idea de los derechos humanos de validez universal. Una región del Sur Global como Centroamérica con sus conflictos fundamentales proporcionó un escenario para esta necesidad de autoconfianza y se conectaron con antiguos imaginarios de superioridad, aunque esta conexión apenas se discutió en su momento.

Por otro lado, Centroamérica podía seguir siendo interpretada como un teatro de la Guerra Fría, una visión que algunos políticos centroamericanos supieron promover mediante hábiles redes y que también fue alimentada por la administración de Ronald Reagan. Cuando los Estados de la CE intervinieron en el proceso de paz en San José, esta interpretación acabó imponiéndose una vez más, a pesar de las afirmaciones en parte contradictorias. El ejemplo de Centroamérica también se utilizó para probar hasta qué punto podían adoptarse posiciones independientes dentro de la alianza occidental. La región estaba lo suficientemente alejada (geográficamente, pero también mentalmente) como para poder probar, con relativamente poco riesgo, el margen de acción frente a Estados Unidos. Al mismo tiempo, era fácil para los políticos individuales presentarse, sin demasiado esfuerzo, como expertos en referencia a la región, en gran parte desconocida.

Durante unos años, varias características estructurales confluyeron y Centroamérica se ofreció como un objeto de atención adecuado. Los intereses más diversos pudieron proyectarse sobre la región. Por lo tanto,

Centroamérica y el proceso de paz en la región fueron, sobre todo, una superficie de proyección para los diversos intereses europeos. Esto no significa que la región centroamericana no se haya beneficiado también de esta intervención extranjera; al fin y al cabo, a la larga, el proceso de paz condujo efectivamente a un cese de las hostilidades, aunque esto no se debió únicamente a los europeos (Kurtenbach 2008, 262-265). También está claro que los actores europeos pusieron en práctica sus ideas de paz y resolución de conflictos, convencidos de su carácter universal (Eckel 2015). Consideraban que la prosperidad económica y la integración política y económica eran la base para ello, tal y como la conocían de la historia de la Europa occidental de posguerra.

Una mirada aun superficial revela rápidamente que los conflictos en Centroamérica tuvieron causas históricamente más profundas que la Guerra Fría y se remontan al siglo XIX, incluso a la época colonial. Los conflictos alimentados por la desigualdad social y económica, y que, por tanto, tienden a girar en torno a cuestiones de clase social, se solapan y combinan con cuestiones de etnia, sobre todo en Guatemala. Los actores estatales europeos, a menudo, apenas eran conscientes de estos contextos tan complejos. En la América Central “oficial”, los pueblos indígenas estaban y están, poco o nada, integrados políticamente. Cuando los gobiernos europeos se dirigieron a los actores estatales centroamericanos, reprodujeron así estas estructuras políticas y sociales, esto quiere decir, las asimetrías de poder en la región, la exclusión y la discriminación, intencionadamente o no. Por esta razón, el siguiente paso es examinar más de cerca el interés que se ha dirigido a los pueblos indígenas desde el lado no político.

Movimiento maya y comunidad académica

En la segunda mitad del siglo XX, los conocimientos sobre los mayas del sur de México, Guatemala, Belice, El Salvador y Honduras, en particular, experimentaron un gran crecimiento. Los pueblos indígenas mayas permitieron que disciplinas académicas como la arqueología, la antropología o la lingüística se adentraran en su historia y su cultura, lo que supuso un enorme avance en el conocimiento de estas materias, por ejemplo, en relación con la escritura maya, en el ámbito de la excavación de sitios arqueológicos, el desarrollo lingüístico de las lenguas mayas modernas o la investigación etnológica de las prácticas culturales en el contexto de la cosmovisión y la

religión. Al mismo tiempo, los pueblos indígenas mayas se constituyeron en actores políticos y sociales, en oposición a la clase mestiza dominante (Cojtí Cuxil 1998; Konefal 2010). Construyeron su propia identidad, basada en una historia cultural y étnica, que remitía a un espacio alternativo (Hirschmann 2010). En este proceso, se apropiaron de los resultados de los investigadores del Norte Global, que, a su vez, solo se habían producido con el generoso apoyo de los indígenas.

En particular, el punto de referencia espacial del movimiento ganó en contorno, ya que la investigación arqueológica y lingüística reveló cada vez más la fuerza con la que la zona de asentamiento indígena estaba históricamente preformada. Las construcciones alternativas del espacio y la identidad ofrecieron a los indígenas una respuesta poderosa a problemas contemporáneos como la desigualdad social, la violencia racista, la guerra civil y el genocidio. La construcción de esa identidad Pan-Maya tenía, pues, profundas implicaciones políticas. Cuando el movimiento maya surgió en la década de 1980, como una organización más o menos institucionalizada, vinculó su programa político y social, dirigido contra la clase mestiza dominante, a esta identidad.

Los científicos externos a la región salieron de sus respectivas culturas científicas nacionales para formar una comunidad académica transnacional que se definía a través de un objeto común de investigación. El círculo relativamente pequeño de expertos altamente especializados, que dirigían toda su atención a la historia, la lengua y la cultura de los mayas, estaba comprometido con una comprensión occidental de la ciencia y sujeto a sus mecanismos de discurso y jerarquías. Al final de la década de los setenta, se produjo un cambio de paradigma en las disciplinas implicadas. Los indígenas mayas ya no se consideraban como objeto de esta investigación, sino como actores en igualdad de condiciones, cuya visión de su cultura e historia debería reconocerse en el debate. La nueva fórmula era investigar junto con los indígenas, y no solamente sobre ellos.

En su búsqueda de aliados fuera de la región, el movimiento maya se apropió del interés vivido por los investigadores. Yendo más allá de la constelación entrelazada, la pregunta que finalmente surge es si el movimiento maya no ha apostado por los aliados equivocados. Porque, a pesar de toda su politización, los investigadores lograron multiplicar la atención solo de manera selectiva y limitada. Un científico fue capaz de reflexionar, cambiar o incluso superar su autoimagen. Sin embargo, al mismo tiempo, los investigadores seguían estando marcados por estructuras que existieron durante

largos decenios, y estas estructuras demostraron tener asombrosos poderes de perduración (Fischer 1999).

Por ello, el movimiento maya no logró, o solo muy esporádicamente, emerger como actor político internacional en el contexto del proceso de paz. En las estructuras de la diplomacia y la política exterior del Estado nación (llevado a cabo por los europeos) no había lugar para el espacio alternativo y las construcciones identitarias de los pueblos indígenas. No fue hasta principios de la década de 1990 cuando un sector del movimiento maya ofreció símbolos nacionales alternativos, por ejemplo, la bandera con los cuatro colores negro, rojo, amarillo y blanco, que representan los cuatro puntos cardinales, así como los cuatro colores del maíz, o la designación *Ixim Ulew*, una palabra kaqchikel para decir el “país del maíz”, que hacía referencia al propio espacio alternativo que constituía la base de la identidad panmaya. Históricamente, esta oferta llegó demasiado tarde, y el movimiento apenas pudo atraer la atención en la escena internacional. Desde la caída del Muro de Berlín en 1989 y el fin de la Guerra Fría en Europa, el interés por la región en crisis de Centroamérica había disminuido en términos generales. Excepciones, como la concesión del Premio Nobel de la Paz a Rigoberta Menchú en 1992, no cambiaron fundamentalmente esta situación.

Si bien el aumento de conocimientos cambió la visión de las sociedades civiles de Europa (y del Norte Global) sobre Centroamérica y su población socioculturalmente diversa, ello fue un proceso lento, gradual y parcial. Por un lado, el conocimiento popularizado de los mayas se combinó con la añoranza de un modo de vida supuestamente natural y auténtico, cansado de la modernidad. En combinación con las ideas esotéricas, los indígenas también se convirtieron así en una pantalla de proyección de los deseos y necesidades de otros. Por otro lado, al menos para grupos pequeños, creció la conciencia de los derechos humanos y la protección del medioambiente, como ya fue mencionado. Al menos en parte, esta evolución también puede entenderse como una respuesta a la profunda experiencia de la crisis en las sociedades desarrolladas.

En fin, pese al enorme aumento del conocimiento que se extendió desde Centroamérica hacia el mundo, este no tuvo tanto efecto. No hubo un efectivo intercambio o avance entre las dos esferas del saber, representadas por la ciencia y la política. Por un lado, se encuentra la ciencia, donde se generaron nuevos conocimientos sobre la cultura y la historia maya, o más en general sobre los pueblos indígenas. Por otro lado, la política que, a lo sumo, hizo una referencia solo rudimentaria a estos saberes.

La Comunidad Europea en San José 1984: ¿un momento neocolonial?

Tanto el compromiso en el proceso de paz, como la investigación en igualdad de condiciones, nunca pudieron romper la asimetría entre el Norte y el Sur. Pero, ¿la participación de los europeos en la Conferencia de San José de septiembre de 1984 se puede considerar un momento neocolonial? El Bicentenario de la Independencia de Centroamérica, que se celebró en septiembre de 2021, ofrece una buena ocasión para reflexionar sobre posibles patrones de interpretación. Con esta reflexión debería concluir la presente contribución. En el contexto del aniversario, a menudo se interpretó que Centroamérica nunca había completado su independencia, y que las estructuras coloniales seguían marcando la vida de la mayoría de los habitantes de la región en el siglo XXI. Caracterizar la interacción con el Norte Global, especialmente en el ámbito de las relaciones económicas, pero también la política internacional, como “neocolonial” es bastante frecuente. Ante las experiencias de filibusterismo, intervencionismo o imperialismo económico, es muy comprensible tal etiquetado, sobre todo porque se dirige contra una imagen unidimensional, homogeneizadora y afirmativa de la historia que configuró las celebraciones oficiales del bicentenario en los distintos países centroamericanos (“Nada que celebrar”).

Sin embargo, es urgente comparar el uso inflacionario de términos como “colonial” o “neocolonial” con las respectivas realidades históricas. Precisamente, porque el estudio de patrones de pensamiento “coloniales” en Centroamérica se usa frecuentemente hoy en día, pero, a menudo, no queda claro lo que realmente se quiere decir con esto. Un problema básico aquí es que el colonialismo y el dominio colonial como fenómenos históricos son muy diversos, como muestra una mirada superficial al pasado colonial de los Estados de la CE (en la que siempre hay que tener en cuenta España y Portugal, que en la primera mitad de la década de 1980 eran candidatas a entrar a la Comunidad). Gran Bretaña, Francia, los Países Bajos, Bélgica y la República Federal de Alemania, así como España y Portugal, en cierta medida también Italia, gobernaron colonias en diferentes épocas históricas. El Reino Unido, Francia, España y Portugal dominaron imperios que se extendían por todo el mundo y durante siglos. La organización de sus regímenes coloniales fue, por lo tanto, muy diferente y sus colonias obtuvieron la independencia en momentos distintos. Mientras que España ya había “perdido” la mayoría de sus colonias en el primer tercio del siglo XIX,

la descolonización de gran parte de los imperios coloniales francés, británico y portugués no se produjo hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

Por supuesto, había una diferencia aún mayor con el pasado colonial de Italia, Bélgica o Alemania. El Imperio alemán, por ejemplo, no se convirtió en potencia colonial hasta la década de 1880 y perdió sus colonias en África y Asia en la Primera Guerra Mundial al tener que cederlas oficialmente con el Tratado de Versalles en 1919. En la década de 1980, el período colonial apenas desempeñó un papel en los debates sociales y políticos de la República Federal de Alemania, que se centraron en gran medida en el período del Tercer Reich y la Segunda Guerra Mundial. Solo recientemente el debate sobre el pasado colonial ha desempeñado un papel importante en la sociedad alemana.

Para la cuestión de las mentalidades y actitudes, en un principio, es menos importante si las ambiciones coloniales se vieron coronadas por el “éxito”. Toda política colonial se basaba en el supuesto de que existía una diferencia de desarrollo entre el colonizador (potencial) y el colonizado (Osterhammel 2021). En última instancia, el ejercicio del dominio colonial también se basaba en este supuesto, que se manifestaba en el intento de controlar el desarrollo de la sociedad colonizada (lo que, por supuesto, requería una verdadera propiedad colonial). En este sentido, el colonialismo, en sus diversas formas, fue históricamente constitutivo de las sociedades europeas, sin importar en qué medida y por cuánto tiempo dominaron colonias.

Oficialmente, los gobiernos europeos justificaron su intervención en el proceso de paz en Centroamérica con la preocupación por el equilibrio de poder internacional. Pero una mirada más atenta a las condiciones estructurales previas a esta implicación, ha mostrado algo diferente. Tanto en el campo de la política como en el de la ciencia, los actores centroamericanos solo sirvieron, en última instancia, como pantalla de proyección de los (heterogéneos) intereses europeos. Hablar de “explotación” intencionada, con el fin de asegurar o ampliar el poder, y en este sentido de un momento “neocolonial”, sería quizás exagerar el caso. No obstante, la suposición implícita de una diferencia de desarrollo entre Europa y Centroamérica es inequívoca. En el ámbito político, Centroamérica también sirvió para articular una posición europea occidental independiente dentro de la alianza occidental (aunque esto no signifique que Centroamérica fuera exclusivamente un medio de expansión del poder europeo). Además, el ejemplo centroamericano ha demostrado las fuertes fuerzas inerciales que siguieron

configurando las mentalidades y, en consecuencia, las relaciones internacionales en la década de 1980. La imagen que los europeos tenían de sí mismos y de los demás, sus mapas mentales, así como su escasa disposición a considerar nuevos conocimientos sobre una periferia, demostraron ser resistentes en gran medida. La cuestión de quién se interesaba por quién (o por quién no), y qué efectos podían tener la atención y el desinterés, puede revelar así asimetrías de poder globales que apenas cambiaron en la segunda mitad del siglo XX, a pesar de una conciencia potencialmente creciente de la contingencia.

Bibliografía

- BOLLIN, Christina. 2008. "Der zentralamerikanische Integrationsprozess". *Zentralamerika heute. Politik, Wirtschaft, Kultur*, editado por Sabine Kurtenbach et al., 207-228. Frankfurt am Main: Vervuert.
- BÖSCH, Frank. 2018. *Zeitenwende 1979: Als die Welt von heute begann*. München: C. H. Beck.
- CHILD, Jack. 1992. *The Central American Peace Process 1983-1991. Sheathing Swords, Building Confidence*. Boulder: Lynne Rienner.
- COJTI CUXIL, Demetrio. 1997. *Ri Maya' moloj pa Iximulew. El movimiento Maya (en Guatemala)*. Ciudad de Guatemala: Cholsamaj.
- CRARY, Jonathan. 1999. *Suspensions of Perception. Attention, Spectacle, and Modern Culture*. Cambridge: MIT Press.
- ECKEL, Jan. 2015. *Die Ambivalenz des Guten. Menschenrechte in der internationalen Politik seit den 1940ern*. 2.^a ed. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.
- . 2017. "Vielschichtiger Konflikt und transnationale Steuerung. Zur Neuinterpretation der Geschichte internationaler Politik zwischen den 1940er- und den 1990er Jahren". *Archiv für Sozialgeschichte* 57: 497-535.
- FISCHER, Edward F. 1999. "Cultural Logic and Maya Identity. Rethinking Constructivism and Essentialism". *Current Anthropology* 40(4): 473-499.
- FRANCK, Georg. 1998. *Ökonomie der Aufmerksamkeit. Ein Entwurf*. München: Carl Hanser.
- GENSCHER, Hans-Dietrich. 1987. "Vorwort". *Friede für Zentralamerika*, por Óscar Arias, 7-8. Frankfurt am Main: Vervuert.
- HELM, Christian. 2018. *Botschafter der Revolution. Das transnationale Kommunikationsnetzwerk zwischen der Frente Sandinista de Liberación Nacional und der bundesdeutschen Nicaragua-Solidarität 1977-1990*. Berlin/Boston: De Gruyter Oldenbourg.
- HIRSCHMANN, Barbara. 2010. *Del indio al maya. Identitätspolitik der Maya-Bewegung in Guatemala*. Münster: LIT.
- HUSSERL, Edmund. 2013. *Zur Phänomenologie des inneren Zeitbewußtseins*. Hamburg: Felix Meiner.
- KONEFAL, Betsy. 2010. *For Every Indio who Falls. A History of Maya Activism in Guatemala, 1960-1990*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

- KURTENBACH, Sabine. 2008. "Ende gut, alles gut? Vom Krieg zum Frieden in Zentralamerika". *Zentralamerika heute. Politik, Wirtschaft, Kultur*, editado por Sabine Kurtenbach et al., 253-278. Frankfurt am Main: Vervuert.
- LIVINGSTON, Grace. 2009. *America's Backyard. The United States and Latin America from the Monroe Doctrine to the War on Terror*. London: Zed Books.
- NKRUMAH, Kwame. 1965. *Neo-Colonialism, the Last Stage of Imperialism*. London: Panaf.
- OSTERHAMMEL, Jürgen. 2021. *Kolonialismus. Geschichte – Formen – Folgen*. 9.^a ed. München: C. H. Beck.
- PAUTSCH, Ilse Dorothee, Michael PLOETZ, Mechthild LINDEMANN y Christoph Johannes FRANZEN (eds.). 2016. *Akten zur auswärtigen Politik der Bundesrepublik Deutschland 1985*. Berlin/Boston: De Gruyter Oldenbourg.
- PATEL, Kiran Klaus. 2018. *Projekt Europa. Eine kritische Geschichte*. München: C. H. Beck.
- SANAHUJA, José Antonio, y José Ángel SOTILLO (eds.). 1998. *Integración y desarrollo en Centroamérica: más allá del libre comercio*. Madrid: La Catarata.
- WALDENFELS, Bernhard. 2004. *Phänomenologie der Aufmerksamkeit*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- WESTAD, Odd Arne. 2007. *The Global Cold War. Third World Interventions and the Making of Our Times*. Cambridge: Cambridge University Press.

Estados Unidos y el problema del desarrollo económico en El Salvador, 1957-1961¹

René Aguiluz Ventura

PEELA-CEIICH-UNAM

Introducción

A mediados de la década 1980, la periodista estadounidense Tina Rosenberg visitó El Salvador con el objetivo de estudiar el origen de la explosión de violencia político-social. Ese año, se había conformado la guerrilla del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y comenzaron cerca de doce años de cruenta lucha armada.² Durante ese contexto de luchas reivindicativas, muchos investigadores —nacionales y extranjeros—, encontraron una oportunidad para estudiar las raíces de la violencia política salvadoreña.

El trabajo de Rosenberg, responde también al interés que prestaron múltiples investigadores al proceso político salvadoreño que a todas luces parecía tomar el rumbo de la Revolución cubana. La cruenta lucha salvadoreña estaba mediada por el antagonismo entre ricos y pobres, entre comunistas y nacionalistas, entre violencia y paz. Al respecto, Rosenberg escribió: “I began to understand El Salvador’s violence only after listening to repeated admonishments from the wealthy to tell the truth”. Pero, ¿cuál verdad? Se preguntaba. La verdad que ellos querían contar: “the Truth as they saw it, the basis of which is the belief that the members of the private sector, the productive people who create wealth for El Salvador, are under attack from the twin evils of terrorism and socialist policies” (Rosenberg 1992, 251).

1 Este trabajo se desprende de la investigación para optar al grado de doctor en Historia (UNAM).

2 Las organizaciones que conformaron al FMLN fueron: Fuerzas Populares de Liberación (FPL); el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP); la Resistencia Nacional (RN); el Partido Comunista Salvadoreño (PCS) y el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC). Algunos debates —aunque inconclusos— se resumen en Juárez Ávila (2014).

El temor que describe Rosenberg engloba parte de las grandes discusiones políticas de la historia reciente salvadoreña. Es decir, que El Salvador estuvo mucho tiempo luchando contra la sombra del socialismo, aunque este no fuera una amenaza significativa al *statu quo*. Aun así, las fuertes contradicciones sociales heredadas del siglo xx fueron parte de los detonantes que causaron el conflicto armado (1980-1992). En otras palabras, los grupos sociales buscaron por la vía armada promover una alternativa revolucionaria a más de cincuenta años de control político-militar.

Junto al anterior argumento —aunque no el único— se planteó además que durante el último tercio del siglo xix denominado “reformas liberales” (privatización de ejidos, tierras del común y secularización), diversos grupos de familias productoras y exportadoras de café —con el Estado bajo su control—, orientaron todas las dinámicas políticas, sociales y culturales alrededor de la producción, procesamiento y exportación de café.³ Esta idea postuló también que la ‘oligarquía cafetalera’ se mantuvo en el poder hasta principios de la década de 1930. En consecuencia, la crisis en vez de socavar el Estado oligárquico profundizó el modelo de dominación, en parte gracias a que los militares, quienes hasta ese momento tenían un irrelevante protagonismo político, entraron al juego de poder con el golpe de Estado (2 de diciembre de 1931) al presidente Arturo Araujo Fajardo. De ese modo, oligarquía y militares establecieron un pacto a partir de dos momentos clave: el ascenso al poder del vicepresidente, el general Maximiliano Hernández Martínez, en diciembre de 1931 y la matanza de miles de indígenas trabajadores de las fincas de café en el occidente del país en enero de 1932. Así, según la historiografía, se inauguró la era de las dictaduras militares (1931-1979).⁴

El planteamiento antes mencionado relata también que las élites agroexportadoras y el Estado militar autoritario consolidaron una relación de cooperación recíproca que no pretendía contradecir los privilegios políticos y económicos de ambos. Es decir, se sostuvo —casi de forma axiomática— la tesis de que la oligarquía era homogénea, vetusta, atrasada e inmóvil, debido al pacto oligárquico. Aun así, durante la posguerra surgieron otras interpretaciones del pacto. La primera planteó que la matanza junto con la crisis económica de 1929 reforzó el modelo oligárquico y entró en crisis

3 Uno de los autores que ha preconizado esta idea fue el puertorriqueño Aldo Lauria-Santiago (2003).

4 Cf. Lindo Fuentes 2002; Fernández 2003.

en 1944 con el golpe de Estado a Maximiliano Hernández Martínez. De esa forma, la oligarquía cafetalera —al perder privilegios— comenzó una lenta metamorfosis en burguesía comercial, agroexportadora y financiera durante la década de 1950.⁵

Con todo, la permanencia de este relato en la historiografía nacional evidencia la construcción de una narrativa sobre las élites y su relación con el proceso de desarrollo económico. Por ejemplo, esas narrativas dieron como resultado la formulación de uno de los principales mitos fundacionales sobre la dominación oligárquica, las llamadas “14 familias”.⁶ Estas familias fueron —en teoría— un reducido grupo de empresarios y productores cafetaleros cuyos miembros, entre finales del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX, articularon una compleja trama de poder que amalgamaba lo político con lo económico. Muchas de estas familias tenían extensas redes clientelares por toda la burocracia estatal. Recientemente, a este sistema se le ha nombrado como “autoritarismo informal” (Ching 2014), y se ha reconocido que sus mecanismos y reglas se normalizaron hasta el punto de construir un “Estado autoritario”. Efectivamente, esa narrativa —pactista— se configuró como la principal línea de explicación a lo que denominaron crisis histórica.⁷ En suma, la historiografía no ha dado suficientes argumentos que expliquen por qué el autoritarismo fue —a su juicio— lo que impulsó la modernización económica durante las décadas de 1950 y 1960.

Por lo general, las principales narrativas de la Guerra Fría han sostenido que fue un conflicto bipolar entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Sin embargo, estudios recientes y críticos han demostrado que, más que un conflicto bipolar, la Guerra Fría fue un fenómeno global que provocó múltiples interferencias en el cual diversos actores desplegaron múltiples estrategias y mecanismos de modernización y desarrollo económico. A la postre, estos actores (instituciones, gobierno y élites económicas) buscaron acelerar la implementación de sus ideas de modernidad —socialismo o capitalismo— como paradigmas de crecimiento en los países del Tercer Mundo.

5 Cf. Torres-Rivas 1983 y 2007; Bulmer-Thomas 1985.

6 La idea de las “14 familias” apareció por primera vez en 1961. Una publicación de la revista cubana *Bohemia Libre* y reproducida por el periódico salvadoreño *El Popular* las describía como “señores feudales, dueños de toda la riqueza del país, que quitaron y pusieron presidentes con la colaboración de militarotes ambiciosos, que por unas monedas le servían de policía particular”, *El Popular*, 30 junio de 1961. Archivo Histórico. Secretaría de Relaciones Exteriores (AHSRE), III-2515-26, s.p.

7 Roberto Turcios (2003) es uno de los autores que más hace hincapié en este concepto.

La región centroamericana no escapó a estas avalanchas. Por ejemplo, en 1954, en Guatemala Jacobo Arbenz fue depuesto con anuencia, complacencia y apoyo de Estados Unidos. ¿La razón? Su gobierno era comunista.⁸ Pero Estados Unidos quiso de alguna forma proteger su estratégica área de influencia. Construyó diques económicos que garantizaron y protegieron a los gobiernos autoritarios centroamericanos. Estos diques fueron la diplomacia y, claro está, los instrumentos financieros: el Export Import Bank (EXIM), el Fondo Monetario Internacional (FMI), la International Cooperation Administration (ICA), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF). Todos los anteriores fueron instrumentos que se usaron para evitar el paso de la “amenaza” comunista. Pero el miedo a verse contagiados no era nuevo. El reformismo —muchas veces catalogado de comunista— fue común entre los gobiernos autoritarios centroamericanos. Por tanto, sumados el autoritarismo, la alianza con las élites agrarias y, claro está, de Estados Unidos, dio por resultado un espacio privilegiado para profundizar dichas tensiones. En este trabajo analizaré uno de los aspectos más característicos de la Guerra Fría Centroamericana salvadoreña: el financiamiento y la cooperación para el desarrollo.

En la primera parte, hago una caracterización del problema de la modernización y su relación con la Guerra Fría. En la segunda parte, comento la relación entre el Gobierno de José María Lemus con la diplomacia económica de Estados Unidos. Una diplomacia pragmática que solo buscaba mantener el *statu quo*. Lemus, en todo caso, se convirtió en un instrumento político que, a ojos de la embajada estadounidense, era fácilmente manipulable. Por tal razón, no fue extraño que después de ser depuesto en octubre de 1960, el Departamento de Estado haya solicitado que se reconociera a la Junta de Gobierno como legítima. Por último, en la tercera parte, describo cómo cambió la imagen positiva que tuvo Estados Unidos de la Junta de Gobierno. Comenzaron a insistir en que la cooperación solo podía darse por medio de préstamos. No obstante, solo fue hasta 1961 que esta idea cambió. La misma embajada solicitó que el Departamento de Estado pudiera incluir a El Salvador dentro de los programas de la Alianza para el Progreso. Esto solo fue posible porque el Gobierno salvadoreño había mostrado ser, después de todo, un aliado estratégico en la región. En primer lugar, porque no aceptaron formar parte de la conferencia de

8 Cf. Gleijeses 1991.

los No Alineados. Y, en segundo lugar, porque era imperativo modificar el esquema de préstamos, aun cuando el país estuviera en condiciones para el impago del servicio de deuda.

El desarrollo nacional y la Guerra Fría

En noviembre de 1948, un grupo de funcionarios del BIRF, encabezados por su presidente John McCloy, realizaron una gira por Centroamérica. Según relata una nota *The New York Times*, tenían como objetivo familiarizarse con los problemas económicos y del desarrollo en Centroamérica.⁹ A raíz de esa visita, surgió la propuesta de financiar los planes de electrificación nacional a partir de la construcción de represas sobre el río Lempa.

Sin embargo, la idea de impulsar el desarrollo nacional con base en la generación de electricidad era una propuesta que databa de 1937, cuando comenzaron las exploraciones geológicas y de viabilidad para un gran proyecto hidroeléctrico (cf. Ministerio de Economía de El Salvador 1953). No obstante, fue solo hasta 1947 cuando el Gobierno salvadoreño retomó la idea y lanzó una convocatoria internacional que ganó la empresa estadounidense Harza Engineering Company. Esta empresa, junto con los asesores del Bureau of Reclamation (BR) de Estados Unidos y de la Tennessee Valley Authority (TVA), concluyó que existían condiciones para poder llevar a cabo el proyecto y el BIRF lo consideró viable cuando aprobó un préstamo en 1949 (cf. Sorensen 1950).

Ese primer empréstito fue el origen de una serie de préstamos que el BIRF otorgó a El Salvador para el desarrollo de infraestructura económica. Con base en ello, a lo largo de las décadas de 1950 y 1960, se llevaron a cabo la mayor parte de todos los grandes proyectos económicos que dieron impulso a la industrialización nacional. Con ese dinero se desarrollaron cuatro represas, se terminó de construir la carretera Panamericana, se construyó la carretera del litoral en la costa del Pacífico y el Estado comenzó un lento, pero importante proceso de modernización institucional.

El desarrollo de infraestructura nacional fue —en todo caso— parte de un conjunto de procesos y prácticas políticas, sociales, económicas y

9 “Acquaint himself with the economic and development problems of Central American members of the Bank”, World Bank Mission Set, *The New York Times* (11 de noviembre de 1948), p. 44. <https://nyti.ms/3raFL53>.

culturales, cuyo objetivo principal era promover el desarrollo económico y la industrialización. Este proceso, al igual que en Asia y África, se caracterizó por lo que David Engerman y Corinna Unger (2009) denominan “políticas del desarrollo”. Estas políticas fueron un conjunto de prácticas estimuladas por el contexto internacional de la Guerra Fría y pretendían erosionar cualquier supuesta injerencia de la Unión Soviética en el tercer mundo. En El Salvador, esas políticas no fueron directas y tampoco tuvieron la misma intensidad, pero, a la larga, formaban parte de las estrategias vinculadas a los proyectos de desarrollo capitalista que impulsó Estados Unidos en el Tercer Mundo global.

Este tipo de proyectos tuvo apoyo entre las élites políticas militares, pero también importantes resistencias. Algunos sectores conservadores de las élites (intelectuales, políticos y empresarios) creían que el gobierno no debía involucrarse en el desarrollo de infraestructura económica; argumentaban que esta se desarrollaría en la medida de que aumentara su demanda.¹⁰ Sin embargo, el problema era distinto. En realidad, la poca inversión privada en la industria iba de la mano con un escenario nacional prácticamente rural. Las pocas industrias existentes se enfocaban en la producción de refrescos o cervezas. No existía una infraestructura de producción y manufactura a gran escala. La mayor parte de los insumos se importaban desde el extranjero y el Estado cargaba la mayor parte de sus ingresos fiscales en el consumo y la importación de bienes. En cambio, la principal industria (la caficultura agroexportadora), estaba casi ominosamente exenta del pago de impuestos (cf. Escalante Arce 2008).

Según la historiografía nacional, la modernización fue básicamente una problemática doméstica. Muchos autores, sostienen que esta solo pudo llevarse a cabo por la naturaleza autoritaria del Estado. De hecho, las narrativas autoritaristas en la historiografía salvadoreña sugieren que la ausencia de mecanismos de consenso y el poco diálogo con los sectores sociales volvió inviable una modernización sostenible largo plazo. Sin embargo, no consideraron que, en el fondo, los gobiernos militares tuvieron que negociar con algunos sectores de las élites económicas y otros sectores sociales para

10 Por ejemplo, una editorial de *El Diario de Hoy* de enero de 1957 argumentaba que instituciones de fomento de la producción no eran inherentes a las funciones del Estado: “insistimos en que esa institución, de corte simplemente burocrático, político y socializante, sea suprimida para beneficio del país y ahorro efectivo de dineros nacionales”, *El Diario de Hoy* (5 de enero de 1957), p. 7.

impulsar sus propias visiones de modernidad. Sin estos acuerdos no pudo haber condiciones para que el Estado negociara con las instituciones internacionales el financiamiento de proyectos de infraestructura y desarrollo económico y social.

En efecto, autores como Corinna Unger y David Engerman (2009) han hecho hincapié en la relevancia del tema, pero solo se han centrado en los problemas de Asia y África y muy poco en Latinoamérica. Tal como ellos han señalado —pero con mayor énfasis Engerman (2018)—, las políticas del desarrollo se concibieron con mayor profundidad cuando la Guerra Fría permitió el desarrollo de instituciones y programas que tenían como objetivo promover la modernización de los países del Tercer Mundo. Evidentemente, este proceso fue más notorio en países donde la descolonización abrió las puertas a laboratorios políticos que creían posible superar las condiciones de subdesarrollo en el Tercer Mundo. Esto, según ellos, se conseguiría a partir de la planificación y la cooperación financiera y técnica internacional.

En gran medida, ese proceso global tuvo dos actores principales: Estados Unidos y la Unión Soviética. Cada potencia, por su lado, promovió sus propios modelos de desarrollo basados en sus visiones de modernidad. Odd Arne Westad (2007) ha explicado que el conflicto ideológico global que caracterizó a la Guerra Fría fue el enfrentamiento entre socialismo y capitalismo como visiones de modernidad. Ese enfrenamiento —a la postre— alteró los procesos internos de los países periféricos provocando diversas fracturas en lo político, lo social, lo económico y lo cultural. Para el caso latinoamericano, Vanni Pettinà (2018, 37) ha evidenciado que la Guerra interfirió en los procesos locales provocando fracturas de dos tipos: externas e internas. La fractura externa se caracterizó por el surgimiento de un sistema internacional que incentivó una escalada de tensiones bipolares con fuertes repercusiones en el Tercer Mundo. En cambio, la fractura interna —fuertemente relacionada con la anterior— absorbió las tensiones del sistema internacional y ayudó a profundizar los problemas domésticos por medio de la legitimación de los gobiernos autoritarios (Pettinà 2018, 87).

El contexto internacional de la Guerra Fría alteró también los procesos nacionales de desarrollo económico e industrialización. Junto con ello se consolidaron instituciones internacionales de cooperación para el desarrollo. Esto provocó la confluencia de dos grandes procesos: en primer lugar, se intensificaron las demandas por asistencia económica y, en segundo lugar, impulsó la oferta de ayuda económica a partir de la globalización

de la competencia ideológica entre Estados Unidos y la Unión Soviética (Engerman 2018, 6-7).

Paralelamente, en América Latina las élites conservadoras —que habían visto mermado su poder durante las décadas de 1930 y 1940— retomaron el protagonismo e impulsaron la desarticulación de las agendas de cambio político y social que habían prosperado con la política estadounidense de buena vecindad. Además, la Guerra Fría comenzó a ser considerada por Washington como un tema de orden global; esto provocó que Estados Unidos recuperara una posición antagónica frente a las transformaciones que experimentaban las sociedades latinoamericanas (Pettinà 2018, 37).

Con todo, esas tensiones provocaron interferencias que alteraron y crearon fracturas en procesos globales y nacionales. Por consiguiente, la Guerra Fría en Latinoamérica tornó “difíciles los procesos de cambio político y social en América Latina, y, en consecuencia, las sociedades se vieron más polarizadas y propensas a la inestabilidad” (Pettinà 2018, 37). De esa manera, el proceso de modernización y desarrollo nacional no fue solamente un problema doméstico. En realidad, fue el resultado de la interacción entre múltiples actores locales e internacionales que intentaron implementar una modernización capitalista que, a la postre, provocó las tensiones que derivaron en el conflicto armado de la década de 1980.

Golpe de Estado, anticomunismo y desarrollo

El 26 de octubre de 1960 el presidente de El Salvador, José María Lemus, fue depuesto por un golpe de Estado. Lemus, durante su mandato había forjado una relación cercana con Estados Unidos. Esto le permitió asegurar la confianza y la cooperación económica del Gobierno de Dwight Eisenhower. Esta cercanía, no obstante, no se debió a la complacencia y buenos oficios de Lemus. Fue el Gobierno de Eisenhower y la labor de su embajador Thorsten V. Kalijarvi entre 1957 y 1960, la que logró una serie de entendimientos; siempre y cuando estos estuvieran en consonancia con los intereses de Estados Unidos.

Lemus fue presidente entre 1956 y 1960. Si bien su gobierno no fue testigo del golpe de Estado contra Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954, sí experimentó las repercusiones de la escalada anticomunista. No obstante, El Salvador, en palabras del secretario de Estado en funciones Christian

Herter, Lemus era un elemento clave para los intereses de Estados Unidos en la región centroamericana:

El Salvador has exerted a constructive and stabilizing influence in the strategic Central American area. President Lemus has displayed a marked pro-United States orientation, as reflected by prompt and vigorous endorsement of your letter to Bulganin. With communist pressures mounting in El Salvador, we could materially strengthen Lemus' position in this key area by extending an invitation at this time.¹¹

Por otro lado, según Herter era necesario organizar una visita a Washington. Esta se venía planeando desde 1956. Sin embargo, para Herter era imperativo seguir la propuesta del asesor Milton Eisenhower, que la visita se programara para antes de junio de 1959. Por tanto, Herter recomendaba al presidente Eisenhower que aprobara la invitación por medio de una carta que debía enviar *ex profeso* el embajador Kalijarvi al presidente. Esta visita se planificó, a pesar de que la embajada en 1958 consideraba que las relaciones se habían deteriorado. Kalijarvi le había escrito a Herter, comentando sus preocupaciones:

The United States Government is spending substantial sums of money for ICA, military missions, and other types of programs here in El Salvador. We can easily offset all good effects of such programs by failing to give adequate attention to political and psychological factors and to legitimate desires of leaders with whom we have to deal.¹²

Al final, la visita de estado se concretó para mayo de 1959. El entonces secretario de Estado en funciones, Douglas Dillon, comentaba en un cable que Lemus había hecho algunas peticiones a Eisenhower. Lemus solicitó que Estados Unidos se interesara en el desarrollo del aeropuerto de Ilopango en San Salvador. Sin embargo, Eisenhower expresó que su gobierno está continuamente interesado en el desarrollo de una mejor comunicación con el continente americano. Por tanto, lo único que podían hacer era seguir proporcionando apoyo para estudios y asistencia de expertos militares:

11 U.S. – DDO (1 de enero de 1959), U.S. Declassified Documents Online, <http://tinyurl.galegroup.com/tinyurl/8UxwV7>.

12 U.S. – DDO (10 de marzo de 1958), U.S. Declassified Documents Online, <http://tinyurl.galegroup.com/tinyurl/8UyEA9>.

No funds currently available on grant basis for improvement Ilopango airport, or like projects, from U.S. Government sources as “gift”. Department of Defense and U.S. Air Force perceive no defense requirements for Salvadoran airport.¹³

Dillon agregó que la posición de Eisenhower era el reflejo de esta política. Estados Unidos seguiría proporcionando el apoyo para hacer estudios y el envío de expertos en ingeniería militar. Ningún otro tipo de asistencia se podía proporcionar. No obstante, un grupo de ingenieros había recomendado un método de desarrollo de Ilopango. La decisión, entonces, descansaba en que el Gobierno salvadoreño quisiera implementar las recomendaciones y que encontrara la mejor forma de financiarlas. Para Dillon, había suficientes fuentes de financiamiento dispuestas a hacerlo: como el mismo Gobierno de Estados Unidos, agencias internacionales y bancos privados. Por tanto, Estados Unidos seguiría considerando proyectos siempre y cuando estos se presentaran de forma adecuada.

En consecuencia, El Salvador era ante todo un país amigo. Básicamente, lo consideraron como un aliado estratégico en la región. Lemus, en todo caso, se convirtió en un eslabón o un instrumento político subordinado del Gobierno de Eisenhower. ¿Por qué solo un instrumento? Porque incluso después del golpe de Estado en octubre de 1960, Estados Unidos no tardó en reconocer la legitimidad de la Junta Cívico Militar que tomó el poder. Esta forma de hacer política en la región estaba en consonancia con una política exterior que:

alentó una escalada de tensiones interamericanas, favoreció la polarización política interna y el auge de las propuestas políticas conservadoras y/o autoritarias que Washington apoyó externamente en clave antisoviética (Pettinà 2018, 43).

La clave antisoviética había venido implementándose en El Salvador desde 1957. En un memorándum secreto de la Office of the Special Assistant for National Security Affairs, comentaban que el crecimiento de los grupos comunistas en El Salvador y Honduras se estaba volviendo un problema. Esto se debió a que posteriormente a la victoria en enero de 1959, Cuba se radicalizó en una rápida transición al socialismo, inmediatamente después de la invasión a la bahía de cochinos en 1962 (Kruijt 2017, 12).

13 U.S. – DDO (29 de mayo 1959). *U.S. Declassified Documents Online*, <http://tinyurl.galegroup.com/tinyurl/8Uxve9>.

De hecho, el problema de la actividad comunista ya se había contemplado en el Plan de Operaciones para América Latina de la Oficina Coordinadora de Operaciones (Operations Coordinating Board, OCB). El plan contemplaba una amplia serie de cursos de acción por parte de la OCB, dirigidos contra el comunismo en toda América Latina:

The board is the mechanism through which the agencies responsible for carrying out each policy are brought together to develop an agreed statement of what each is to do and to plan timely and coordinating actions.¹⁴

Entre las recomendaciones, sugirieron que era necesaria la implementación de un programa de seguridad interna en el extranjero (Overseas Internal Security Program, OISP).¹⁵ Esto se debía a que el Departamento de Estado y la CIA estaban preocupados por el aumento de la actividad comunista en la región. Por lo tanto: “The matter is under review [censurado] But is increasingly doubtful that [censurado] OISP program could be a major solution in itself”.¹⁶

Si bien ya se había elaborado un plan a seguir, con base en el The Operations Plan of Latin America contra el comunismo, los embajadores habían expresado otras preocupaciones. El embajador estadounidense Thomas C. Mann había considerado que una de las necesidades más importantes de El Salvador era evaluar de una forma más clara y completa la información de inteligencia y luego actuar a través de los canales laborales.

En ese sentido, Lemus formó parte de los instrumentos subordinados de la política exterior estadounidense. Una política que garantizaba el control sobre la región centroamericana. Pero ¿cómo lo lograron? No usaron mecanismos totalmente alejados de la práctica diplomática. Invitaciones para visitas de Estado en Estados Unidos, visitas planificadas del mismo Eisenhower y, claro está, préstamos blandos por medio del EXIM o el BIRF.

14 CIA, *Operations Coordinating Board*, p. 3, <https://www.cia.gov/library/readingroom/docs/CIA-RDP80B01676R002700040035-3.pdf>.

15 Este tipo de planes ya habían sido implementados, por ejemplo, en Etiopía entre 1953 y 1969. El Departamento de Estado proporcionó equipamiento logístico, armas y apoyo técnico. Jeremy Kuzmarov, “Modernizing Repression: Police Training, Political Violence, and Nation-Building in the ‘American Century’”, *Diplomatic History* 33/2 (2009), 166.

16 U.S. – DDO (29 de julio de 1957). U.S. Declassified Documents Online, <http://tinyurl.galegroup.com/tinyurl/8Uy2t4>.

En estos últimos casos, la ayuda para el desarrollo fue el instrumento económico que forjó fuertes lazos entre los Gobiernos salvadoreños y Estados Unidos.

En realidad, el Departamento de Estado sentía mucha confianza en la lealtad del Gobierno salvadoreño. De hecho, en enero de 1960, una delegación de diplomáticos cubanos se acercó a los Gobiernos salvadoreño y hondureño para invitarlos a la conferencia de los países no alineado: “the two Central American countries made no commitments and, in all probability, would not accept the Cuban invitation”.¹⁷

Préstamos, desarrollo y anticomunismo

El 15 de enero de 1960 en un reporte económico de la Embajada estadounidense en San Salvador¹⁸ se comentaba que pronto comenzaría a funcionar un Centro de Productividad Industrial. El centro había sido puesto en marcha por el Ministerio de Economía con apoyo de un asesor de la ICA. En ese sentido, el programa estaba diseñado para mejorar el desempeño de la administración pública salvadoreña. El proyecto que dirigía la ICA estaba enfocado en fomentar los esfuerzos de integración regional.

En ese mismo informe, se aseguraba que el Gobierno salvadoreño había recibido por parte del BIRF 15,5 millones de dólares para desarrollos hidroeléctricos y 16,1 millones para carreteras. Además, mencionan que el gobierno estaba buscando un préstamo de 5 millones de dólares del EXIM para la remodelación del aeropuerto de Ilopango. Este proyecto lo había planteado el presidente Lemus a Eisenhower durante su visita de estado a Washington en mayo de 1959. El informe agrega que los préstamos estaban garantizados, porque las políticas fiscales y monetarias internas del gobierno eran conservadoras. Por lo tanto, contaban con el apoyo externo para la probable emisión de deuda.

De igual forma, no dejaban de sentir preocupación. Creían que existía una alta posibilidad de impago. Teóricamente el país estaba en los límites del endeudamiento. El problema radicaba en que este tipo de proyectos no generaban los ingresos necesarios para pagar el servicio de deuda. Sin

17 U.S. – DDO (19 de enero 1960), U.S. Declassified Documents Online, <http://tinyurl.galegroup.com/tinyurl/8UyAA7>.

18 FRUS-DOS (15 de enero de 1960), Exp. 815.00/1-1590.

embargo, el país estaba contemplado dentro del área estratégica de inversiones estadounidenses. Esto incluía industria pesada como refinerías de aceite, producción química y de fertilizantes.¹⁹

A pesar de este tipo de preocupaciones, El Salvador era considerado un país con un alto prestigio. Por ello, fue acogido con beneplácito que organizaran la primera reunión del BID. Esta tuvo lugar en febrero, y contó con delegados de 20 países americanos.²⁰ El motivo era elaborar un documento con los procedimientos de operación de BID. La reunión fue encabezada por el secretario de Estado estadounidense Douglas Dillon y por el secretario del Tesoro Robert Anderson. El evento tuvo mucha cobertura mediática mundial.²¹ Durante esa reunión, el ministro de Economía salvadoreño, Alfonso Rochac, fue electo como primer secretario ejecutivo del BID.

En ese mismo contexto, el informe muestra que el gobierno seguía interesado en contratar deuda en el extranjero para el desarrollo. Comentaban que seguía la discusión para la posible contratación de un préstamo por 5 millones de dólares para la expansión del aeropuerto y mejoras de telecomunicaciones. Probablemente, este dinero se contemplaría para el plan de desarrollo de una red interconectada de telecomunicaciones de seguridad para Centroamérica. Este proyecto se discutió en 1964 y fue propuesto por la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID).²²

Esta propuesta se había revisado en 1963. Se había tomado como base las resoluciones de la reunión de la Conferencia Ministerial Centroamericana sobre Seguridad. En ese sentido, Estados Unidos se comprometió a apoyar en la instalación de la red. La necesidad de su implementación se debía al aumento de reportes sobre la actividad comunista en la región. Tenían conocimiento de que se estaba organizando una red interpartidaria de cooperación comunista. Por lo tanto, era imperativo que se coordinaran acciones entre las fuerzas de seguridad nacional.²³

Junto con este tipo de inversiones, el Departamento de Estado planteó la necesidad de organizar un Comité Central de Planificación.²⁴ En

19 FRUS-DOS (15 de enero de 1960), Exp. 815.00/1-1590.

20 Cuba solo envió observadores.

21 FRUS-DOS (13 de abril de 1960), f. 8, Exp. 816.00/4-1360.

22 U.S. – DDO (23 de marzo de 1964), U.S. Declassified Documents Online, <http://tinyurl.galegroup.com/tinyurl/8UyJL9>.

23 U.S. – DDO (23 de marzo de 1964), U.S. Declassified Documents Online, <http://tinyurl.galegroup.com/tinyurl/8UyJL9>.

24 FRUS-DOS (7 de noviembre de 1960), f. 1, Exp. 816.00/11-760.

noviembre de ese mismo año consideraron nuevas condiciones para la política regional centroamericana. Sostenían que era necesario que se creara en El Salvador un Consejo de Planificación Económico y Social para el Bienestar. La propuesta procuraba evitar cualquier desbalance o tendencias extremas que podrían ocurrir con motivo de los acontecimientos nacionales e internacionales recientes.²⁵

Esto había quedado claro para la embajada desde abril de ese año. Era importante tener en consideración que había una erupción de agitadores de inspiración cubana en San Salvador. Por consiguiente, si no había un clima de negocios atractivo, sería difícil que estos proyectos se concretaran. Este era un requisito fundamental para los préstamos. Por tanto, “[i]f the Salvadoran Government continue to control outside agitation, a task for which it has the capabilities, there appear to be no reasons for the economy not to maintain its record of steady growth”.²⁶

Lo anterior es un punto fundamental que tener en consideración. Por ello, después del golpe de octubre de 1960, era imperativo que la Junta de Gobierno garantizara el *statu quo*. En marzo de 1961, el embajador Murat Williams lo tenía en consideración. Por ello, en una reunión con opositores políticos a la Junta, les preguntó: “What Salvadoran economic development projects might deserve early financial support?”.²⁷ El estribillo seguía siendo el de Lemus en 1959: aeropuerto y telecomunicaciones.

Ese tipo de financiamiento continuó aun cuando el Gobierno de Lemus o el de la Junta seguían una política de seguridad interna anticomunista. De hecho, El Salvador se estaba convirtiendo en un modelo de la cooperación para el desarrollo. Según Walter LaFeber, El Salvador fue el orgullo de Kennedy en Centroamérica. Entre 1962 y 1965 recibió más de 65 millones de dólares, más que ningún otro país centroamericano (LaFeber 1993, 173). Además, “John F. Kennedy criticized Eisenhower’s backing of dictators, which, he said, left the continent ripe for social revolution. In practice, however, his policies displayed more continuity than discontinuity” (Kuzmarov 2009, 209).

El interés por la Alianza comenzó en 1961. La Junta de Gobierno aseguró que estaban de acuerdo con los principios del Acta de Bogotá. Sin embargo, según la embajada estadounidense, era difícil coordinar esfuerzos, porque

25 FRUS-DOS (7 de noviembre de 1960), f. 1, Exp. 816.00/11-760.

26 FRUS-DOS (15 de julio de 1960), f. 11, Exp. 816.00/7-1560.

27 FRUS-DOS (17 de marzo de 1961), f. 11, Exp. 816.00/3-1761.

había cambios constantes en los puestos ministeriales. De la mano con lo anterior, la Junta de Gobierno comenzó a implementar algunas reformas sociales. La embajada, de hecho, consideraba que los únicos opositores eran “rich capitalists and politicians [...] seeking to exploit unemployment and alleged suffering of small business and planters”.²⁸ Mientras tanto, la embajada al parecer veía con buenos ojos las reformas sociales que proponía la Junta. Además, consideraban positivo que las políticas económicas se apegaran a la estricta obediencia de las recomendaciones del FMI. Además, consideraban que era necesario que un representante del FMI estuviera cerca del gobierno. Esto también fue una recomendación que exigía el EXIM Bank y la asistencia del BID. La razón principal era que así podrían informarse mejor sobre el desarrollo de la situación y la relación entre sus políticas. La recomendación principal, al final, era la siguiente:

We believe Government is on right track in its general social programs, but we must recognize that it cannot go it alone. [...] It needs immediate help from Alianza para el Progreso which has inspired much if its effort. Beyond modest ICA technical assistance programs, present Government of El Salvador has received no financial support from us. (no disbursements under EXIM Bank airport loan expected until late in calendar 1962).²⁹

Las reformas propuestas por la Junta de Gobierno generaron alarma. Por esa razón, era imperativo, como señala el párrafo anterior, el apoyo complementario de la Alianza para el Progreso. A pesar de ello, el miedo por la posible interferencia de Cuba estaba muy presente. Muchos ciudadanos estadounidenses residentes en El Salvador expresaron temor. Creían que sus propiedades y negocios se verían afectados. La embajada les comunicó que no había nada que temer. Por tanto, si bien el temor era infundado, sugirieron realizar acciones dilatorias. El embajador Williams aseguró que pedirían apoyo al Departamento de Estado para que se enviaran expertos investigadores en seguridad. Tenían que realizar un reporte para detectar cualquier posible signo de relación con Fidel Castro y el peligro cubano.³⁰

A pesar de todo, en diciembre de 1961 el EXIM anunció que aprobaría un préstamo para el desarrollo por USD\$4.250.000. El dinero se destinaría, obviamente, para la ampliación y reconstrucción del aeropuerto

28 FRUS-DOS (1 de julio de 1961), f. 1, Exp. 816.00/7-161.

29 FRUS-DOS (1 de julio de 1961), f. 2, Exp. 816.00/7-161.

30 FRUS-DOS (15 de julio de 1961), f. 2, Exp. 816.00/7-1561.

de Ilopango en San Salvador. Además, se aprobó otro préstamo por USD\$10.000.000 para estabilización económica.³¹

Conclusiones

Desde una óptica internacional, para los Estados Unidos, El Salvador entre 1957 y 1961 fue un aliado estratégico. Los Gobiernos salvadoreños garantizaron el financiamiento de los proyectos de desarrollo con una política pragmática. Cumplieron con los requisitos por ser un país amigo. Esa condición permitió que se concretaran algunos proyectos de financiamiento. Esta óptica es limitada por la naturaleza de las fuentes diplomáticas. Sin embargo, nos permite entender los mecanismos con los cuales la diplomacia norteamericana jugaba. Pero El Salvador también jugaba sus cartas. Desde 1959, José María Lemus había pedido que Estados Unidos financiara la ampliación y reconstrucción del aeropuerto. Esto solo se logró hasta 1961.

En 1959 no se concretó, porque Eisenhower se negó. En 1961 se logró, porque las políticas de cooperación para el desarrollo cambiaron con Kennedy. La Junta de Gobierno que tomó el poder en 1960 supo aprovechar el contexto a su favor. Mantuvo la política pragmática y lograron los empréstitos necesarios para los proyectos de infraestructura económica.

Por tanto, la dinámica financiera se traduce como un proceso de venta de lealtades. Y la cooperación para el desarrollo se convierte en Leviatán que controla a gobiernos subordinados. Puede ser que la Guerra Fría no haya sido un recurso retórico explícito, pero, las formas en que se metabolizó implicaron el desarrollo de una Guerra Fría Centroamericana.

Siglas

U.S. – DDO: United States Declassified Documents Online

FRUS-DOS: Foreign Relationship United States, Department of State (Online Archive)

31 FRUS-DOS (6 de diciembre de 1961), f. 4, Exp. 816.00/12-661.

Bibliografía

- BULMER-THOMAS, Víctor. 1985. "Centroamérica desde 1920: desarrollo económico en el largo plazo". *Anuario de Estudios Centroamericanos* 11: 5-21.
- CHING, Erik. 2014. *Authoritarian El Salvador. Politics and the Origins of the Military Regimes, 1880-1940*. Notre Dame: University of Notre Dame Press.
- ENGERMAN, David C. 2018. *The Price of Aid: The Economic Cold War in India*. Cambridge: Harvard University Press.
- ENGERMAN, David C., y Corinna R. UNGER. 2009. "Introduction: Towards a Global History of Modernization". *Diplomatic History* 33(3): 375-385. <https://doi.org/10.1111/j.1467-7709.2009.00776.x>.
- ESCALANTE ARCE, Pedro Antonio. 2008. *Los estancos, las prácticas monopólicas y las rentas del Estado en El Salvador*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, Consejo Nacional para la Cultura y el Arte.
- FERNÁNDEZ, José Antonio. 2003. *Pintando el mundo de azul. El auge añilero y el mercado centroamericano. 1750-1810*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, Consejo Nacional para la Cultura y el Arte.
- GLEIJESES, Piero. 1991. *Shattered Hope: The Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954*. Princeton: Princeton University Press.
- JUÁREZ ÁVILA, Jorge (ed.). 2014. *Historia y debates sobre el conflicto armado salvadoreño y sus secuelas*. San Salvador: Instituto de Estudios Históricos, Antropológicos y Arqueológicos/Universidad de El Salvador/Fundación Friedrich Ebert.
- KRUIJT, Dirk. 2017. *Cuba and Revolutionary Latin America: An Oral History*. London: Zed Books.
- KUZMAROV, Jeremy. 2009. "Modernizing Repression: Police Training, Political Violence, and Nation-Building in the 'American Century'". *Diplomatic History* 33(2): 191-221.
- LAFEVER, Walter. 1993. *Inevitable Revolutions: The United States in Central America*. 2.^a ed. The American Studies Collection. New York: WWNorton.
- LAURIA-SANTIAGO, Aldo. 2003. *Una república agraria: los campesinos en la economía y la política de El Salvador en el siglo XIX*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, Consejo Nacional para la Cultura y el Arte.
- LINDO FUENTES, Héctor. 2002. *La economía de El Salvador en siglo XIX*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, Consejo Nacional para la Cultura y el Arte.
- MINISTERIO DE ECONOMÍA DE EL SALVADOR. 1953. *Proyecto de aprovechamiento hidroeléctrico del Río Lempa; antecedentes y documentos, 1949-1951*. San Salvador: Ministerio de Economía.
- PETTINÀ, Vanni. 2018. *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- ROSENBERG, Tina. 1992. *Children of Cain. Violence and the Violent in Latin America*. New York: Penguin.
- SORENSEN, Edward Kenneth. 1950. "Power Station of Radical Design Proposed for El Salvador". *Engineering News-Record* 144: 44-45.
- TORRES-RIVAS, Edelberto. 1983. "Derrota oligárquica, crisis burguesa, revolución popular: notas sobre la crisis en Centroamérica". *El Trimestre Económico* 50(198): 991-1018.
- . 2007. *La piel de Centroamérica: una visión epidérmica de sesenta y cinco años de su historia*. San José: FLACSO.

- TURCIOS, Roberto. 2003. *Autoritarismo y modernización. El Salvador, 1950-1960*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, Consejo Nacional para la Cultura y el Arte.
- WESTAD, Odd Arne. 2007. *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times*. Cambridge: Cambridge University Press.

“El suampo del banano y el oro de los gringos”: la participación política de los trabajadores nicaragüenses en la huelga bananera costarricense de 1934

Sonia Angulo Brenes

Universidad de Costa Rica

*Conozco un mar horrible y tenebroso
donde los barcos del placer no llegan;
solo una nave va, sin rumbo fijo
es una nave misteriosa y negra.
¿Quiénes van ahí, qué barco es ese,
Sin piloto, sin brújula y sin vela?,
Pregunté una vez y el mar me dijo:
Son los desheredados de la tierra,
Son tus hermanos que sin pan ni abrigo
van a morir entre mis ondas negras.
¡Dios mío!, grité. ¡Qué tristeza es penar y vivir en la miseria!
¡Yo soy pobre también, echadme al barco!
¡Quiero morir entre las ondas negras!*

(Fallas 2010, 208).

Introducción

Esta canción, entonada por Sibajita ante la muerte de Calero en la novela *Mamita Yunai* recuerda no solamente la desesperación de los hombres y mujeres que vivían y trabajaban en el bananal, sino también la situación de los trabajadores nicaragüenses que venían a Costa Rica en búsqueda de un trabajo en la plantación del banano en la United Fruit Company (UFCO) o en fincas particulares.

1 Título inspirado en un extracto de la novela de Carlos Luis Fallas, *Mamita Yunai*, publicada en 1941. El presente artículo está basado en mi tesis doctoral: “La era del desencanto: protesta social organización laboral y poder en Costa Rica, 1929-1940” (Universidad de Costa Rica, 2021).

Los trabajadores nicaragüenses se desplazaron a Costa Rica desde finales del siglo XIX con la construcción del ferrocarril al Atlántico. En el censo de 1892, se expone que para ese período había 128 personas nicaragüenses en la provincia de Limón, lo que correspondía a un 11% de la cantidad total de extranjeros (Dirección General de Estadística, 1892). Posteriormente, a inicios del siglo XX fueron traídos como rompehuelgas (en conjunto con otros centroamericanos) en las primeras manifestaciones de los trabajadores afrocaribeños, convirtiéndose en los primeros latinos de tiempo completo en la compañía bananera (Bourgeois 1994). De ahí que los primeros conflictos entre los trabajadores nicaragüenses y afrocaribeños se establecieran a través del racismo y estereotipos de un grupo y de otro. Por su parte, los trabajadores afrocaribeños se veían amedrentados por la violencia de los nicaragüenses, tanto en estas primeras manifestaciones como posteriormente en la huelga bananera, y esto producía un rechazo sobre estos.

Los conflictos entre trabajadores de la compañía bananera eran comunes, véase por ejemplo la narración hecha por Carlos Luis Fallas en *Mamita Yunai* cuando describe la organización de los caseríos y su división en costarricenses, nicaragüenses (en general centroamericanos) y afrocaribeños, los cuales se acentuaron cada vez más con el aumento de la contratación de los nicaragüenses para trabajos pesados y el mejoramiento de las condiciones de trabajo de los afrocaribeños en la compañía bananera en los años treinta.

La consolidación de los trabajadores nicaragüenses como proletarios produjo el aumento de desplazamientos a Costa Rica. Uno de ellos fue Adán Cárdenas, apodado el Gato Cárdenas, el cual no solo se insertó en la compañía sino que participó en la huelga bananera de 1934 al lado del Partido Comunista y de los demás trabajadores costarricenses, luchando por mejores condiciones y que sufrió las consecuencias de aquellos nicaragüenses que participaron en dicha protesta. Jaime Cerdas, en sus memorias, lo recuerda así:

El Gato Cárdenas (Adán) era desertor de la Guardia Nacional de Somoza, y se pasaba cantando una canción que hablaba de ese tema. Cantaba también aquella canción tan triste que decía “yo soy pobre también, llévame al barco” [...]. Al Gato también lo detuvieron, cerca de la Finca Los Ángeles [lugar de organización principal de la huelga], el 12 de setiembre, y lo deportaron. Siendo como era, enemigo acérrimo de Somoza, no es nada raro que lo hayan matado, por nuestra inexperiencia. Aún hoy [...] me viene a la memoria el recuerdo del Gato Cárdenas. ¿Qué sería de su vida? Cuando pienso en él, me repugna aún

más la guerra vanidosa de los burócratas por reescribir la historia de la huelga (Cerdas 1994, 95).

En tanto, la historia de la huelga no solo ha sido reescrita, como dice Cerdas, desde una mirada oficialista, sino alejada de la comprensión de la diversidad de hechos acaecidos y olvidándose de los trabajadores afrocaribeños, las mujeres y, en el caso que nos ocupa, la participación política de los trabajadores nicaragüenses. Por esto, el presente artículo recupera los desplazamientos de los trabajadores de Nicaragua a Costa Rica para convertirse en rompehuelgas a inicios del siglo xx y, posteriormente, insertarse como obreros permanentes, especialmente en la UFCO. Ello permite su participación política en la huelga bananera de 1934 y su relación con los demás obreros, con el Partido Comunista y el Estado, el cual a su vez creó un conjunto de discursos nacionalistas, caracterizándoles, a diferencia de los trabajadores costarricenses, como una masa amorfa, violenta y peligrosa.

Los desplazamientos de los trabajadores nicaragüenses en busca de trabajo

El desplazamiento de los trabajadores nicaragüenses a inicios del siglo xx es el punto de partida para explicar su llegada cada vez más asidua a Costa Rica, especialmente para ser contratados en la compañía bananera. En su mayoría, hombres que venían huyendo de condiciones de pauperización desde Rivas, Masaya, Granada, Darío y otras ciudades de Nicaragua, para sufrir aún más pobreza y explotación en la plantación del banano.

Posteriormente, a inicios del siglo xx, con el aumento de los salarios en las plantaciones bananeras, estas se convirtieron en una opción para los trabajadores centroamericanos y nicaragüenses, los cuales eran traídos por la UFCO para realizar los peores trabajos, como abrir nuevos lugares para el cultivo o limpiar las fincas. En los años veinte, tanto los trabajadores nicaragüenses como guanacastecos sustituyeron a los afrocaribeños en las tareas más pesadas y peligrosas de la plantación (actividades que, a finales del siglo xix y principios del xx, eran realizadas por estos últimos), y por ello sus condiciones salariales eran más bajas y sus tareas más desagradables. De esta forma se constituyen en uno de los grupos más numerosos de obreros y, durante los años treinta, en uno de los más explotados (Bourgeois 1994, 244-248 y 262).

Las condiciones de trabajo en la UFCO eran desiguales, según su etnia, nacionalidad y tiempo de trabajo, por esto se fue creando una división socio-ocupacional, que se convirtió en una estrategia de desorganización y generó rencillas y prejuicios entre los trabajadores bananeros. Así se contaba, especialmente, con trabajadores jamaíquinos, costarricenses y nicaragüenses (Bourgois 1994, 244-248). La división de los trabajadores y su manipulación, se observa en el siguiente extracto de una carta del embajador estadounidense dirigida al Departamento de Estado, en la que expone la situación de la huelga:

Desde el inicio de la huelga, los dóciles antillanos y negros jamaíquinos, quienes constituyen la principal fuente de trabajo en la región bananera, se han opuesto a la huelga, pero esta gente ha sido acobardada por costarricenses blancos de mentalidad más fuerte y, en muchos casos, por nicaragüenses, que de hecho inauguraron un reino de terror (Sack, 13 de septiembre de 1934, s.p.).

Independientemente de la docilidad del carácter de un grupo de huelguistas, se recalca, en diferentes momentos de la carta, la ferocidad de los trabajadores nicaragüenses frente a los obreros costarricenses y afrocaribeños.

Desde el inicio de los años treinta, se reconoce en el ambiente costarricense una preocupación por la presencia de los trabajadores nicaragüenses, no solamente debido a su supuesta violencia, sino también por su vínculo con las ideas sandinistas (Eberhardt, 2 de julio de 1931). De allí que existieran prejuicios, tanto sobre su participación en diferentes acciones políticas como por la crítica situación de su país, debido a la cual constantemente migraban a Costa Rica en búsqueda de mejores condiciones.

Como se ha expuesto, los trabajadores eran contratados por la UFCO, pero también en fincas particulares de banano. Así, por ejemplo, en un listado de treinta y ocho fincas, se encuentra que alrededor de cuarenta y cuatro nicaragüenses eran contratados y en el censo realizado en septiembre de 1934, se estimó un elevado número de trabajadores extranjeros, especialmente nicaragüenses (*La Tribuna*, 13 de septiembre de 1934, 5). Por esto, cuando el 4 de agosto se inicia la huelga bananera de 1934 fueron uno de los grupos más beligerantes, quienes en el transcurso de los dos meses de duración participaron en diferentes acciones.

La huelga bananera de 1934 y los trabajadores nicaragüenses

La participación política de los trabajadores nicaragüenses se constituyó en un aliciente para el avance de la huelga. Recuérdese brevemente que la misma se realizó desde el 4 de agosto hasta el 17 de septiembre y se llevó a cabo tanto en las fincas de la compañía como en las fincas particulares de la siembra de banano, distinguiéndose dos momentos: el primero, de organización y acciones políticas mucho más contenidas, para finalizar con el acuerdo entre los trabajadores, el Gobierno y productores independientes; el segundo, ante la negativa de la UFCO de aceptar dicho convenio, se caracterizaría por ser mucho más rápido, violento y explosivo, finalizando con la detención de los líderes comunistas y la persecución de los trabajadores.

La intervención de los trabajadores nicaragüenses fue importante durante toda la huelga, pero principalmente, en este segundo momento, cuando se exacerbó la violencia. Los trabajadores se comprometieron rápidamente y algunos de ellos la lideraron, como Lino Bustos y Adán Cárdenas. Según las declaraciones oficiales del gobernador de Limón, en una carta dirigida a la cónsul de Nicaragua, Sara M. Cerda, el 22 de agosto de 1934, ellos lideraron la huelga a partir de este momento:

Muchos de ellos jefearon el movimiento que culminó con el paro general de los trabajos en la Zona Atlántica, con la destrucción de millares de racimos de bananos que estaban ya listos para ser encargados en los trenes, con la interrupción de líneas telefónicas, con la destrucción de un puente, la inutilización de varios trechos de tranvías, la amenaza de muerte contra los que les desobedecieran las órdenes de no trabajar más, etc., etc., y los restantes y otros más que aún no han sido capturados coadyuvaron en todos esos desmanes con su concurso personal (ANCR, Fondo Ministerio de Gobernación y Policía, n.º 058523, 1934, s.p.).

Esta postura expuesta por el gobernador de Limón de caracterizarlos como violentos y vulnerables a las ideas sindicalistas y comunistas era común tanto en los periódicos de la época —quienes culpaban al “elemento extranjero” de propiciar la huelga— como en los discursos de las autoridades políticas y del Estado. Por esto, su persecución fue permanente. El temperamento de los nicaragüenses era fuerte y, según declaraciones de trabajadores afrocaribeños, no iban a trabajar por miedo a los “comunistas nicaragüenses” (*La Tribuna*, 11 de agosto de 1934, 1).

Entre las acciones llevadas a cabo por los trabajadores nicaragüenses, detalladas en las cartas oficiales de las autoridades limonenses, señalaban: su participación “macheteando” bananos de la compañía bananera, daños a la propiedad, su entrada clandestina al país para apoyar la huelga, daños en la línea telefónica y en la ferroviaria (ANCR, Fondo Ministerio de Gobernación y Policía, n.º 058523, 1934, s.p.²). En el caso del ya mencionado Adán Cárdenas, su participación fue fundamental en la negociación del acuerdo para finalizar la huelga en su primer período. En cuanto a Lino Bustos, se convirtió en un líder importante del Partido Comunista en el Caribe.

La detención de los trabajadores nicaragüenses fue constante, véase, por ejemplo, que entre el 11 de agosto y el 29 de septiembre se cuentan alrededor de treinta y dos personas detenidas por su participación en la huelga y por la portación de armas como machetes. Entre ellas, se destaca a Cárdenas (ANCR, Fondo Ministerio de Gobernación y Policía, n.º 058525 y n.º 058523, 1934, s.p.; ANCR, Fondo R1447, n.º 877, 1934, 6, y *La Tribuna*, 12 de agosto de 1934, 1, 3 y 8).

Una vez detenidos, estos trabajadores eran expulsados del país, independientemente de su participación en la huelga; se les tachaba de subversivos y comunistas. En una de las declaraciones de los detenidos, correspondiente a Juan José Gutiérrez (de 21 años), se expone lo siguiente:

Alcalde: Sabe usted por qué se le recibe esta declaración y se encuentra detenido?

Indiciado: Entiendo que se debe a que se me ha tomado por partícipe de la huelga de trabajadores de la línea, pero esto es una lamentable equivocación, pues no soy huelguista ni mucho menos. Resulta que el trece de este mes, salí con otro compañero de Matina a buscar trabajo a Saborío, cuando pasamos por Estrada, nos salió al encuentro un grupo de policiales, quienes ordenándonos que entregáramos los machetes, que en este acto me pone de manifiesto, y los cuales se usan para el trabajo, nos condujeron en un tren bananero a la cárcel de esta ciudad en donde hemos permanecido hasta ahora. Nosotros no hicimos oposición [...]. Repito que yo no he intervenido en forma alguna en la huelga y por más que estimara justas las razones que tienen los huelguistas para conseguir el aumento de sus salarios, mi corta edad no me permite inmiscuirme en esos ajetreos (ANCR, Fondo R1311, 1934, s.p.).

2 Carta del 14 de agosto de 1934 de Romualdo Rodríguez al juez del Crimen y Carta del 15 de agosto de 1934 de Filadelfo Granados al ministro de Gobernación y Policía.

Los trabajadores en general y, específicamente los nicaragüenses, eran perseguidos, independiente de su participación directa o indirecta en la huelga, y en consecuencia se los expulsaba del país, aun cuando los hechos no estuvieran justificados y no se presentaran pruebas. Así, en una carta del 26 de septiembre de 1934 del Gobernador de Limón al presidente de la República, Ricardo Jiménez, se expone:

Tengo el honor de remitirle una información seguida por esta Gobernación, de la cual resulta que los ciudadanos nicaragüenses Jorge Gutiérrez Rojas y Juan José Jiménez de único apellido, y el panameño Enrique Robinson de único apellido, ingresaron al país sin llenar los requisitos legales de inmigración, y contra los cuales hace el Coronel Gallegos el cargo de que hicieron daño en la línea telefónica y en la ferroviaria en la Estrella.

El Coronel Galleros, a quien pregunté si hay prueba contra esos sujetos para ponerlo a la orden de las autoridades, me contestó en oficio n.º 2241 que se agrega, que no, y aconseja su expulsión por haber infringido las leyes de inmigración (ANCR, Fondo Ministerio de Gobernación y Policía, n.º 058523, 1934, s.p.).

La huelga bananera se convirtió en un pretexto para expulsar a los trabajadores extranjeros del Caribe, en tanto se les vinculaba con las ideas comunistas, por lo que la presión hacia el Gobierno para que tomara medidas radicales, tales como la expulsión, era permanente (ANCR, Fondo Ministerio de Gobernación y Policía, n.º 058525, 1934, s.p.³). Sin embargo, ante estas medidas, muchos de los trabajadores nicaragüenses volvían a ingresar al país, tanto porque vivían en Costa Rica como para incorporarse a la lucha nuevamente. Por su parte, la prensa local, especialmente los periódicos oficialistas, atacaron constantemente a los trabajadores extranjeros aduciendo una relación con el Partido Comunista, aun cuando esta no existiera, atribuyéndoles la condición de líderes del movimiento y definiéndoles como violentos (*Diario de Costa Rica*, 11 de agosto de 1934, 1).

La relación con el Partido Comunista, el cual lideraba la huelga bananera, fue contradictoria. Por un lado, los trabajadores nicaragüenses se interesaban por las ideas comunistas, pero, por otro, presionaban al partido y al Comité de Huelga para que se manifestaran con mayor beligerancia (*La Tribuna*, 23 de agosto de 1934, 1 y 8). En este sentido, los trabajadores nicaragüenses no solo participaron de forma comprometida en la huelga

3 Carta del 11 de agosto de 1934 del gobernador a Roberto Alpízar.

bananera, sino que sufrieron las peores consecuencias, pues eran deportados y devueltos a su país. Sin medir lo que pudiera ocurrirles a ellos y a sus familias, debido al poco apoyo de los otros trabajadores y del Partido Comunista, el cual en algunos momentos no estaba de acuerdo con sus acciones, pues las veía como muy violentas.

Acciones del Estado frente a los trabajadores nicaragüenses

En el caso de las acciones del Estado, se presentaba por parte del Gobierno “una caza de brujas”, pues a lo largo de la huelga, no solo se detuvo a los trabajadores nicaragüenses, sino también se les expulsó a ellos y a sus familias, pese a que ya tuvieran varios años de residir en Costa Rica y quedarán en una condición de total desamparo (*La Tribuna*, 25 de agosto de 1934, 1, 7-8). La justificación oficial era que las acciones más radicales eran producto de los trabajadores extranjeros, especialmente los nicaragüenses, y de allí su necesidad apremiante de detenerlos y expulsarlos del país. Así lo exponía tanto el Gobierno como la prensa local, diferenciándolos de los trabajadores costarricenses y afrocaribeños, supuestamente más pacíficos.

Frente a la injusta detención y expulsión de los trabajadores se interpusieron *habeas corpus* (*La Tribuna*, 22 de agosto de 1934, 1 y 7), los cuales resultaban a su favor, indicándose que se habían comportado adecuadamente y no había cargos para la detención; sin embargo, estos no eran liberados. Las expulsiones fueron expeditas, tanto de ellos como de sus familias:

En Limón hay en este momento 25 nicaragüenses listos para ser expulsados. Ni sus ropas han tenido tiempo de conseguir antes del lanzamiento por no dejarles tiempo la policía. Ni el término de ley se les ha dado para defenderse. No han sido llevados con ellos los requisitos constitucionales (*La Tribuna*, 18 de agosto de 1934, 6).

Las deportaciones de trabajadores se aplicaron incluso en aquellos casos que tenían permiso y tiempo de residir en Costa Rica. Se transcribe uno de los tantos casos en un telegrama del 24 de septiembre, dirigido al presidente de la República, por Filadelfo Granados:

Por ahora solamente están listas para irse a Nicaragua las familias de los deportados Felipe Muñoz y Gregorio Téllez López.

La familia del primero se compone de la esposa Sra. Celestina Camareno de Muñoz y de su hijito de 6 años Eduardo Muñoz Camareno. La del segundo se compone de la mujer llamada Simona Loaiciga y de sus hijitos Jesús y Augusto de 12 años y 13 meses respectivamente. Estas familias desean irse cuanto antes.

De aquí saldrán en el tren de mañana martes para San José. No llevan ningún dinero para su alimentación y dormida. Suplico a Ud. darme sus instrucciones (ANCR, Fondo Ministerio de Gobernación y Policía, n.º 058523, 1934, s.p.).

La identificación de trabajadores extranjeros fue una práctica común y su deportación se efectuó de manera rápida. La persecución de estos trabajadores conllevó, por parte de la Secretaría de Gobernación y Trabajo, la realización de un censo para conocer su nacionalidad, con la única finalidad de expulsarlos de inmediato si participaban en actos subversivos (*La Tribuna*, 9 de septiembre de 1934, 1). Véase, por ejemplo, la correspondencia entre el ministro de Gobernación y Policía y el gobernador de Limón, Filadelfo Granados, en la cual permanentemente se insistía en su condición de trabajadores nicaragüenses. Asimismo, en un telegrama del presidente Ricardo Jiménez al gobernador de Limón, este le solicitaba lo siguiente: “trate de conseguir la suma necesaria para que a cada expulsado se le entregue cinco dólares que le sirvan para hacer sus primeros gastos al desembarcar” (ANCR, Fondo Ministerio de Gobernación y Policía, n.º 058525, 1934, s.p.).

La situación de los trabajadores nicaragüenses fue compleja, pues su participación en la huelga los identificaba como indeseables para el Gobierno costarricense, independientemente de su relación con el Partido Comunista. Por ejemplo, Manuel Mora, líder del partido, comentaba: “[...] vea usted qué curioso: esos huelguistas extranjeros en su mayor parte no son comunistas. Son simples trabajadores que piden justicia. Pero el Gobierno los va a expulsar porque le son incómodos a la United” (*La Tribuna*, 12 de agosto de 1934, 1, 3 y 8). Así, en correspondencia con el Departamento de Estado de Estados Unidos, se relaciona constantemente a estos trabajadores con las ideas comunistas, independientemente de que lo fueran o no y de forma rápida eran enviados a Nicaragua (Sack, 17 de agosto de 1934).

Conforme avanza el tiempo, la expulsión de los trabajadores nicaragüenses se fue agravando cada vez más. Las autoridades se centraron en la tarea de su identificación y, por mandato del presidente, se tomó como una de las medidas más urgentes. La solicitud era que fueran detenidos e inmediatamente deportados (ANCR, Fondo Ministerio de Gobernación y

Policía, n.º 058523, 1934, s.p.). El 11 de septiembre de 1934, el presidente declaraba:

[...] Pero sucede que del mismo modo que el trabajador nicaragüense es muy apreciable como trabajador, cuando suena el grito de la rebeldía pareciera que renacen en él arrestos de pasadas luchas. Y eso hace que participen con mayor vehemencia y mayor entusiasmo en toda clase de movimientos. De allí que algunos de ellos hayan tenido que ser extrañados en la actual situación huelguística (*La Tribuna*, 11 de septiembre de 1934, 5).

Ante esta situación, el Consulado de Nicaragua en Puerto Limón, representado por la cónsul de Nicaragua Sara Cerda y por el cónsul general Pastor López, el 13 de septiembre, envía a dos trabajadores, J. Orontes Quinto y Yanuario Rivas, para que a través de un panfleto convenzan a los trabajadores de respetar la ley y el orden costarricense y no atentar contra la propiedad privada (ANCR, Fondo Ministerio de Gobernación y Policía, n.º 058523, 1934, s.p., y *La Tribuna*, 14 de septiembre de 1934, 5).

La expulsión de los trabajadores fue exitosa. En varias cartas se cita el traslado continuo de entre siete y ocho nicaragüenses a partir del 16 de agosto. Así, por ejemplo, se notifica para el 20 de agosto la expulsión de veintidós personas. Estas personas eran enviadas con cinco dólares para gastos, financiamiento que, en un principio, se realizó mediante préstamos hechos por Fletcher Hatch, funcionario de la compañía bananera (ANCR, Fondo Ministerio de Gobernación y Policía, n.º 058523, 1934, s.p.).⁴ Así, entre el 15 de agosto y 4 de octubre se expulsaron del país alrededor de cuarenta y seis personas; mientras en la prensa se expone la expulsión de veintidós huelguistas nicaragüenses capturados en la finca particular Hamburgo (ANCR, Fondo Ministerio de Gobernación y Policía, n.º 058525, 1934, s.p., y *La Tribuna*, 21 de agosto de 1934, 1, 6 y 8).

Todas estas expulsiones de trabajadores le granjeó a Ricardo Jiménez la animadversión de las autoridades nicaragüenses (*La Tribuna*, 13 de septiembre de 1934a, 1 y 8), quienes en repetidas ocasiones no solo detuvieron a los policías costarricenses que escoltaban en las lanchas a los expulsados, sino que el mismo Jiménez se refirió de la siguiente manera:

4 Carta del 11 de septiembre de 1934 de Filadelfo Granados, gobernador de Limón, al presidente de la República.

Costa Rica ha sido siempre un país hospitalario y amigable con los nicaragüenses, lo mismo que para todos los centroamericanos y extranjeros en general. Pero lo que el gobierno no puede permitir de ninguna manera es que ciudadanos no costarricenses, cualquiera que sea su nacionalidad, tomen parte dirigente en los destinos sociales, políticos o económicos del país (*La Tribuna*, 11 de septiembre de 1934, 1 y 5).

El trato a los huelguistas nicaragüenses no solo fue inhumano, sino que resultó la excusa perfecta para su expulsión, ante el avance de los discursos nacionalistas sobre el carácter pacífico de los trabajadores costarricenses frente al resto de los obreros extranjeros. Esto en conjunto con un discurso conservador de las relaciones más cordiales con la UFCO, para la cual los nicaragüenses eran molestos, debido a su carácter combativo.

Conclusiones

La participación política de los trabajadores nicaragüenses fue fundamental para el apoyo a la huelga bananera. Sus deplorables condiciones de vida y trabajo, sumados a la precaria situación en su país natal, coadyuvaron a su compromiso y liderazgo, tal como fuera el caso de Lino Bustos y Adán Cárdenas. Sin embargo, los nicaragüenses y sus familias fueron los que sufrieron más fuertemente las consecuencias de su participación, pues no solo fueron detenidos y perseguidos, sino también deportados a su país, sin ninguna consideración sobre su situación en Costa Rica.

La relación tanto con el Partido Comunista como con los demás trabajadores fue compleja, ya que sus decisiones y posiciones más radicales no siempre se amoldaron al carácter de algunos líderes comunistas ni al de los obreros costarricenses y afrocaribeños, los cuales, como se ha mencionado, les tenían miedo. Incluso las acciones propuestas por los nicaragüenses, eran tomadas como extremas en muchos casos.

Las acciones del Estado se centraban en la persecución y expulsión de los trabajadores nicaragüenses, los cuales eran calificados como “comunistas” o “sandinistas”, y debían ser deportados a su país, por lo cual la huelga se convirtió en una excusa y no necesariamente su causa. Los discursos tanto del Estado como de la prensa local eran que la huelga era efectuada por los trabajadores extranjeros, especialmente nicaragüenses, y por esto era necesaria su expulsión del país. En esta última, los periódicos constantemente contraponían el carácter pacífico de los obreros costarricenses frente a esa

masa violenta de trabajadores, destacándose un discurso nacionalista y conservador. En conjunción con la necesidad de mantener relaciones cordiales con la UFCO, la cual no estaba de acuerdo con las estrategias políticas de estos obreros.

Bibliografía

- ARCHIVO NACIONAL DE COSTA RICA (ANCR). 1934. Fondo Ministerio de Gobernación y Policía, n.º 058523.
- . 1934. Fondo Ministerio de Gobernación y Policía, n.º 058525.
- . 1934. Fondo R1311.
- . 1934. Fondo R1447, n.º 877.
- BOURGOIS, Philippe. 1994. *Banano, etnia y lucha social en Centroamérica*. San José: DEI.
- CERDAS, Jaime. 1994. *La otra vanguardia –memorias–*. San José: EUNED.
- Diario de Costa Rica*. 11 de agosto de 1934. “La Huelga del Atlántico, a impulso del comunismo, toma cuerpo”, 1.
- DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA. 18 de febrero de 1892. *Censo de población de Costa Rica*.
- EBERHARDT, Charles. 2 de julio de 1931. Carta de Charles Eberhardt al Departamento de Estado. Documento recopilado por Eugenia Rodríguez Sáenz e Iván Molina en los Archivos Nacionales de Estados Unidos, 1996. Cartas escaneadas por el Centro de Investigaciones Históricas en Centro América (CIHAC).
- FALLAS, Carlos Luis. 2010. *Mamita Yunai*. San José: Editorial de Costa Rica.
- SACK, Leo R. 17 de agosto de 1934. Carta de Leo R. Sack al Departamento de Estado. Documento recopilado por Eugenia Rodríguez Sáenz e Iván Molina en los Archivos Nacionales de Estados Unidos, 1996. Cartas escaneadas por el Centro de Investigaciones Históricas en Centro América (CIHAC).
- . 13 de septiembre de 1934. Carta de Leo R. Sack al Departamento de Estado. Documentos recopilado por Eugenia Rodríguez Sáenz e Iván Molina en los Archivos Nacionales de Estados Unidos, 1996. Cartas escaneadas por el Centro de In Investigaciones Históricas en Centro América (CIHAC).
- La Tribuna*. 11 de agosto de 1934. “La huelga de los trabajadores de la Compañía Bananera se extiende a varios lugares”, 1.
- . 12 de agosto de 1934. “El Partido Comunista asume la responsabilidad de la huelga en la zona Atlántica”, 1, 3 y 8.
- . 18 de agosto de 1934. “Intervendrá el Ejecutivo a fin de solucionar la huelga en la zona Atlántica”, 6.
- . 21 de agosto de 1934. “Los huelguistas presentarán otro pliego de condiciones relativo a aumento de sueldos”, 1, 6 y 8.
- . 22 de agosto de 1934. “Se declaran con lugar los recursos presentados a favor de los huelguistas detenidos”, 1 y 7.
- . 23 de agosto de 1934. “Fracasadas todas las fórmulas de arreglo, los huelguistas conceden un plazo hasta las cinco de la tarde de hoy”, 1 y 8.

- . 25 de agosto de 1934. “Reanudaron ayer los huelguistas sus actos de violencia contra las fincas bananeras”, 1, 7 y 8.
- . 9 de septiembre de 1934. “Un censo de los trabajadores de las fincas del Atlántico dispone levantar el Ejecutivo”, 1.
- . 11 de septiembre de 1934. “Costa Rica ha sido siempre un país amigo de los nicaragüenses”, 5.
- . 13 de septiembre de 1934. “Terminó de levantarse el censo de todos los trabajadores de las fincas de la región atlántica”, 5.
- . 13 de septiembre de 1934a. “El Gobierno dará protección y garantía para las familias de los nicaragüenses que fueron deportados”, 1 y 8.
- . 14 de septiembre de 1934. “Se le suplica a los nicaragüenses mantener con toda disciplina su calidad de extranjero”, 5.

**RE-CONSTRUCCIONES IDENTITARIAS,
MEMORIA Y MOVILIDAD EN/DESDE
CENTROAMÉRICA: GÉNERO, VIOLENCIA Y
SUPERVIVENCIA**

Del nacuiloni al *queer*: una genealogía identitaria de las alteridades sexuales en El Salvador

Amaral Arévalo

Instituto Fernandes Figueira
Fundação Oswaldo Cruz

Las conmemoraciones oficiales del bicentenario en los países centroamericanos excluyeron a identidades, subjetividades y cuerpos que no se apegan al modelo de Estado nación: mestiza, patriarcal, heterosexual, instituido desde la fundación de las repúblicas a partir de 1821. Entre estas identidades excluidas se encuentran las denominadas como lesbianas, gays, bisexuales, personas trans, intersexuales, *queer* —entre otras identidades sexuales y de género disidentes al modelo binario hegemónico heterosexual que se agrupan en el acrónimo de LGBTIQ+—. En el proceso de constitución de ese acrónimo identitario, se evidencia una disputa de identidades sexuales y, la mayoría de las veces, salen victoriosas identidades “foráneas” que se adoptan como propias, en detrimento de conceptos y categorías vernáculos.

En este contexto, este ensayo propone un análisis genealógico del uso de nombres y categorías para identificar a las alteridades sexuales en El Salvador, teniendo como meta explicitar los procesos de exterminio identitario y epistémico que han padecido las categorías vernáculos al interior de ese territorio. Para este fin, propongo una revisión panorámica, sobre la base de fuentes primarias encontradas, de las formas para denominar, según el tiempo histórico, a las identidades sexuales y de género en el país centroamericano.

I.

De la época prehispánica del actual territorio salvadoreño no existen registros materiales sobre la existencia de personas reconocibles por su disidencia sexual y de género. Sin embargo, Lara-Martínez (2012, 84-86), a partir del aporte de Leonhard Schultze-Jena y su recolección de relatos

orales pipiles-izalco antes de la masacre de 1932, establece que los pipiles reconocían a la persona que ejercía el rol receptivo o pasivo con la denominación de “cuiloni” (palo que hecha flores) y al “tecuiloni” como el que ejerce el rol activo, con una clara connotación de jerarquía social de dominador-dominado, sin ninguna connotación de una posible identidad sexual o expresión específica de género.

II.

Los procesos de invasión española en los actuales territorios de las Américas conllevaron la imposición de una lengua y religión foráneas, además del sometimiento socioeconómico a los habitantes originarios. Estos procesos influyeron en las cosmovisiones precoloniales, incluso hubo implicaciones en la forma de nombrar a las identidades sexuales y de género en esa época. En este punto, tomemos como inicio el caso de Juana “La Larga” Aguilar en 1803. Esta fue una mujer identificada socialmente como “mujer viril” y acusada de tener relaciones sexuales con personas de “ambos sexos”. En el escrutinio médico para determinar la “virilidad” de Juana, se hizo alusión al concepto de “hermafrodita”, debido a que presentaba una estructura genital que, posiblemente, contenía órganos sexuales de ambos sexos (Arévalo y Carrara 2020).

En otros casos vemos la utilización de la categoría “sodomítico”, como en la acusación contra el indígena Nicolás Carbajal de tener posibles relaciones sexuales con otros hombres en 1804. Sin embargo, en su caso, lo que resultó paradójico fue que nunca se expresó el nombre de la persona con la cual consumó el “delito” (Arévalo y Carrara 2020). Por otra parte, en el caso de Faustino Galdámez (de 1813), encontramos, en vez de uno, tres hombres a quienes se supone haberles incitado a cometer prácticas sexuales. En este proceso de acusación, Galdámez fue descrito como “muy afeminado”. Esta descripción da cuenta de la forma como eran nombrados aquellos sujetos que no se apegaban a las normas de virilidad de la época. La categoría identitaria de “afeminado” hace un desvío de la carga penal de la categoría de “sodomía”. En este caso, considero que su uso en contextos institucionales era permitido y categorías como “maricón” o “culero” pudieron ser utilizadas en contextos menos reglamentarios de uso del lenguaje, y por tal motivo, no contamos con su registro.

III.

Después de ocurrida la Independencia el 15 de septiembre de 1821, las antiguas provincias centroamericanas iniciaron un proceso de construcción de una República Federal, la cual nunca logró cuajar. Por tal motivo, a partir de 1839 se inició la edificación de Repúblicas Unitarias por parte de cada uno de los Estados en el istmo. Un ideal de moralidad, también se gestó, colateralmente, en la construcción y consolidación del propio Estado. Dicha moralidad estaba regida por los preceptos religiosos. Si bien la secularización normativa del Estado culminó en 1886, momento en el que se introdujo que el Estado no reconocía ninguna religión como oficial (Cardenal 2001), en la práctica se mantuvieron los preceptos religiosos y sus moralidades, y en muchos casos, la doble moral, como convenciones sociales cotidianas, normalizadas e institucionalizadas.

En el último cuarto del siglo XIX, gracias al aporte de la prensa y el discurso médico-legal, es posible identificar diversas reflexiones sociales sobre la categoría “mujer”. Los aspectos que se abordaron estaban relacionados con la educación, aunque vista desde los estereotipos tradicionales. Sin embargo, al finalizar dicho siglo, se comenzó a hablar sobre la irrupción de la mujer en el escenario político —el Feminismo—, perfilando una idea que se reproducirá, desde ese momento hasta la actualidad: la inversión sexual de la mujer que abraza las causas feministas. Una voz de alarma se hizo presente por medio de un caso que mencionó a una institutriz inglesa que se había hecho cochero, o, mejor dicho, cochera —*cabwoman*— en Londres (*Diario del Salvador* 1895, 2). Es así como se comenzó a perfilar la idea de que la mujer en su afán de reivindicación de derechos se estaría masculinizando, haciendo un proceso de inversión sexual al desempeñar profesiones socialmente asignadas a hombres. Desde la concepción patriarcal, únicamente se concebía que los cuerpos masculinos eran susceptibles de tornarse ciudadanos plenos. La inversión sexual tenía relación directa con el supuesto proceso de modificación corporal masculinizante en las mujeres feministas, ya que no se concebía que el cuerpo de la mujer podría adquirir la condición de ciudadanía plena. En el caso de las feministas que reclamaban ciudadanía, se consideraba que no deseaban ser mujeres, sino hombres. Se creó la categoría de “El Tercer Sexo” (*Diario del Salvador* 1896, 3) para designar el resultado de la inversión sexual en tales mujeres.

Fortunato Tadei, en su obra *Medicina Legal* (San Salvador, 1884), describió desde la perspectiva penal una acción y condición correspondiente

a la disidencia sexual. La primera acción que describió fue la pederastia. En primer lugar, el acto de pederastia se relacionó directamente con el crimen de violación, por tal motivo su descripción general está relacionada con un ejercicio violento de la sexualidad, denominado como “desfloración pederástica”. Para su descripción también se rescató el concepto colonial de “acto sodomítico”. Si bien las leyes coloniales que punían las prácticas sexuales entre personas del mismo sexo fueron abolidas al momento de la Independencia, la carga simbólica negativa de estas se mantuvo y continuó reproduciéndose. La creación de nuevos marcos conceptuales era muy escasa y, por tal situación, se recurría a los anteriores, que social y moralmente eran aceptados.

Con todo, existieron procesos de migración y traducción de ideas del norte hacia el sur, como el caso de la “anomalía sexual” impulsada por Rouillard y Iscovesco (1897). Esta categoría incluía a la “inversión”, por lo cual entraba en el área semántica de “enfermedad”. En el campo literario se definió a Safo como la “Inmortal Lesbiana”. Esta categoría era una forma elocuente de elogiar los dotes literarios extraordinarios de Safo (Cornejo 1897, 275-277), pero también daba cuenta de las prácticas sexuales entre mujeres, ya que se asumía que los versos líricos de Safo estaban dedicados a otras mujeres en la isla de Lesbos.

IV.

En los albores del siglo xx, el concepto de “inmoralidad” o “actos inmorales” se utilizó para nombrar en discursos públicos posibles prácticas sexuales fuera de la norma binaria heterosexual. Revisando los boletines de la policía desde 1928 hasta 1943, encontramos la categoría de “actos inmorales” como parte de las estadísticas institucionales de los arrestos efectuados por la Policía Nacional en sus diferentes divisiones. Esta categoría, de forma general, engloba el ámbito de la sexualidad que salía de los patrones normados social y legalmente de la monogamia, el matrimonio y la heterosexualidad. En este caso, sujetos que efectuaban prácticas sexuales entre personas del mismo sexo podían ser parte de dichas estadísticas. Como ejemplo, en una crónica publicada en 1969, pero que se aduce hacía referencia al año de 1904, se informó que “un viejo de cincuenta años haya ido a chirona por actos inmorales” (Nemo 1969, 6). Posiblemente se describía a un hombre mayor que fuera detenido por alguna práctica sexual fuera de la norma heterosexual.

La idea de “inversión” en las mujeres se fijó en esta época, en la medida que el reclamo de derechos políticos, sociales y económicos aumentaban por parte de algunas mujeres. Por ejemplo, se presentó una interesante división de tipos de mujeres. La mujer de bien, culta y delicada, contra la mujer del mal de “hígado de ostra y navaja al cinto” (Pierrot 1921, 4). La primera hacía referencia a esas mujeres que no se meten en política, “que pasa su vida entre el balcón, el piano y el tejer quimeras” (Pierrot 1921, 4). La segunda sería una minoría con características masculinas, con un remarcado proceso de inversión sexual: “Lectora sufragista, si llevas barbas y algún ímpetu hombruno, hacer un mohín de coraje, que de seguro te alargaré más el mostacho, cuando esto leas” (Pierrot 1921, 4). Las mujeres que ejercerían el voto serían aquellas que por medio de una supuesta inversión sexual tendrían actitudes varoniles, con lo cual se acentuaba la creencia de que únicamente el cuerpo masculino podía ejercer derechos plenos.

Incluso, el más celebre de los pensadores salvadoreños de inicio de siglo, Alberto Masferrer (1928, 1), presentó una postura discriminatoria, de acuerdo con los cánones de la época, contra las feministas haciendo uso de expresiones contra la disidencia sexual y de género:

Tan necio y dañoso como contraponer el hombre a la mujer y viceversa, es el afán de ciertas feministas incomprensivas, de volverse hombres. Una mujer ahombrada es tan antipática y absurda como un hombre afeminado. En ambos casos hay una perversión, una desviación del ser (Masferrer 1928, 1).

Masferrer, en tan pocas palabras, nos presentó la política sexual de dominación que regía en ese momento. Entrelíneas asumió que la orientación sexual debe de tener congruencia con el sexo biológico. Si esa concordancia no se realiza, se estaría ante una “desviación del ser” y una “perversión”. También Masferrer presentó dos conceptos para nombrar a esas personas que no se ajustan al padrón binario heterosexual, para el caso de mujeres se las nombraría como “ahombrada”, y en el caso de hombres continúa utilizándose en contextos más cultos el concepto de “afeminado”. Tanto ahombradas y afeminados, al interior de la sociedad transitarían entre la antipatía y lo absurdo.

En estos tiempos modernos de inicio del siglo xx, se cuestionó la estética de algunos hombres, al ser denominados como “barbilindo”: “Salir un barbilindo a la calle en estos tiempos que atravesamos, sin veinte gardenias en la solapa, sería un atentado contra el buen gusto, una falta imperdonable,

una imprudencia temeraria” (Fósforo 1901, 2). Es interesante el concepto de “barbilindo” que utiliza Fósforo para describir a estos hombres. Los sinónimos más próximos a dicho concepto serían “engreído” y “esnob”, pero no estaría muy distante de ser utilizado para nombrar a un posible “afeminado” en esa época y el número de flores en la solapa, ¿una posible marca social identitaria?

Frente a las ideas de inversión sexual en la mujer, se contrapondría la “Feminización de los hombres” (Hizarrituri 1932, II). Esta expresión hizo visible la presencia de hombres que salían del padrón heterosexual hegemónico. Para referirse a estos hombres se utilizó el concepto de “fifíes”: “Entre los fifíes, jovencitos tontos, se ven cosas chocantes: se creen guapos, interesantes, distinguidos; se rizan el cabello y algunos lo traen teñido. Usan polvos, se depilan las cejas y, como tiene que ser, ninguna mujer les gusta” (Hizarrituri 1932, II). Posiblemente estamos ante una primigenia forma de conceptualizar a hombres no heterosexuales de clase alta, que se desligan del concepto de “afeminado”. Retomando la articulación de clase social y sexualidad, durante la década de 1920, en los márgenes sociales de San Salvador se hace uso de expresiones como “asuntos perversos” e “instintos depravados” para nombrar prácticas sexuales disidentes entre hombres. Tal como se registra en el poema-crónica “La corrección de menores (Manuscrito de un escolar)” de Francisco Herrera Velado (Lara-Martínez 2012, 155-168).

En 1931 se cuenta con un registro de este tipo de prácticas en los márgenes sociales por parte de un hombre nombrado como X. X., descrito como un sujeto de 28 años, sin estigmas físicos, bastante blanco, ojos café oscuro, casi sin barba ni bigote, corpulento. En 1928 padeció fuertes dolores a consecuencia de una fractura, lo cual obligó a su médico a colocarle morfina. Se asume que después de este hecho X. X. se convirtió en un adicto a la morfina (Brito 1931, 3). X. X. fue recluido en el centro penitenciario, debido a un homicidio, probablemente motivado por la necesidad de dinero para satisfacer su adicción. Por su dependencia de la morfina se considera que X. X. llegó “a perder los más íntimos engranajes de su moralidad” (Brito 1931, 3), ya que se conjeturó, conforme a sus declaraciones que, para solicitar dinero en la vía pública, confesaba que “era usado como mujer por otros hombres” (Brito 1931, 5), pero no se especificó en qué lugar se realizaba este tipo de actos. No obstante, siguiendo el poema-crónica de Francisco Herrera Velado, las plazas públicas podrían haber sido los puntos de contacto y los mesones de poca monta los lugares de consumación del acto sexual.

En un esfuerzo por realizar procesos de corrección del idioma español, Salomón Salazar, en dos ediciones de su *Diccionario* (1907; 1910), registró diversas voces lingüísticas denominadas como “vicios”. Entre estos “vicios” se encuentran categorías específicas para nombrar identidades masculinas que salían de las normas del binarismo. Términos como “coyón”, “culitillo”, “niguas”, “pischirico”, “pisirico”, “pisirique” y “naco”, por un lado, provienen de un uso mestizo del castellano, en el cual se mezclaron expresiones propias de los pueblos originarios. Por otro, revelan la existencia de formas lingüísticas para nombrar a personas que escapaban al binarismo del género y la sexualidad antes y después de la invasión española. Estos conceptos se “corregían” utilizando voces como “amariconado”, “maricas”, “amujerado” e, incluso, “afeminado”. En el caso del término “naco”, sería una apócope procedente del náhuatl “nagüülón”, que, según Geoffroy Rivas (1975, 95), procedería de “nacuiloni”. La apócope original sería “nacu” y su forma castellanizada fue “naco/a”. Esta categoría pudo designar a hombres afeminados en pueblos y cantones, teniendo una vigencia discursiva —posiblemente— hasta la década de 1960, cuando la categoría “homosexual” comenzó a circular con mayor fuerza.

En el caso de las identidades trans se cuenta con el registro de dos casos. En 1937 se conoce el caso de Rosaura Pereira, el cual fue nombrado como “curioso caso de simulación de sexo” (Arévalo 2019). Allí se contó la historia de un hombre procedente de la costa atlántica que había utilizado desde siempre ropas de mujer y se identificaba como mujer. Al ser descubierto, se le criminalizó, bajo el argumento de “usurpación de atributos femeninos” (Arévalo 2019, 14). Posterior a este hecho surgió el caso de Juliana Martínez en 1940. Al igual que Rosaura, fue capturada por la Policía de Hacienda y llevada a San Vicente. Durante su encarcelamiento, fue entrevistada y se registra la visión de sí misma como “común de dos” (Arévalo 2019). Esta expresión nos muestra una forma primigenia de autonombrarse, en la cual se reconoce la fluidez identitaria en una persona de la disidencia sexual y de género.

El 27 de junio de 1940 se emitió el Decreto Legislativo n.º 27 que contiene la “Ley de Vagos y Maleantes”, que entró en vigor el 20 de julio cuando fue publicado en el *Diario Oficial*. Esta ley se emitió bajo el supuesto de criminalizar la vagancia y actividades individuales ilícitas que se encontraban en un “punto fronterizo con el delito”, pero que escapaban a la ley penal. En la práctica demostraba la creciente fragilidad del régimen dictatorial del general Maximiliano Hernández Martínez que, como

medida de salvaguarda, promovió una ley que en la práctica podía criminalizar a cualquier persona que transitara en la calle. El artículo 3 definió a los maleantes y en su literal i) incluyó a “[l]os pederastas reconocidos que acostumbren a frecuentar las reuniones de menores o fomenten éstas”. No se logró identificar ningún proceso penal sobre este literal, ya que esta ley únicamente realizaba el encarcelamiento de los supuestos infractores por 30 días, sin que los casos llegaran a transformarse en procesos penales ante los juzgados respectivos.

V.

A partir de la década de 1950, al mismo tiempo que la ideología del desarrollismo invadía al país, la categoría de “homosexual” y “homosexuales” ganó materialidad al nombrar a hombres de bajos recursos económicos que ejercían el trabajo sexual de calle como medio de sobrevivencia, haciendo uso de ropa, actitudes y características femeninas para atraer clientes cada noche. “Homosexual”, en este caso, hace referencia a una identidad social, más que a la orientación sexual. A nivel de clase social, la categoría de “afeminado” mantuvo una preminencia al interior de la burguesía salvadoreña para mantener los “armarios” de opresión. En los márgenes sociales, las injurias de “culero”, “maricón” y “marimacha” contenían una carga de violencia simbólica extrema.

Bajo la tónica de tiempos de libertad sexual que anunció la revuelta norteamericana de Stonewall en 1969, algunos integrantes de la burguesía salvadoreña tuvieron la oportunidad de experimentar esa libertad sexual y uno de ellos trató de reproducirla al interior de El Salvador. Así fue como Julio Saade, después de conocer San Francisco, trató de construir un espacio de libertad sexual al interior de la discoteca Oráculos. Oráculos fue inaugurada en 1976 y a su interior se creó el identificativo Comunidad Gay Salvadoreña (CGS) o Comunidad Gay de El Salvador. En este esfuerzo de identificación, se evidencia una clara migración del concepto “gay” de Estados Unidos a El Salvador.

Tomando en consideración el marcador de clase social, la autoidentificación gay pudo ser utilizada para resignificar el ya conocido “afeminado”, esgrimido en las clases medias y altas para referirse a hombres homosexuales. Al mismo tiempo, gay fue asimilado para distanciarse del concepto “homosexual”, el cual era utilizado, socialmente, para identificar a hombres

que ejercían el trabajo sexual en la calle con indumentaria, actitudes y ademanes femeninos en diferentes lugares de San Salvador, como la zona de La Praviana. Así, tanto el dueño, su equipo de trabajo, como los asiduos comensales de Oráculos, conformaron esta primera categoría de autoidentificación colectiva propia de CGS.

En el contexto homosocial de los seminarios de formación de la Iglesia católica, Julio César Bottari (1977), quien —en su afán de cuestionar la imposición del celibato religioso sacerdotal por causar diferentes neurosis—, realizó un registro de diferentes relatos orales de prácticas homosexuales cometidas al interior de la curia salvadoreña. Estas prácticas eran designadas como “amistades particulares” en la jerga de la Iglesia católica, y fueron responsables de que al menos un 30% de novicios fueran expulsados de los seminarios en esa época.

Una primigenia definición sobre la identidad transexual fue descrita al interior de Oráculos, siendo nombrada como “trasexual” [*sic*] (Saade 1989). Para realizar esa definición se realizó un contrapunto entre la identidad “travesti” a la de “trasexual”. “Transexual”, en este caso, se adujo que poseería los órganos de una mujer biológica, sabemos que este tipo de operaciones en ese momento no se realizaban. A lo sumo, se realizaba una vaginoplastía y la colocación de senos artificiales. A nivel social, fuera de Oráculos, la identidad sexual del transexual era asociada a ser “nuevas evas”, “tránsfugas de la virilidad” o “mutación” (*Diario El Mundo* 1979, 50) por querer, por medio de cirugías, adecuar el cuerpo a la identidad y expresión de género autoasumida. Por otra parte, “travesti”, en ese momento histórico, sería un proceso de construcción social, con el fin de realizar un espectáculo o entretenimiento (Saade 1989).

Al interior de las zonas de trabajo sexual de calle, había un proceso de resignificación y autodefinición de identidades. “Culeros vestidos”, con esta expresión se identificaron los designados como “homosexuales” que ejercían el trabajo de calle con ademanes, actitudes y ropas femeninas. Esta categoría de identidad fue propia, construida desde las injurias, pero que representaba una forma de autoidentificación.

En los frentes de guerra, durante el conflicto interno de la década de 1980, existió la denominada “Primera Línea”. Este espacio sirvió para gestionar las dificultades o temáticas difíciles al interior de la guerrilla. Los temas sobre orientación sexual no entraban en las discusiones políticas, muy por el contrario, si una persona lesbiana u homosexual daba muestras públicas de estas tendencias, era algo anormal que no podía estar ahí. Muchos

de ellos y ellas fueron colocados en la primera línea de combate, para que las balas del ejército resolvieran esa disrupción del orden revolucionario. Al interior del Ejército no se han podido encontrar fuentes documentales, hasta la fecha, para analizar este fenómeno social.

VI.

La posguerra permitió el surgimiento de identidades sociales en la palestra pública. Mujeres feministas e indígenas serían los mejores ejemplos. Al interior de las identidades sexuales, la categoría de bisexual adquirió una materialidad, debido a los programas de prevención de VIH que se estaban ejecutando. Bisexual, en este caso, era una identidad social, más que una orientación sexual. Esta categoría describió a hombres que tenían una vida pública heterosexual, pero que en privado realizaban prácticas sexuales con otros hombres. El pacto público con la heterosexualidad era una estrategia para sortear los diferentes procesos de discriminación que padecían homosexuales, gais, o cualquier identidad sexual que contraviniera la norma binaria heterosexual de forma pública. En el contexto carcelario, las mujeres lesbianas, o las que tenían prácticas sexuales con mujeres eran denominadas “gallitos” (*El Diario de Hoy* 2004, 20).

En la posguerra los armarios sociales para ocultar la homosexualidad comenzaron a ser abiertos. Este proceso se produjo en consonancia con la adquisición de una identidad política para reivindicar al Estado derechos humanos y procesos de ciudadanía plena. En este caso, las categorías de “minorías sexuales” y “LGBT” fueron accionadas para construir un movimiento social que demandara derechos al Estado. Ambas categorías se deben a la apropiación de un lenguaje técnico, desarrollado por las agencias de cooperación y financiación de proyectos bajo la tónica neoliberal que impregnó a los movimientos sociales desde esa fecha. El diálogo con estas instituciones se debía de realizar con sus propias categorías y conceptos. Esto hizo que términos como “culero vestido”, “culero machorro”, “mari-macha”, “maricón”, “naco”, entre otros, no adquirieran un estatus político y con ello fueron condenados a su olvido.

VII.

Los procesos de reivindicación política, a nivel interno, eran tímidos al inicio de la década del 2000. Sin embargo, a nivel internacional, tenían un proceso palpante y vertiginoso, sobre todo en los campos judiciales. En este orden, se logró en Massachussets por vía judicial el reconocimiento del matrimonio entre personas del mismo sexo. Esto conllevó un replanteo de las estrategias antiderechos a nivel occidental. A pesar de que en el país no se estaba solicitando el acceso a las instituciones civiles de matrimonio y adopción por parte de parejas del mismo sexo, los discursos antiderechos ejecutaron una arremetida política, al crear la categoría de “homosexualista” para designar a las personas y organizaciones que estaban revindicando derechos humanos para personas que se identificaban con el acrónimo de LGBT.

Paralelo a este proceso, en comunidades urbano-marginales controladas por las maras, se comenzó a desarrollar un lenguaje propio que respondía a las normas y visión de vida de este grupo social. Al interior de las maras existe la regla de no aceptar homosexuales ni lesbianas en sus filas. Todo lo relacionado con este grupo poblacional es englobado en la categoría de “culerismo”, lo cual estaría alejado del modelo de violencia masculina extrema que ejercen los integrantes de las maras. Para resolver estas disrupciones sexuales, ya sea dentro de la estructura de la mara o fuera de ella (en las comunidades que controlan), hacen uso de la violencia homicida que ejecuta crímenes de odio contra personas LGBTI+.

Para tratar de contrarrestar las arremetidas antiderechos, aumentar su presencia pública o, simplemente, repetir el discurso internacional como propio, se comenzó a utilizar la categoría de “diversidad sexual”, la cual intentaba dar cabida a todas las identidades sexuales que estaban surgiendo y que demandaban una representación política. Sin embargo, esta categoría fue cuestionada por su paralelo con doctrinas neoliberales que, en su afán de transformar en consumistas a todas las personas, se hacía uso del concepto de “diversidad” para alentar una inclusión de consumidores y no de sujetos de derechos. En este punto, surgió el uso de la categoría de “disidencias sexuales” para nombrar a procesos de demandas de derechos, pero, al mismo tiempo, cuestionando el sistema neoliberal que desea apropiarse y disminuir las demandas políticas de este segmento poblacional.

En este contexto de disputas de categorías durante la segunda década del siglo XXI, se comenzó a emplear la categoría “*queer*”. Esta, al igual que

la categoría “gay” en la década de 1970, tiene una clara apropiación por las élites económicas del país. Estos, ya sea por viajes o procesos educativos en el extranjero, se apropian de esa categoría y la circulan para mostrar una interconectividad con las agendas culturales y artísticas en otros países, pero sin tener una agenda específica de reivindicación de derechos para este grupo poblacional.

Conclusiones

Esta genealogía, inicial y limitada, hilvanó una serie de identidades sexuales que se han registrado en diferentes momentos de la historia de El Salvador. Hipotetizo que el desuso de conceptos y substantivos propios originarios de la lengua náhuat, tuvo una conexión con el exterminio físico del último reducto de hablantes de esta lengua en 1932. Aparejado a lo anterior, categorías producidas en los márgenes urbanos, como La Praviána en San Salvador, fueron sustituidos por conceptos provenientes de países del Norte Global por influencia del financiamiento internacional y la utilización de un lenguaje técnico global. El mejor ejemplo de ese proceso fue la apropiación del acrónimo “LGBT” en la década de 1990.

La interacción de marcadores sociales de la diferencia como clase social, geografía, nivel educativo, entre los más sobresalientes, contribuyen a los procesos de colonización identitaria y la adopción de términos extranjeros como propios. La utilización de conceptos como “gay”, “transexual”, “transgénero”, “*queer*”, etc., en espacios simbólicos de poder o reconocimiento político, cultural, económico o artístico, promueve la consolidación de los términos anteriores como propios, en detrimento de locuciones o forma de autoidentificación que provienen de los márgenes sociales. Estas formas marginalizadas de identificarse se deben de recuperar y resignificar, ya que en ellas podrían encontrarse los elementos epistémicos para generar procesos de resistencia a las corrientes globalizadoras y neoliberales que homogenizan a las personas de la disidencia sexual y de género, bajo el modelo de hombre-gay-joven-blanco-urbano-consumista que coloniza el acrónimo de “LGBTI” y vacían de contenido revolucionario a lo “*queer*”.

Bibliografía

- ARÉVALO, Amaral. 2019. “Rosaura y Juliana: expresión de género en la historia salvadoreña”. *Geo-grafías de género y feminismos -en- y -desde- Latinoamérica*, 14-22. Buenos Aires: CLACSO.
- ARÉVALO, Amaral, y Sérgio CARRARA. 2020. “¿La Sodoma del Reyno de Goathemala?: sexualidad y género en la provincia colonial de San Salvador”. *Diversidad sexual: democracia y ciudadanía*, coordinación de Álvaro Carvajal, 140-174. Alajuela: Guayacán.
- BOTTARI, Julio César. 1977. *Sexología sacerdotal. Neurosis* (Ensayo). San Salvador: Editorial Universitaria.
- BRITO, José. 1931. “La patología mental y el delito en El Salvador. La redención de nuestros centros y legislación penales (parte X)”. *Patria* (4 de enero).
- CARDENAL, Rodolfo. 2001. *El poder eclesiástico en El Salvador*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, Consejo Nacional para la Cultura y el Arte.
- CORNEJO, Herculano. “Safó. (Polémica Histórica)”. *La Universidad VII/9* (junio): 275-277.
- Diario del Salvador*. 29 de septiembre de 1895. “El eterno femenino”.
- . 15 de octubre de 1896. “El tercer sexo humano”.
- Diario El Mundo*. 29 de septiembre de 1979. “Transexuales y ‘Nuevas Evas’”.
- El Diario de Hoy*. 28 de septiembre de 2004. “Lesbianismo, Sexo y Drogas”.
- FÓSFORO [seudónimo]. 1901. “Las flores y los feos”. *Diario del Salvador* (15 de abril).
- GEOFFROY RIVAS, Pedro. 1975. *El español que hablamos en El Salvador*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, Consejo Nacional para la Cultura y el Arte.
- HIZARRITURI, Josefina. 1932. “Se feminizan los hombres”. *Vivir Revista Diaria* (8 de febrero).
- LARA-MARTÍNEZ, Rafael. 2012. *Indígena, cuerpo y sexualidad en la literatura salvadoreña*. San Salvador: Editorial UBD.
- MASFERRER, Alberto. 1928. “La liberación de la mujer II”. *Patria* (28 de octubre).
- NEMO. 1969. “Sesenta y cinco años atrás”. *El Diario de Hoy* (2 de mayo).
- PIERROT [seudónimo]. 1921. “El sufragio femenino en Centro América”. *Diario del Salvador* (3 de septiembre).
- POLICÍA NACIONAL. 1934. “Idioma del delito, jerga carcelaria en México”. *Boletín Oficial de la Policía III/26*: 17.
- ROUILLARD, A. y M. ISCOVESCO. 1897. “La obsesión en patología mental”. *La Universidad VII/10* (julio): 302-314.
- TADEI, Fortunato. 1884. *Medicina Legal. Tratado compendioso Teórico y Práctico*. San Salvador: Imprenta Nacional.
- SAADE, Julio. 1989. “El Transexualismo”. *Nuevo Mundo* (julio).
- SALAZAR, Salomón. 1907. *Diccionario. Vicios y correcciones de idioma español*. Sonsonate: Imprenta y Encuadernadora “La Luz”.
- . 1910. *Diccionario de provincialismos y barbarismos centro-americanos y ejercicios de Ortología Clásica*. San Salvador: Tipografía “La Unión”.

Reflexiones sobre archivo y violencia a partir de la novela *Roza tumba quema* (2017) de Claudia Hernández

Valeria Grinberg Pla

Bowling Green State University

En su artículo “Performances y archivos feministas en Latinoamérica”, Claudia Pérez Sandoval afirma que

[l]a inexistencia del Estado de Derecho en la región perpetúa la violencia contra las mujeres y anima el olvido de los crímenes. Los procesos políticos locales de postguerra, narcotráfico y guerrilla, en cruce con los procesos políticos globales de finales del siglo xx, cobran los cuerpos de las mujeres y sus territorios (2019, 42).

Esta violencia contra las mujeres que se extiende también a la época de la guerra, e incluso a las prácticas políticas de los grupos guerrilleros en El Salvador, es sin duda uno de los grandes afueras del archivo de la Historia y la memoria con los que polemiza la novela *Roza tumba quema* de Claudia Hernández, publicada por primera vez en el año 2017 por Laguna Libros en Colombia.¹

Son violencias cotidianas, que operan a nivel simbólico, sistémico y subjetivo, tal y como explica Slavoj Žižek, delimitando el mapa de los espacios, roles y mandatos asignados a las mujeres, que la novela registra a lo largo de su trama, primero, durante la guerra civil (1980-1992), y después durante el desarme y retorno a la vida democrática en la postguerra. En efecto, como señala Emanuela Jossa:

La madre que protagoniza la vicisitud narrativa es un personaje en construcción, que se cuestiona y plantea preguntas acerca de la violencia, del abandono, de la protección. Ella se involucra a la guerrilla y en la montaña conoce la violencia de los militares a la par de la rigidez obtusa y machista de unos revolucionarios (2019a, 106).

1 Todas las citas de la novela corresponden a la edición mexicana de la editorial Sexto Pisto (2018).

Así, el enfoque de *Roza tumba quema* descentra la memoria de la experiencia revolucionaria imaginada a partir de la figura del guerrillero en novelas como *El perro en la niebla* (2006) de Róger Lindo, *Camino de hormigas* (2014) y *La casa de Moravia* (2017) de Miguel Huevo Mixco e idealizada en el film *Voces inocentes* (2004) —dirigido por Luis Mandoki a partir del guion de Óscar Arias—, en donde el tío de Chava representa al guerrillero emblemático.

Sobre todo, esta focalización en una mujer guerrillera pone en entredicho el carácter universal de la experiencia masculina, al llamar la atención sobre la especificidad de las múltiples violencias sufridas por una persona precisamente por ser mujer, campesina, guerrillera y madre soltera. Para decirlo con Kimberle Crenshaw, la conjunción del género, la clase y la condición social racializada (si no específicamente la raza) demarcan los vectores de poder que regulan el espacio de lo aceptable y lo posible, habilitando a unos, deslegitimando a otras.

Lo que llamo la condición social racializada de “ella”, la protagonista de *Roza tumba quema*, es evidente en su condición de mujer campesina al margen de la ciudad letrada. En términos literarios, la novela disputa la autoridad del canon (de la novela de posguerra, del testimonio), y este es el tema que voy a desarrollar en más profundidad en este ensayo.

Al mismo tiempo —según la propuesta interpretativa de Emanuela Jossa—, por medio de la fragmentación de su prosa, que sigue los recorridos de varias mujeres en dispersión, *Roza tumba quema* representa una continuación del mito pipil del origen: la mujer fragmentada que conoce por el movimiento.² En ese sentido, su archivo feminista está anclado en una epistemología indígena, específicamente pipil, situándose por tanto también en el afuera étnico del discurso nacional salvadoreño, actualizado en la masacre indígena de 1932 y su posterior silenciamiento.

2 “La autora recogió los testimonios de muchas mujeres, reunió fragmentos de vida para componer las historias de su novela. De esta forma, la obra también remite a los relatos orales del tiempo sagrado, pero ahora, en el tiempo profano, los relatos orales se convierten en testimonios. La narración de estos testimonios es construida como un tejido con diseños asimétricos (pienso, por ejemplo, en los tejidos de la cultura paracas): una estructura en movimiento, en la que las partes componen una unidad en una visión no sucesiva, sino discontinua. Se establece una relación de contigüidad entre la mujer fragmentada y la segmentación del texto, entre la diseminación de los ‘hijos’ Tepehuas y la dispersión de las hijas en la novela de Claudia Hernández. El mito se radica en la historia y en la literatura” (Jossa 2019b, 335).

Como señala Jossa, el mito pipil del origen pone en cuestión tanto la supremacía masculinista del pensamiento occidental como las interpretaciones tradicionales de las llamadas culturas precolombinas; de ahí la relevancia de su aporte para un archivo feminista:

En el mito del origen de los Tepehuas, la mujer representa este camino para el conocimiento, mientras que el hombre es una figura estática. No solamente ella es la acción y él la pasividad, sino que ella es autónoma, mientras que él se apoya en los demás. El hombre necesita ayuda: es un vecino quien le dice que la mujer se va por la noche, es el Padre quien le muestra todo lo que tiene que hacer. En cambio, la mujer es independiente y se desmonta, se vuelve multiplicidad y se mueve por el mundo. Mientras el hombre se queda inmóvil, la mujer se metamorfosea, se convierte en morro y crea la vida. Por esta razón, ella puede engendrar la multiplicidad y la diferencia y de su cuerpo/fruta caen millares de semillas, los Tepehuas. Ellos son fragmentos de la Madre originaria, jícara reventada, son la multiplicidad y la diversidad de lo viviente (Jossa 2019b, 334).

Obviamente, el título mismo de la novela, “roza tumba quema”, también apunta a una sintonía con modos indígenas de reproducción de la vida, en su directa alusión a las prácticas de cultivo de las comunidades mayas, invitando a leer la coyuntura en la que viven la protagonista y sus hijas en la larga duración de la roza, la tumba y la quema, que precede a y sobrevive al tiempo de la nación, como marco de referencia y forma de organización social. Acá traigo a colación la propuesta de Gladys Tzul Tzul de ver lo indígena como político, y no como mítico o folklórico, para entender el anclaje de la novela en el tiempo cíclico de la roza tumba quema, pues, “de lo indígena abrevan históricas estrategias y estructuras políticas; es desde ahí desde donde se han fraguado las luchas de larga duración, esas que han logrado fracturar la dominación colonial y que en muchos territorios siguen siendo su horizonte de vida” (2019, 80).

La pertinencia de recurrir a la noción de interseccionalidad de Crenshaw se debe además al hecho de que las experiencias registradas en *Roza tumba quema* no solo implican esta condición racializada y vinculada a lo indígena en sentido político, junto a la identidad de género, con respecto a las figuras modélicas de la memoria; también podemos ver una diferencia significativa de clase y condición social. En efecto, si los guerrilleros de las ficciones de posguerra son de clase media y se desenvuelven mayormente en un contexto urbano, esta novela de Hernández nos sitúa en el campo, y su protagonista es una campesina pobre cuyo horizonte es diametralmente

opuesto al de la “élite intelectual urbana que aspira a convertirse en vanguardia” (Roque Baldovinos 2012, 213) de la lucha revolucionaria. Por eso, *Roza tumba quema* hace del espacio rural un “crono y mnemotopo de la guerra moderna” (2019, 115) en palabras de Alexandra Ortiz Wallner.

No por casualidad, la perspectiva de la novela es multifocal y dialógica, recogiendo las experiencias diversas de la madre y sus cinco hijas desde sus respectivos puntos de vista, haciendo entrar también la diferencia generacional y, específicamente, las vivencias de la llamada segunda generación (o generación 1.5) en la ecuación interseccional. De este modo, la novela se niega a reducir las múltiples experiencias de diferentes mujeres a un común denominador, al tiempo que ilumina realidades campesinas que hasta ahora no han tenido mayor resonancia en los discursos de la memoria de la guerra,³ con la excepción de *Mujeres-Montaña. Vivencias de guerrilleras y colaboradoras del FMLN* (1996). Este libro, editado por Norma Vázquez, Cristina Ibáñez y Clara Murguialday, responde a la “necesidad existencial de un grupo de mujeres que habían sido parte de la guerrilla de contar cómo vivieron la guerra y cómo fue su participación en el movimiento guerrillero” (2020, 10). Entonces, al igual que la novela de Claudia Hernández, *Mujeres-Montaña* busca visibilizar las experiencias de las mujeres en plural, sobre todo en lo que hace al impacto de la guerra en el ejercicio de la sexualidad y la maternidad. Ello a partir de entrevistas, sesenta en total, a mujeres de distinta procedencia (urbana o rural) y edad. Ambos textos comparten, pues, el enfoque interseccional junto a la voluntad de llamar la atención sobre la presencia, y participación activa, de múltiples mujeres en la guerra, así como su ausencia en el discurso hegemónico de la posguerra.

Volviendo específicamente al modo en que esto se articula en *Roza tumba quema*, la perspectiva de la protagonista es acotada por la materialidad de las otras mujeres cuyas historias fragmentadas se recogen en la novela. Ni víctima, ni heroína, como apunta Jossa, “ella” resquebraja la universalización de la experiencia guerrillera masculina, intelectual de clase media. En

3 “En primer plano se encuentran los personajes femeninos, la protagonista, nombrada ‘ella’, una campesina cuya historia de vida va siendo narrada a través de un narrador extradiegético, es el centro de una familia de mujeres compuesta por varias generaciones (la hija, la hermana, la madre, las tías, las primas, la abuela). Su historia es la historia de un proceso de concientización (involuntario al principio) que la lleva a convertirse en guerrillera, a vivir la guerra, a sobrevivirla y finalmente a desencantarse de la lucha armada para iniciar una nueva búsqueda vital que garantice su sobrevivencia y la de sus hijas” (Ortiz Wallner 2019, 119).

este contexto es interesante señalar que también la obra narrativa anterior de Claudia Hernández, concretamente su cuentística, “destruye la utopía de una comunidad cultural homogénea, no sólo por la diversidad socio-cultural y por los moldes marginales que nutren una (des)integración social” (Lara-Martínez 2012, 386).

Así, *Roza tumba quema* nos invita a repensar las relaciones de poder en la coyuntura histórica misma, es decir, durante la guerra y la posguerra salvadoreñas, mientras, paralelamente, indaga en las relaciones de poder en la configuración de la memoria, al preguntar de manera indirecta cuáles son las voces autorizadas y escuchadas desde la posguerra hasta la actualidad. De hecho, la lógica imperante en el reparto de beneficios para los exguerrilleros desmovilizados, que es claramente desventajosa para la protagonista, es una denuncia de las injusticias de género y clase en sentido literal, pero también es una metáfora de la exclusión del relato de mujeres combatientes, como ella, en la gramática de la memoria o, mejor dicho, en el discurso dominante de la misma, como se denuncia ya en *Mujeres-Montaña*.

Si, por un lado, *Roza tumba quema* polemiza con la predominancia de la figura del guerrillero (y de la ciudad) en la narrativa ficcional de la posguerra, por el otro, también entra en abierto diálogo crítico con el testimonio, es decir, con el género paradigmático utilizado por los movimientos revolucionarios. Su uso del mismo no restaura la noción utópica de “un campesinado impoluto como lugar de esperanza de una redención nacional carismática” (Roque Baldovinos 2012, 214), ni sirve para apuntalar los proyectos revolucionarios, como lo demuestra el análisis comparado del testimonio de Rigoberta Menchú y *Roza tumba quema* que hace Evelyn Galindo-Doucette:

Rather than serve the political cause of the revolution, [the] ambivalent memories about the war [disseminated in *Roza tumba quema*] call into question the sacrifices made and the costs of war in terms of human lives and relationships. On a very basic level, this inversion of the testimonial genre shows how women’s lives and their stories, such as that of Rigoberta Menchú, have been instrumentalized as a political tool deployed in the service of revolutionary processes. Gone from *Roza tumba quema* is the tone that idealized the FMLN and its leadership. The novel, instead takes an ambivalent stance with regards to the internal workings of the FMLN in El Salvador’s most recent war and reveals a similar ambivalence now in terms of how these memories play out in the present day Democratic transition (2019a, 168).

Es más, su reapropiación del modo testimonial no termina ahí. Claudia Hernández basa su novela en testimonios de mujeres cuyas perspectivas no han tenido eco en las ficciones de posguerra ni en el *Informe de la Verdad* u otros discursos hegemónicos de la memoria de la guerra en El Salvador, a excepción del ya mencionado *Mujeres-Montaña*, que como ya he señalado, surge de la misma preocupación.⁴

En este contexto es interesante mencionar que las historias de las diversas mujeres presentadas en la novela se nutren de un conjunto de entrevistas realizadas por la autora a lo largo de muchos años (cf. Jossa 2019b y Galindo-Doucette 2009a).⁵ Al sustentarse en un repertorio etnográfico que explora desde la ficción, la novela converge con, a la vez que se aleja de la propuesta de Norma Vázquez, Cristina Ibáñez y Clara Murguialday en *Mujeres-Montaña*.

A mi entender, el uso ficcionalizado de testimonios en *Roza tumba quem* junto a la materialidad de las experiencias de la protagonista, mujer guerrillera campesina cuya maternidad será motivo de escarnio por parte de la comandancia revolucionaria, problematiza específicamente el carácter representativo y canónico de los textos testimoniales de los ochenta y fines de los setenta, entre los cuales sí se destacan los testimonios de mujeres guerrilleras, tales como *Las cárceles clandestinas de El Salvador* (1980) de Ana Guadalupe Martínez, *No me agarran viva* (1983) de Claribel Alegría

4 “El informe de la Comisión de la Verdad contabiliza 5.293 mujeres asesinadas, desaparecidas, torturadas, secuestradas, lesionadas gravemente o violadas durante los años de la guerra, lo que representa el 25% de las víctimas registradas por dicha comisión. [...] Lo que ningún informe ni investigación ha analizado aún son los cambios ocurridos en la vida cotidiana y la subjetividad de las mujeres que participaron en la guerra. [...] La ignorancia al respecto ha pretendido ser contrarrestada con relatos testimoniales, la mayoría de ellos centrados en los actos de heroísmo de hombres y mujeres durante la guerra y con énfasis en la abnegación y la renuncia de toda aspiración personal en aras de la lucha revolucionaria; la mayoría, también, escritos por hombres” (Vázquez *et al.* 2020, 28-29).

5 “[...] most of the information about experiences in the guerrilla camps comes from a series of personal interviews and notes that she compiled over more than twenty years. This is because women’s experiences, especially cases of sexual humiliation and rape, have been largely excluded from the official record. [...] I argue that this novel also functions as an archive, a storehouse for testimonies about the lives of women guerrilla militants and how the promises of the revolution played out for them in the past and into the postwar era” (Galindo-Doucette 2019a, 129-130).

y Darwin Flakoll, y *Nunca estuve sola* (1988) de Nidia Díaz.⁶ Por medio de la desestabilización de la imagen heroica y estoicamente sacrificial de la mujer guerrillera que se perfila en estos testimonios, *Roza tumba quema* señala el carácter sesgado del archivo institucionalizado por el movimiento revolucionario.

Las cárceles clandestinas y *Nunca estuve sola* son testimonios autobiográficos que giran fundamentalmente en torno a la experiencia traumática de la tortura y violación en cautiverio, por lo que la condición de víctima es central en su relato. *No me agarran viva*, en cambio, se centra en la participación de Ana María Castillo Rivas (llamada Eugenia en el testimonio) en la lucha armada, y hasta su muerte en combate. A continuación centro mi análisis en la forma en que *Roza tumba quema* dialoga con este texto en particular, porque Alegría y Flakoll explícitamente consideran a Eugenia/Ana María Castillo Rivas como representante de y modelo a seguir para las mujeres revolucionarias en El Salvador.

En una breve crónica sobre “La mujer salvadoreña en la lucha armada”, Evelyn Galindo-Doucette argumenta que *No me agarran viva* construye “el ideal militante” de la guerrillera, porque Eugenia “conceptualiza la maternidad como una obra colectiva y depende de los demás compañeros para criar a su hija” (2019b, s.p.). En apoyo de su interpretación, Galindo-Doucette proporciona la siguiente cita: “Ese cariño [maternal de Eugenia]

6 Al final de *Mujeres-Montaña*, las editoras incluyen un epílogo con las reacciones de diecisiete dirigentes del FMLN y el Partido Demócrata a las ideas sobre sexualidad y maternidad expresadas en las entrevistas por las mujeres que habían participado de uno u otro modo en la lucha armada. Entre las y los dirigentes entrevistados se encuentra Nidia Díaz, quien observa, de manera autocrítica: “me siento un poco responsable. Vengo de los primeros núcleos de la guerrilla y aunque no vamos a echar culpas a determinadas personas, hay que asumir una responsabilidad histórica” (2020, 239). Al mismo tiempo, ella señala las contradicciones de un proyecto en el cual aunque varias de las mujeres, entre las que se cuenta, venían de “hogares violentos donde se pisoteaba la dignidad de la mujer” (2020, 239), esto no se traducían en una demanda “dentro del planteamiento histórico de transformación” política y social. En otra de sus intervenciones, Nidia Díaz relata su propia experiencia con la maternidad, a saber: que tuvo un hijo en 1980, “después de varias veces de evitar salir embarazada” (2020, 244) pese a la insistencia de su compañero, por el miedo de verse obligada a separarse de su hijo como ocurrió. En este contexto escribe sobre el alto costo de la separación y el reencuentro después de doce años, sobre el hecho de que, aunque hoy no lo haría, en su momento pidió permiso a la comandancia para seguir adelante con el embarazo (véase 2020, 244-245). Estas palabras ofrecen una mirada retrospectiva sobre la vida en la guerrilla, bastante diferente de la que permea las páginas de *Nunca estuve sola*.

contrastaba con la disciplina, con la firmeza que siempre tuvo en sus tareas revolucionarias [por lo que] éstas fueron un obstáculo en la educación de la niña (112)” (cit. en Galindo-Doucette 2019b, s.p.). Sin embargo —continúa—, Eugenia “entiende que en cualquier momento puede caer así que trata de acostumbrar a su hija a que la cuiden los demás y a la distancia emocional” combinando “integralmente las tareas de una revolucionaria, de una madre y de una compañera” (2019b, s.p.), por lo que concluye que “*No me agarran viva* presenta un modelo femenino ejemplar de abnegación, de sacrificio y de heroísmo revolucionario” (2019b, s.p.).

Esta construcción de la mujer guerrillera ejemplar es, no obstante, altamente problemática, advierte dicha crítica, no solo porque propone la subordinación de la maternidad a la lucha armada, sino que, además, emplaza la abnegación y el desprendimiento con respecto a la propia hija como cualidades deseables, e incluso voluntarias, de las madres mismas. En ese sentido, no es casual la ausencia completa de la perspectiva de Ana Patricia, la hija de Eugenia, en este testimonio:

sería necesario recoger el testimonio clave de Ana Patricia para darle voz a los niños cuyas relaciones con sus madres se sacrificaron por la lucha armada. Por otra parte, Eugenia es un ejemplo inalcanzable para muchas mujeres que no pudieron reconciliar su compromiso como madre con su compromiso político. Tienen que haber muchas que optaron por no tener hijos y otras que se salieron de la lucha para dedicarse a la familia. ¿Cómo darle voz a estas experiencias de auto-sacrificio que no encajan dentro del modelo de heroísmo que se construye en la persona de Eugenia? (Galindo-Doucette 2019b, s.p.).

En *Rosa tumba quema*, Claudia Hernández da una posible respuesta a esta interrogante, al incorporar las voces de las hijas de la protagonista. Asimismo, la trama de la novela pone el énfasis en las múltiples violencias ejercidas contra ella por parte de sus compañeros de lucha y por las autoridades partidarias, específicamente en torno a su maternidad, comenzando por el modo en el cual queda embarazada y terminando por la decisión de dar a su hija en adopción sin su consentimiento para que ella pueda reincorporarse a la lucha. Así, cuando la protagonista queda embarazada por primera vez, con tan solo 15 años (véase Hernández 2018, 53), su compañero, que es uno de los líderes y su jefe directo, no le explica cómo prevenir el embarazo ni tampoco asume su propia responsabilidad de progenitor:

El hombre con el que la concibió dirigía algunas operaciones. Tendría al menos diez años más que ella. No sabía de dónde había llegado o cómo se llamaba porque, en ese tiempo y en esa situación, era una medida de seguridad no conocer el nombre verdadero de nadie ni su procedencia. Él sí conocía los suyos (Hernández 2018, 57).

La diferencia de género, edad y procedencia social (la ciudad y el campo, respectivamente) de los amantes se traduce en la desigualdad que caracteriza la distribución del conocimiento: nada para ella y todo para él. El laconismo de la breve frase que cierra el párrafo arriba citado expresa rotundamente toda la violencia de esa asimetría de saber/poder. En consonancia con estos valores patriarcales basados en una concepción esencialista y maniquea del comportamiento sexual masculino y femenino, respectivamente, según la cual el “deseo sexual de los hombres aparece como una fuerza incontrolable [...] por lo que las mujeres deben actuar recatadamente para no desatar esa fuente de peligro” (Vázquez *et al.* 2020, 100), en *Roza tumba quema* el partido le adjudica a ella la culpa del embarazo, al considerar que el control de la sexualidad es responsabilidad enteramente femenina. Por lo mismo, las sanciones también recaen exclusivamente sobre ella. Nuevamente, como en el ejemplo anterior, la forma del relato resalta la injusticia de esta situación por medio de un contraste entre el discurso dominante que resuena en su conciencia a modo de preguntas retóricas incriminatorias y las constataciones de su propia ignorancia y, por tanto, falta de agencia en la materia:

Estaban en guerra. Él era un jefe. Debían dar el ejemplo. Estaba prohibido tener hijos en el frente de batalla. ¿Acaso no se lo habían dicho? ¿Cómo se le ocurría embarazarse?

No era que lo hubiera planeado. Ni siquiera sabía que era posible o que tuviera una relación con los ratos en el monte o las noches en el campamento que pasaba con él. Nadie le había explicado. Tampoco sabía que podía reclamarle a él su parte en el asunto (Hernández 2018, 57-58).

Además, el monólogo interior de ella reconstruye la historia de la decisión de los líderes del FMLN de dar en adopción o, más precisamente, de vender a su bebé (véase Hernández 2018, 61). Por medio de este trueque, transforman la transgresión del embarazo, que significaría la pérdida de una combatiente para ejercer la maternidad, en una ganancia material para la guerrilla. Podría decirse que la protagonista es forzada a proveer para el bienestar de la causa guerrillera, como una madre, por medio de su

renuncia a la maternidad propiamente dicha, en un ejercicio perverso de abnegación y sacrificio “maternales”. De ese modo, incluso al ser obligada a renunciar a la crianza de su hija, su contribución a la llamada causa es articulada en términos de los imperativos de una feminidad tradicional ligada a la maternidad y, por lo tanto, en consonancia con la idea, vigente en El Salvador, de que “el binomio mujer-madre [es] una ecuación intocable y sagrada” (Vázquez *et al.* 2020, 102). A través de la historia de la adopción forzada de la primera hija de ella, *Roza tumba quemá* capta la forma paradójica en la cual este acto no implica un cuestionamiento del binomio mujer-madre. La novela coloca evidentemente la ética del cuidado ligada a la maternidad en el centro de la trama, registrando el dolor de la protagonista por la hija perdida, su prolongada búsqueda con el apoyo de algunas ONG, la localización, el reencuentro y el modo en que ambas pueden establecer una relación.

La última forma de violencia de género que quisiera resaltar en este contexto se refiere al trato desventajoso que ella recibe, ya en tiempos de posguerra, en el reparto de tierras y casas para los excombatientes desmovilizados, pues ella claramente es perjudicada por ser madre soltera. Es más, las represalias en su contra se agudizan cuando rechaza al representante de la comunidad como amante (véase Hernández 2018, 226). La perspectiva crítica de *Roza tumba quemá* sobre esta cuestión nos sitúa en posición de percibir la subjetividad de una exguerrillera y sus hijas. Su posicionamiento llama la atención sobre la desigualdad de género, sin apelar de manera explícita a postulados feministas. La realidad que nos presenta como la experiencia de una mujer joven y campesina está en consonancia con las observaciones de Norma Vázquez, Cristina Ibáñez y Clara Murguialday a partir de las entrevistas que llevaron a cabo, cuando afirman que las “mujeres obtuvieron un extra de frustración porque los Acuerdos [de Paz] fueron escritos totalmente en masculino (literal y simbólicamente hablando)” (2020, 73). A modo de respuesta, esta novela de Claudia Hernández apuesta por una escritura plural en femenino sobre dichos sucesos.

En su ensayo *La prosa de la contra-insurgencia. ‘Lo político’ durante la restauración neoliberal en Nicaragua*, Ileana Rodríguez devela la predeterminación falocéntrica del pensamiento político del Frente Sandinista de Liberación Nacional, o FSLN, haciendo hincapié en el control ejercido por los comandantes sobre los cuerpos y la sexualidad femenina y, específicamente, sobre la maternidad a partir de una lectura iluminadora de las memorias de Leticia Herrera, *Guerrillera, mujer y comandante de la Revolución*

Sandinista (2013). Herrera fue excluida, como tantos otros, del panteón de los héroes revolucionarios por Daniel Ortega y Rosario Murillo, y la publicación reciente de sus memorias tematiza esta deliberada marginación. Si bien el ensayo de Ileana Rodríguez nos traslada al contexto nicaragüense, sus observaciones me parecen válidas y pertinentes para pensar las violencias sufridas por las mujeres guerrilleras en El Salvador, ya que ambos escenarios tienen un denominador común: los aparatos partidarios de ambas guerrillas demandan masculinidad de sus combatientes mujeres, por lo cual en sus cuerpos hay una tensión irresoluble entre insurgencia y género. En palabras de Rodríguez con respecto a Leticia Herrera: “mientras su biología celular la incrusta ineluctablemente en su mujeridad, lo político reclama en ella una masculinidad” (2019, 132). Así, los mecanismos de control y desempoderamiento que Rodríguez enumera con respecto a la situación de las guerrilleras en Nicaragua describen perfectamente las experiencias de la protagonista sin nombre de *Roza tumba quema*: el sometimiento a humillaciones públicas, la asignación de roles secundarios bajo el mando masculino, la descalificación de sus ideas y propuestas, los castigos, la reglamentación de sus afectos, su sexualidad y su maternidad (véase 2019, 134-135).

En el ya citado *Mujeres-Montaña*, las editoras concluyen que la voluntad de reivindicar “los derechos de las mujeres y, en particular, los referidos a la sexualidad y reproducción [...] estuvo ausente del proyecto de nación que sostuvo la lucha del FMNL durante una década” (2020, 230). En su análisis de *Roza tumba quema*, Evelyn Galindo-Doucette llama la atención sobre las múltiples violencias de género ejercidas sobre los cuerpos de las mujeres representadas en la novela, violencias que se desprenden precisamente de dicha ausencia:

The novel alludes to situations in which male superiors forced female combatants in guerilla movements into using contraception or having abortions. [...] At the same time, this experience of women in war in *Roza tumba quema*, reveals that women that participated in guerrilla movements throughout Latin America faced similar experiences and were punished for trying to leave the encampments to avoid forced abortions. Guerrilla leaders often treated pregnancy suspiciously, as something that was a woman’s responsibility to manage, as evidence of women’s lack of commitment to the cause and even possibly as ill-disguised desertion attempts [...] (Galindo-Doucette 2019a, 162-163).

Todas estas estrategias consignadas en la novela resultan en una “inclusión excluida de las mujeres” (Rodríguez 2019, 136) como combatientes en los procesos revolucionarios. La novela de Claudia Hernández pone sobre el tapete dicha “inclusión excluida”, la cual constituye un afuera del archivo de la memoria de la guerra, al tiempo que (re)crea y pone en circulación un archivo feminista de las experiencias de las mujeres durante la guerra y la posguerra desde una perspectiva crítica con respecto al carácter patriarcal no solo de los organismos revolucionarios, sino también del discurso dominante de la posguerra, en el cual prácticamente no hay registro de los abortos forzados y otras violencias ejercidas contra las mujeres, como constata Galindo-Doucette. Desde el espacio de la ficción, *Roza tumba quema* contribuye así, al igual que *Mujeres-Montaña* lo hace desde la etnografía y la microhistoria, a la creación de un archivo de las experiencias de las mujeres tanto en la guerra como en la posguerra.

La lectura de *Roza tumba quema* y de *Guerrillera, mujer y comandante* de Leticia Herrera dan testimonio del control de la sexualidad y la reproducción por parte de los hombres (en las parejas) y de la comandancia del partido en ambos contextos revolucionarios. Así como Ileana Rodríguez constata que Herrera debe “mutarse en hombre” (2019, 146) para ser aceptada como mujer insurgente, la novela de Claudia Hernández da cuenta de la resistencia a esta mutación en el ejercicio sostenido de la maternidad, no solo de la protagonista, que nunca claudica, sino también de sus hijas. Por eso, la novela funciona como un archivo a contrapelo, o anarchivo, del discurso guerrillero centroamericano que es “penosamente falocéntrico” y está ligado a una “sexualidad hiperbólica” (Rodríguez 2019, 146).

Si bien el “dominio de la ley patriarcal no desaparece en la novela [...] sobre este se escribe una particular reapropiación del campo desde las voces silenciosas de una genealogía femenina” (Alexandra Ortiz 2019, 126). En efecto, en *Roza tumba quema*, Claudia Hernández lee a contrapelo y entre líneas el archivo dominante, al tiempo que construye un archivo transfeminista por medio de la denuncia de las violencias en contra de las mujeres en otros contextos nacionales y regionales. Para ello, se vale de la imaginación literaria, pero también de la transtextualidad, por lo que el estatuto ficcional de la novela se sostiene por un archivo testimonial feminista con importantes puntos de contacto con otros contextos de guerra y posguerra centroamericanos, como el nicaragüense (piénsese en las memorias de Leticia Herrera en la lectura de Ileana Rodríguez) y el guatemalteco (como se aprecia en la relación con el testimonio de Rigoberta Menchú

según Alexandra Ortiz Wallner y Evelyn Galindo-Doucette, respectivamente). De manera significativa, las conexiones transtextuales entabladas por *Roza tumba quema* se extienden también fuera del istmo, hacia Perú y Colombia, constituyendo sendos ejemplos de lo que llamaría un archivo transfeminista de la violencia en diversos contextos nacionales latinoamericanos.

Por ejemplo, en relación con la violencia de la guerra en el Perú, *Roza tumba quema* dialoga con la novela *La sangre de la aurora* (2013) de Claudia Salazar, al señalar cómo los cuerpos de las mujeres son objeto indistinto de la violencia de género, sobre todo sexual, por hombres de cualquier y todos los sectores políticos. Mientras la novela de Claudia Hernández gira en torno a los efectos de la supremacía masculinista en las vidas de la protagonista y sus hijas, la novela de Claudia Salazar denuncia la violencia sexual indistinta que tuvo lugar durante la guerra interna en el Perú por medio de narraciones que relatan en términos prácticamente idénticos la violación de tres mujeres diferentes: una guerrillera (Marcela), una indígena (Modesta) y una fotógrafa (Melanie) por parte de miembros del ejército peruano y/o de Sendero Luminoso. Según Raquel Castro Salas, si bien las dos novelas en cuestión difieren ampliamente en la forma en la cual dicen las experiencias traumáticas de las mujeres durante la guerra, ambas se valen de la ficción para poner sobre el tapete perspectivas sobre la violencia que expanden las versiones de los hechos consignadas en los informes de la verdad de ambos países (véase 2019, 191). Así, tienen en común el poner en relieve la diversidad y complejidad de las experiencias de las mujeres, así como su falta de representatividad en los discursos dominantes de la memoria de los conflictos armados.

Con respecto a la interrelación de *Roza tumba quema* con los trabajos de la memoria de la violencia en Colombia, Alexandra Ortiz Wallner trae a colación que:

En diversos medios colombianos, probablemente debido a que la primera edición de la novela (2017) apareció en la editorial independiente Laguna Libros con sede en Bogotá, se multiplican las menciones a la novela como una lectura necesaria para comprender el pasado reciente de Colombia y su transición hacia un nuevo tiempo en el contexto de las negociaciones de paz [...] (2019, 120).

Esta observación resalta la transitividad de las inquietudes sobre la violencia de género como un vector que atraviesa los distintos contextos

nacionales, de El Salvador a Colombia, abriendo las puertas para pensar en estas similitudes incluso en otros horizontes regionales. Por eso me parece pertinente utilizar la perspectiva transfeminista de Sayak Valencia entendida como

una red que abre espacios y campos discursivos a todas aquellas prácticas y sujetos de la contemporaneidad que no habían sido considerados de manera directa. Puesto que nos preocupa especialmente la falta de contenidos explicativos para los fenómenos que conforman lo que aquí identificamos con el nombre de capitalismo gore (2010, 19).

Roza tumba quema plantea una continuidad de la violencia contra las mujeres antes, durante y después de la guerra, que la restauración de la democracia (junto a sus iniciativas de justicia y memoria) no solo no ha eliminado, sino que ha contribuido a silenciar y que, por si fuera poco, las políticas neoliberales han exacerbado, ya que en este contexto el “*necroempoderamiento* capitalista y enriquecimiento económico [...] neutraliza la posibilidad de acción contra [sus agentes cuyos] procesos regularmente inciden sobre los cuerpos de todos aquellos que forman parte del *devenir minoritario*, que es en donde, de una forma u otra, toda esta violencia explícita recae” (Valencia 2010, 19), y en la cual las mujeres ocupan un lugar prominente.

El archivo transfeminista al cual contribuye la novela de Claudia Hernández es tanto metodología de investigación como posicionamiento político, pues identifica y visibiliza las múltiples violencias contra las mujeres, articulando desde su emplazamiento en la literatura, lo que Emanuela Jossa ha llamado una “necesidad de reconocimiento” (2019a, 110). En toda su ambigüedad e hibridez testimonial, no debemos olvidar que *Roza tumba quema* es una novela: en ese sentido hace de la literatura una forma de anachronismo (cf. Tello 2018) que perturba la lógica del archivo dominante entendido como máquina de control social de los cuerpos, con especial atención a los cuerpos devenidos minoritarios de las mujeres en su materialidad y diversidad irreducibles. De esta forma pone en cuestión el discurso dominante de la nación en tanto discurso patriarcal, tanto fuera como dentro de El Salvador.

Bibliografía

- ALEGRÍA, Claribel, y Darwin FLAKOLL. 1983. *No me agarran viva: la mujer salvadoreña en la lucha*. Ciudad de México: Era.
- CASTRO SALAS, Raquel. 2019. *Female Experience of Trauma and Mourning in two Postconflict Novels of El Salvador and Peru: "Roza, tumba, quema" by Claudia Hernández, and "La sangre de la aurora" by Claudia Salazar*. Tesis doctoral. University of Arkansas.
- COMISIÓN DE LA VERDAD PARA EL SALVADOR. 1993. *De la locura a la esperanza: la guerra de los Doce Años en El Salvador. Reporte de la Comisión de la Verdad para El Salvador*. San Salvador: UES.
- CRENSHAW, Kimberle. 1991. "Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence against Women of Color Author(s)". *Stanford Law Review* 43(6): 1241-1299.
- DÍAZ, Nidia. 1988. *Nunca estuve sola*. San Salvador: UCA.
- GALINDO-DOUCETTE, Evelyn. 2019a. *The Trauma of "Peace": Re-Membering Icon, Image and Narrative in El Salvador, 2009-2019*. Tesis doctoral. University of Wisconsin-Madison.
- . 2019b. "La mujer salvadoreña en la lucha armada". *Séptimo Sentido. La Prensa Gráfica* (8 de diciembre).
- HERNÁNDEZ, Claudia. 2018. *Roza tumba quema*. Madrid: Sexto Piso.
- JOSSA, Emanuela. 2019a. "Re-presentar la memoria: Regina José Galindo, Claudia Hernández, Jorgelina Cerritos". *Istmo. Revista Virtual de Estudios Literarios y Culturales Centroamericanos* 38: 98-112.
- . 2019b. "'La mujer en fragmentos': una lectura de un mito pipil". *Mitologías Hoy. Revista de Pensamiento, Crítica y Estudios Literarios Latinoamericanos* 19: 325-337.
- LARA-MARTÍNEZ, Rafael. 2012. "Mujer y nación: narrativa salvadoreña contemporánea". *(Per)Versiones de la modernidad. Literaturas, identidades, desplazamientos*, editado por Beatriz Cortez, Alexandra Ortiz Wallner y Verónica Ríos Quesada, 367-391. Guatemala: F&G.
- MARTÍN BARÓ, Ignacio. 1990. *Psicología social de la guerra: trauma y terapia*. San Salvador: UCA.
- MARTÍNEZ, Ana Guadalupe. 1980. *Las cárceles clandestinas de El Salvador*. Culiacán: Universidad Autónoma de Sinaloa.
- ORTIZ WALLNER, Alexandra. 2019. "Guerra y escritura en *Roza tumba quema*". *Revista Lentral* 22: 110-128.
- PÉREZ SANDOVAL, Claudia. 2019. "Performances y archivos feministas en Latinoamérica". *Istmo. Revista Virtual de Estudios Literarios y Culturales Centroamericanos* 39: 41-49.
- RODRÍGUEZ, Ileana. 2019. *La prosa de la contra-insurgencia. 'Lo político' durante la restauración neoliberal en Nicaragua*. Raleigh: A Contracorriente.
- ROQUE BALDOVINOS, Ricardo. 2012. "La ciudad y la novela centroamericana de posguerra". *(Per)Versiones de la modernidad. Literaturas, identidades, desplazamientos*, editado por Beatriz Cortez, Alexandra Ortiz Wallner y Verónica Ríos Quesada, 211-229. Guatemala: F&G.
- SALAZAR, Claudia. 2013. *La sangre de la aurora*. Lima: Animal de invierno.
- TELLO, Andrés Maximiliano. 2018. *Anarchivismo. Tecnologías políticas del archivo*. Buenos Aires: La Cebra.

- TZUL TZUL, Gladys. 2019. "Sistemas de gobierno comunal indígena: la organización de la reproducción de la vida". *Antología del pensamiento crítico guatemalteco contemporáneo*, editado por Ana Silvia Monzón, 71-81. Buenos Aires: CLACSO.
- VALENCIA, Sayak. 2010. *Capitalismo gore*. Barcelona: Melusina.
- VÁZQUEZ, Norma, Cristina IBÁÑEZ, y Clara MURGUIALDAY. 2020. *Mujeres-Montaña. Vivencias de guerrilleras y colaboradoras del FMLN*. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo.
- ŽIŽEK, Slavoj. 2008. *Violence: Six Sideways Reflections*. London: Profile Books.

Centroamérica: movilidad y supervivencia familiar antes de la migración masiva a Estados Unidos en 1980

Ricardo Castellón

Universität zu Köln

Introducción

Solo a mediados de la década de 1980, autores de disciplinas como la antropología, la economía y la sociología comenzaron a resaltar el papel de las familias como principales agentes en las decisiones migratorias (González-Ferrer 2008, 4). La “Nueva Economía de la Migración Laboral” expondría claramente que las familias desarrollan estrategias económicas (no solo relativas a las remesas, sino también la emigración de solo algunos miembros o el retorno), tanto para maximizar ingresos como para minimizar riesgos. Douglas Massey introdujo entonces el concepto de las “redes sociales” que, entre otras cosas, alteran las estrategias familiares de supervivencia (Massey 1987, 1374). Desde ahí, los estudios migratorios han evolucionado en diversos sentidos, incluyendo las decisiones de migrar, la forma en que opera la reunificación de los integrantes del núcleo familiar o la implementación de las nuevas relaciones familiares (reagrupación, transnacionalismo).

Este artículo parte de una investigación mayor en proceso, se ocupa de estudiar estrategias de supervivencia a que recurrieron las familias centroamericanas antes del inicio de la década de 1980, pasado inmediato de la masiva migración contemporánea. Para ello, adopta el concepto de “estrategias de supervivencia” (Torrado 1981 y Hintze 1989) o “estrategias familiares de vida”, como “estrategias planificadas” o “deliberadas” de las familias para sobreponerse a la pobreza. El concepto cobró auge en América Latina rondando la década de 1970 y autores como Lomnitz (2001) y Massa (2010) lo han renovado, extendiéndolo a ámbitos como la vinculación entre lo material y lo biológico, la reproducción de los sujetos sociales, los comportamientos sociales y demográficos y las formas de reproducción social con foco en la mujer. Poco se ha observado el pasado histórico a través de las estrategias de supervivencia (Moser 2009, 64) y, poco menos,

en Centroamérica (Castellón 2021, 2). Aspectos relativos a las estrategias migratorias familiares, en cuyo caso se toma por marco a González-Ferrer (2008), también son abordados aquí, si bien su profundización es tarea pendiente de la referida investigación de la cual este artículo forma parte.

Con estudios como el de Montes (1987) en la década de 1980, Centroamérica puede preciarse como una de las regiones que más pronto iniciaron el estudio de la relación entre familia y migración. Sin embargo, la región aún está a la zaga respecto de estudios históricos sobre familia y migración moderna. En el presente artículo se comprende a la migración como un fenómeno inherente a la movilidad, tomando por marco principal a Sheller y Urry (2006), Glick Schiller y Salazar (2013), que la definen como un fenómeno multidireccional, diverso, que junta conexiones humanas, espacio, materialidad y afectos (Sheller y Urry 2006, 7-8) y fuertemente vinculado a las estructuras de desigualdad social global. El relativamente nuevo campo de estudios de las movilidades une pasado y presente como parte de esas conexiones, reforzando su utilidad para observar la historia centroamericana. Sin embargo, los trabajos que reúnen información sobre la movilidad de la familia centroamericana en el siglo xx y sus ajustes como estrategia para sobrevivir no son numerosos. Entre los consultados aquí se encuentra los de Cohen (1979), Menjívar (2000), Stoltz y Hamilton (2001), Baker-Cristales (2004) y Córdova (2005). Estos estudios remiten al U.S. Bureau of the Census y el U.S. Department of Justice, Immigration and Naturalization Service, de Estados Unidos, cuya información es limitada para la época, pero útil. Mayor auxilio han prestado informes de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE). Si bien en ellos se reconoce que la familia latinoamericana era un sujeto “relativamente poco estudiado” en la década de 1960 (CEPAL 1993, 23), momento en que estos organismos especializados en la economía, sociedad y demografía latinoamericana iniciaron operaciones. Vale decir que, como parte de la investigación que lleva a cabo el autor, referida a la historia de la movilidad de la familia centroamericana desde el siglo xviii, este artículo acude a otras fuentes de esa procedencia.

La familia de la migración centroamericana

Son múltiples los estudios sobre la familia latinoamericana que llaman a abandonar la idea de una institución inmutable (Arriagada 2018, 43). Empero, desde al menos el siglo XVIII (Castellón 2021) hasta el XX, pueden advertirse en la familia centroamericana tanto maleabilidad como permanencia. La era colonial heredó a la época republicana un modelo de familia que además de una categoría legal, se caracterizaba por el pragmatismo y la laxitud necesarios para sobrellevar la marginalidad económica periférica. La familia fue desde entonces más bien un hogar, con familias nucleares (padre-madre-hijos) seguidas de familias extendidas o extensas, integradas por miembros anexos a las unidades nucleares. El conocimiento detallado de estas familias en el siglo XIX es todavía un tema pendiente, pero a mediados del siglo XX la CEPAL expresaba que en la composición de los hogares latinoamericanos se había mantenido la tendencia de decenios anteriores (CEPAL 1993, 23), en que predominaba la referida tendencia. En el estudio de la familia americana, el modelo de familia nuclear no era el único modelo que debía tenerse en cuenta “aunque la mayor parte de las familias sean nucleares” (CEPAL 1993, 24).

De acuerdo con Susan de Vos (1987), la composición del hogar en cualquier momento del tiempo es el resultado de determinadas condiciones socioeconómicas, de la disponibilidad de parientes con los cuales cohabitar y solo, en tercer lugar, de las normas de formación de un hogar. De esta manera, en Centroamérica vivir en una familia extensa pudo obedecer a una estrategia de supervivencia de las mayorías pobres (De Vos 1987, 24). Así, la sobrevivencia se remonta mucho tiempo atrás entre las familias centroamericanas, en especial entre las más desfavorecidas. La imbricación de la familia extendida con la movilidad redundaría en asegurar el sustento mediante el apoyo, reflejado tanto en el sistema de cuidados de quienes se quedaban (usualmente los infantes) como en el compromiso de los que se iban por ayudar a aquellos, enviar por ellos (recurriendo a la emigración en cadena) y reconstruir el núcleo original (González-Ferrer 2008, 50); o, en su defecto, rehacer una familia tomando por patrón el modelo familiar conocido.

Ese patrón tenía al hombre por cabeza de familia. Cultura y economía lo legitimarían en el patriarcado. El rol proveedor de sustento de este individuo condujo históricamente a ser el primer llamado a migrar, mientras la mujer se ocuparía del hogar y los hijos. Este orden jerárquico, el ejemplo

más irrefutable de la existencia de la inequidad no solo en el entorno, sino en el mismo seno familiar, entró en conflicto con la presión externa y la necesidad de involucrar a todos los miembros de la familia en actividades económicas para asegurar la subsistencia. La aspiración de movilidad social que motivó ajustes internos en la familia en términos de jerarquía, poder y afectividad (CEPAL 1993, 31), condujo históricamente en Centroamérica a que la mujer tomara un rol más activo en el hogar, así como al trabajo de infantes y ancianos.

La legitimación del predominio masculino provocó que la inestabilidad matrimonial, la poligamia y la ilegitimidad fueran otra constante en la familia centroamericana. La búsqueda de movilidad social y la movilidad geográfica agravaron estas y otras prácticas no solo en el orden cultural, sino también biológico y emocional, como las uniones consensuales, la unión relativamente temprana de las parejas y la maternidad temprana. La información de los siglos XVIII y XIX indica que factores como el miedo a un futuro en soledad, la optimización de la edad reproductiva o la apuesta a la mejora social a través del matrimonio, motivaron algunas de estas conductas (Castellón 2019, 388). Los riesgos, en cualquier caso, eran inminentes. La unión desprovista de asideros emocionales conducía a separaciones, infidelidades e ilegitimidad. Agravaban las cosas el tener hijos en edades tempranas (la edad promedio de las madres, entre 1950 a 1960 fue de 18 a 21 años en América Latina y es muy posible que haya sido menor en Centroamérica). Respecto de la ilegitimidad, las uniones no matrimoniales en la era colonial alcanzaron un 40% y entre 1950 y 1960 fueron de 46,7% en Guatemala, 43,9% en Honduras y 41,3% en El Salvador. A mediados del siglo XX los índices llegaron incluso a superar a las uniones consensuales registradas. En 1965 se decía que el número de hijos no legítimos en El Salvador, por ejemplo, era “francamente abrumador”, pues fluctuaba entre el 70 y 75% (ONU 1965, 24).

Todo lo anterior favoreció la desvalorización moral y laboral de la mujer que, en muchos casos, se vio empujada al subempleo o a empleos de menor categoría (Castellón 2019, 284; CEPAL 1993, 28-31), sin contar con la marginalidad sexual. El trabajo infantil y de los ancianos se hizo una práctica común, así como el subempleo, la delincuencia o la mendicidad. El apremio de la supervivencia se expresaba en las bajas expectativas de vida. En 1975, la esperanza de vida al nacer era de 52,9 años en Guatemala, 57,8 en El Salvador y 53,4 en Honduras (CEPAL 1976, 87-99).

Primera mitad del siglo xx

El predominio de la sociedad agraria y sus inequidades, así como el poder demandante de las regiones productivas, sugiere que los movimientos poblacionales en Centroamérica ocurrieron hasta inicios del siglo xx, siguiendo, más o menos, las pautas coloniales: entre localidades, en zonas con tierras disponibles y, en menor medida, en destinos distantes. La predominancia masculina como principal mano de obra se mantuvo vigente, en el marco de medidas legisladas que obligaban al trabajo y cuyo discurso moralizante (contra la “vagancia”) se parecía mucho al de la era preindependentista. Pero igualmente notable fue el desplazamiento de familias enteras. Todo indica que esta práctica, también de herencia colonial, se incrementó con el desarrollo de cultivos como el café, alterando para el caso, el calendario escolar para facilitar la incorporación de mano de obra infantil a la cosecha cafetalera (Pérez Brignoli y Samper 1994, 197), una circunstancia que se mantiene en la actualidad.

Pero además de la movilidad familiar temporal para tiempos de cosecha, la expansión de cultivos intensivos como el café condujo en Centroamérica a la concentración de la propiedad de la tierra y el uso de sistemas de trabajo forzado a la par del trabajo familiar en la parcela de subsistencia (Pérez Brignoli y Samper 1994, 42). En países como El Salvador, con mayor densidad poblacional y donde la “válvula de escape” de colonizar zonas periféricas del país (como en Costa Rica) se fue reduciendo a mediados del siglo xx, y la subsistencia familiar a través de la tierra (propia o arrendada) se hizo un desafío. Así, la movilidad tradicional mutó a desplazamientos a tierras fronterizas. El censo de Honduras de 1950 mostraba que en los departamentos fronterizos estaba el 74% de los inmigrantes guatemaltecos, el 59% de los nicaragüenses y el 22% de los salvadoreños. Para la misma época, el 51% de los inmigrantes de Nicaragua estaban en provincias fronterizas de Costa Rica y el 75% de los migrantes hondureños se encontraban en provincias fronterizas de Nicaragua (Elizaga 1999, 3). La cantidad es pequeña en el caso salvadoreño, pero debe considerarse que ya entonces el país poseía la más alta densidad poblacional en América continental. Las plantaciones de banano hondureñas, que entre 1925 y 1939 generaban entre el 80 y el 95 por ciento de la participación de este producto dentro del total de las exportaciones del país (ONU 1965, 162), se convirtieron en el destino de campesinos salvadoreños, más que de otros en Centroamérica. Entre 1950 y 1960 el movimiento de salvadoreños a Honduras fue el único

movimiento migratorio importante que se intensificó en Centroamérica (Elizaga 1999, 6) y un estudio llevado a cabo por la CELADE en 1950, indicaba que, respecto de la cantidad de migrantes en América Latina, El Salvador estaba en segundo lugar (después de Colombia), y que, en tercer lugar, se ubicaba Nicaragua.

El estudio de 1950 identificaba dos modalidades de desplazamiento: el de predominancia masculina y el que equilibraba a hombres y mujeres, afirmando que del primer tipo parecían ser los movimientos de El Salvador a Honduras y de Nicaragua a Costa Rica. Sin embargo, el informe reconocía contar con datos censales reducidos. Todo parece indicar que la movilización familiar llegó a cobrar relevancia en el caso de los salvadoreños hacia Honduras. La movilidad de la familia entera permitió en general mantener la estructura del grupo. Los asentados pudieron estimular la migración en cadena de otras familias o de la familia extendida y apoyar su asentamiento. Con la ocupación de los adultos hombres en los cultivos intensivos y, en alguna medida, de las mujeres, la ocupación del resto de miembros en la parcela familiar habría sido vital para la supervivencia.

En el resto de países centroamericanos, continuó el predominio del desplazamiento masculino, que pudo deberse a la migración de trabajadores agrícolas a zonas y en condiciones poco propicias para los movimientos de familias (Elizaga 1999, 6). Lo mismo ocurrió con el movimiento hacia Estados Unidos, el destino lejano más acostumbrado de la época. La información disponible es dispersa, incompleta o solo anecdótica. Incluso el otrora Servicio de Migración y Naturalización estadounidense (Immigration and Naturalization Service, INS) “solamente comenzó a llevar registros detallados de las migraciones centroamericanas después de 1932” (Córdova 2005, 60). Se sabe, empero, que producto de la expansión del comercio estadounidense, centroamericanos, y principalmente salvadoreños (si bien mayoritariamente cultivadores y comerciantes), se trasladaron a San Francisco, que a inicios del siglo xx era el principal centro procesador del café centroamericano (Menjívar 2000, 10). También como resultado de la expansión comercial norteamericana en Centroamérica, hondureños y otros centroamericanos arribaron a Nueva York y Nueva Orleans en la primera mitad del siglo xx. Algunos de los primeros hondureños del siglo xx emigrando a Estados Unidos eran miembros del grupo *garífuna* que trabajaba en los botes bananeros o en otras áreas de la industria frutera e interactuaba con los ciudadanos estadounidenses a través de los negocios. Esto condujo a la creación de una comunidad considerable en Nueva Orleans, un puerto

bananero importante. Como sucedió en el caso de El Salvador, pareciera que entre estos inmigrantes tempranos había miembros de la clase media hondureña, y que contaban con algunas habilidades profesionales vinculadas a la industria estadounidense bananera. En esta etapa temprana, la mayoría de los migrantes trabajarían en el servicio doméstico, el sector industrial o facilitando los negocios de importación o exportación en Estados Unidos (Reichman 2011, 42).

Por los mismos años, centroamericanos que habían trabajado en la construcción del canal de Panamá y luego para líneas navieras estadounidenses y astilleros de San Francisco durante la Segunda Guerra Mundial, se ubicaron en esa ciudad estadounidense. Por su parte, la United Fruit Company contrató a hondureños para la marina mercante, lo que vigorizó la migración a ciudades portuarias de Estados Unidos (Stoltz y Hamilton 2007, 329). Las rutas marítimas entre Centroamérica y San Francisco también se alimentaron de trabajadores centroamericanos durante y después de la Segunda Guerra Mundial, en que los astilleros y las industrias de guerra continuaron reclutando principalmente nicaragüenses y salvadoreños ante la escasez de mano de obra. En el caso de los segundos, se trató de cinco mil individuos entre 1941 y 1950, una cantidad que ya contrastaba mucho con los solo 673 salvadoreños que habían emigrado oficialmente a Estados Unidos durante el período de 1931-1941 (Baker-Cristales 2004, 42).

En las décadas de 1940 y 1950, más centroamericanos llegaron al área de Los Ángeles como parte del programa *bracero* (programa de Estados Unidos que permitía el reclutamiento temporal de trabajadores mexicanos). Varios centroamericanos reclamaron la ciudadanía mexicana para poder formar parte del programa, lo que también los condujo a radicarse tanto en California como en otros estados que albergaron a migrantes mexicanos (Hamilton y Stoltz 2001, 44).

De esta forma, los migrantes centroamericanos que arribaron a Estados Unidos antes de la década de 1970, encontraron en California y, particularmente, en San Francisco, importantes comunidades de salvadoreños y nicaragüenses (Córdova 1996, s.p.). Al igual que California, estados como Washington, Nueva York, Texas o Florida se convirtieron en destino de inmigrantes, si bien no se cuenta con datos concretos en tal sentido (Córdova 1996, s.p.).

Poco se sabe de estos individuos y sus familias, pero es muy posible que, como la reagrupación, muchos se unieran a mujeres de diversas procedencias en Estados Unidos y procrearan hijos. Cabe suponer que también

operó la migración en cadena y el apoyo en la radicación de los recién llegados. Al parecer, la distancia, a pesar de los avances tecnológicos, incidió en que el número de migrantes se mantuviera bajo. Un rastreo de estos individuos y los ajustes familiares producto de la movilidad geográfica es un tema tan apasionante como pendiente y necesario.

Los cambios de mediados del siglo xx

La Segunda Guerra Mundial y la posguerra condujeron a Centroamérica a una era de modernización basada primordialmente en la diversificación de la agricultura de exportación y el desarrollo de la industria, especialmente, en Guatemala y El Salvador. Esto derivó en transformaciones en los patrones de migración a inicios de la década de 1950 (Hamilton y Stolz 2001, 26), que se pueden distinguir por la migración campo-campo, campo-ciudad, entre países centroamericanos y entre estos y Estados Unidos como principal destino.

La migración campo-campo estuvo determinada por la expulsión de la población de las áreas agrícolas destinadas a la exportación hacia zonas de subsistencia en otros puntos de los respectivos países. El final de proyectos de reforma agraria (que tuvieron su máxima expresión en el proyecto de Jacobo Árbenz entre 1945-1954) y la modernización de la agricultura, en Guatemala, El Salvador y, medianamente, en Honduras, también incidió en la migración interna. En Guatemala, particularmente, la migración se expresó con el desplazamiento poblacional a regiones de cultivo del algodón, de producción bananera y nuevas áreas de colonización y frontera (CSUCA 1978, 83-114, 311-312), lo que hizo que los niveles de migración interna se duplicaran entre 1950 y 1973.

El cambio migratorio más importante del período fue la movilidad rural-urbana. En 1950 América Latina y el Caribe era una región rural y agrícola; treinta años después, el porcentaje de población ocupada en la agricultura pasó de 55% en 1950 a 32% (CEPAL 1993, 21). Ciudades como Guatemala, San Salvador y San José principalmente crecieron considerablemente (CSUCA 1978, 82-89; Achaerandio 1983, 4). Para el caso, San Salvador atrajo casi tres cuartas partes de los nuevos inmigrantes, el 40% de ellos solo en la década de 1950 (CSUCA 1978, 73-75).

En el resto de países centroamericanos la migración continuó siendo predominantemente rural-rural. En Honduras, la industria del café, el

ganado y el algodón experimentaron un auge en las décadas de 1960 y 1970, suscitando un gran desplazamiento de campesinos en la parte sur del país. A Honduras favoreció adicionalmente su baja densidad poblacional, de manera que las personas desplazadas pudieron encontrar con más facilidad lugares nuevos y escasamente poblados para reasentarse. Con una situación completamente diferente y desfavorable, la migración de campesinos salvadoreños a Honduras continuó creciendo, tanto que para la década de 1960 se estimaba en 300 mil la cantidad de individuos en Honduras (Durham 1979, 59, 124-125). Además de las bananeras, el destino comprendió “tierras sin roturar, que supuestamente le pertenecían al Estado hondureño” (PNUD 2005, 16). Así, el otro patrón migratorio predominante en Centroamérica incluyó a los países vecinos, destacando la movilidad de El Salvador a Honduras y de Nicaragua a Costa Rica (CEPAL 1976, 19).

A inicios de la década de 1970 la modernización industrial y agrícola finalizó en crisis. El desarrollismo fue incapaz de absorber la creciente fuerza de trabajo y los migrantes tuvieron que recurrir a la economía informal, que de 1961 a 1975 casi se triplicó en el caso salvadoreño (Menjívar 2000, 44). Con la precariedad crecieron el alcoholismo, la violencia y el crimen, el empleo infantil y la prostitución. La familia se vio altamente vulnerada por la supervivencia. Los efectos de la crisis también repercutieron en el campo, donde la pobreza se profundizó y cerca del 40% de la población económicamente activa se vio privada de un trabajo normal. La deuda externa pública creció 35 veces entre 1960 y 1977 (Torres Rivas y Jiménez 1985, 34-44). Del impacto industrializador se benefició muy poco Honduras, cuyo gobierno expulsó a cerca de 200 mil salvadoreños en el marco de la guerra con El Salvador, evento que frustró definitivamente las perspectivas del llamado Mercado Común Centroamericano (MCCA)

La crisis condujo a un incremento de la migración hacia Estados Unidos, mayor al iniciado en la década de 1960 (Córdova 2005, 60). La movilidad con aquel destino creció en cantidad, pero también en calidad. Los Ángeles fue importante prototipo del fenómeno. Al arribo a la ciudad de individuos de la clase media en pequeño número, siguió una cantidad incremental de personas de la clase trabajadora de El Salvador y Guatemala (Hamilton y Stolz 2001, 45), así como grupos mayas guatemaltecos. Para 1976 ya se afirmaba que Estados Unidos era el país que más migrantes latinoamericanos atraía. La cifra de 117 450 latinoamericanos inmigrantes entre 1950 y 1954, subió a 661 516 entre 1965 y 1970 (GIE 1978, 186).

Caracteriza este período, y constituye una ruptura con el rol tradicional masculino en la migración centroamericana, que entre los migrantes sobresalieran las mujeres (Tabla 1).

TABLA 1. Inmigrantes de algunos países de Centroamérica aceptados en Estados Unidos, 1974

País de nacimiento	20-29 años		30-39 años		40-49 años		50-59 años		Totales
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	
El Salvador	286	413	132	206	55	117	27	69	1305
Guatemala	297	372	102	131	27	59	16	57	1061
Honduras	145	262	79	117	28	64	11	42	748

Fuente: Elaboración propia con base en U.S. Immigration and Naturalization Service, Annual Report, 1974, pp. 45-46.

Las mujeres también superaban a los hombres en edad (32,4 años frente a 29,7 años de los hombres). De hecho, muchas eran solteras, pero otras eran cabezas de familia que necesitaban mantener a sus hijos, o mujeres casadas con hijos cuyos ingresos familiares eran inadecuados, a menudo debido al desempleo, la discapacidad o el alcoholismo del marido (Zentgraf 2002, 633-634). Este caso demuestra cómo en la movilidad social centroamericana la mujer ha llegado a tener un rol más activo y transformador de las relaciones familiares tradicionales. Falta profundizar en las consecuencias de la migración de estas mujeres en la familia y en los mecanismos de movilidad geográfica de sus hijos y maridos para la reconstrucción familiar o la construcción de una nueva familia.

Excepto por la migración femenina hacia Estados Unidos, la movilidad geográfica de la segunda mitad del siglo xx se caracterizó por la migración masculina y la alta incidencia de migrantes jóvenes. A pesar de que la tarea algodonera podía incluir a mujeres y hasta niños (como continuaba siendo la del café), esta movilizó sobre todo a hombres solteros (ONU 1965, 7). Por otra parte, hay razones para pensar que la mayoría de migrantes de esta etapa eran jóvenes. Para 1950, la juventud se había acentuado y el porcentaje de menores de 15 años había aumentado hasta cerca de 45% en El Salvador y pasó de 48% en Nicaragua (CEPAL 1966, 2). Para 1964, la población menor de 15 años en Guatemala era de 46,1%, superando

los índices de 1950 (42,3%). Sin embargo, ser joven no era garantía de un futuro mejor. En Guatemala, la expectativa de vida rondaba los 40 y 46 años, en El Salvador, los 48 y 52, en Honduras, los 45 y 50, en Nicaragua, los 50 y 55, y en Costa Rica, los 56 y 62. Esto pudo motivar la adopción de estrategias biológicas de supervivencia como la optimización de las capacidades reproductivas, con la unión y la maternidad temprana, derivando en uniones y embarazos tempranos, hijos ilegítimos y familias rotas, así como nuevas familias, producto de la movilidad. La juventud, cuya vitalidad la hacía buena candidata para el trabajo y la movilidad social, optaba por la movilidad geográfica. La supervivencia se imponía. En 1963, se decía que en América Latina los factores demográficos se presentaban más favorables para la movilidad de la mano de obra, no así para las condiciones de la capacitación profesional (Elizaga 1969, 4). Esta constante en la falta de oportunidades para los jóvenes y para los migrantes en general habría conducido que en el siglo xx, la migración centroamericana no fuera, en esencia, de retorno.

A finales de la década de 1970, los patrones migratorios centroamericanos cambiaron como resultado directo de las condiciones económicas, sociales y políticas. Las razones para migrar fueron cada vez más políticas. Tanto el somocismo como el triunfo sandinista en Nicaragua estimularon la emigración desde ese país. Pero sobre todo salvadoreños de sectores medios y bajos iniciaron una migración masiva hacia los países vecinos y a Estados Unidos. En ese caso, a diferencia de los migrados antes de 1979, la constante fue la ilegalidad. La sobrevivencia en su mayor expresión se impuso, extremando las decisiones relativas a los ajustes familiares. Los hombres comenzaron a superar a las mujeres (Hamilton y Stolz 2001, 47), las cifras incluyeron familias fragmentadas o completas. Más que otra cosa, se trató de jóvenes huyendo de la persecución política o el reclutamiento forzoso; en muchos otros, los parientes enviaban a sus hijos para vivir con un familiar en Estados Unidos; en otros, no había destino claro. Comenzaba el período de la gran migración centroamericana.

Conclusiones

Para inicios de 1980, se reconocía que el problema de la desintegración familiar ya era bastante profundo y grave (Montes 1987, 131); pero todo indica que no era un fenómeno desconocido en Centroamérica. Las dificultades

de movilidad social ascendente para una extensa mayoría poblacional, han hecho, históricamente, de la movilidad espacial un recurso permanente en Centroamérica. Las necesidades de desplazamiento fueron proporcionales a las posibilidades de movilidad social. Las posibilidades de desplazamiento estuvieron siempre en dependencia de las capacidades de los individuos y de las condiciones que ofreció cada momento histórico. La permanencia de estas pautas permite elaborar un perfil de la familia centroamericana que la acompañó históricamente en su movilidad. La búsqueda de la mejora, acompañada de la disputa de los reducidos espacios para sobrevivir o desarrollarse, las limitaciones educativas, que reducen aún más los espacios de movilidad social, el arraigo de las prácticas familiares y sus inequidades, así como su reproducción, han conducido históricamente a un modelo de familia criticado por su falta de solidaridad y cohesión.

El período estudiado ilustra cómo estas conductas son resultado lógico de una familia expuesta a profundas inequidades y el apremio por sobrevivir, pero además, resistente a los embates de las dificultades gracias al involucramiento de todos sus miembros en la supervivencia, la búsqueda de la unión más allá de la convención, la diligencia femenina, los sistemas de cuidado, gracias a la familia ampliada o extensa. El apremio de sobrevivir, que implicó el sacrificio familiar, pudo compensar tanto adversidades como el peso de aspectos negativos que, sin duda, operaron como un lastre. Los ajustes, en cualquier caso, solo serían un anticipo del período más intenso que estaba por venir en la década de 1980, en que las posibilidades reales de superar los apremios de la supervivencia se alejaron, junto a la posibilidad de transformaciones positivas dada la caracterización de la familia centroamericana.

Bibliografía

- ACHAERANDIO, Luis. 1983. "Introducción al problema de los refugiados en El Salvador". *Boletín de Psicología* 2: 83-114.
- ARRIAGADA, Irma. 2018. "Familias y hogares en América Latina". *Hogares y trabajadores en México en el siglo XXI*, editado por Jéssica Nájera *et al.* Ciudad de México: El Colegio de México.
- BAKER-CRISTALES, Beth. 2004. *Salvadoran Migration to Southern California. Redefining El Hermano Lejano*. Gainesville: University Press of Florida.
- CASTELLÓN, José Ricardo. 2019. *Secretos de familia. Familia y movilidad en El Salvador colonial*. San Salvador: UCA.

- . 2021. “Estrategias de supervivencia y emociones. Unión informal y matrimonio en el Pacífico colonial centroamericano”. *Cuadernos Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe* 18(1): 1-32.
- COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE (CEPAL). 1976. *Desarrollo y política social en Centroamérica*. Ciudad de México: ONU.
- . 1993. *Cambios en el perfil de la familia: la experiencia regional*. Santiago de Chile: ONU.
- COHEN, Lucy M. 1979. *Culture, Disease, and Stress among Latino Immigrants*. Washington, D.C.: Research Institute on Immigration and Ethnic Studies.
- CÓRDOVA, Carlos. 1996. “Central American Migration to San Francisco: One Hundred Years in Building a Community”. *Central Americans in California: Transnational Communities, Economies and Cultures*, editado por Nora Hamilton y Norma Stoltz Chinchilla. Los Angeles: University of Southern California.
- . 2005. *The Salvadoran Americans*. London: Greenwood Press.
- CONSEJO SUPERIOR UNIVERSITARIO CENTROAMERICANO (CSUCA). 1978. *Estructura agraria, dinámica de población y desarrollo capitalista en Centroamérica*. San José: EUCA.
- DE VOS, Susan. 1987. “Latin American Households in Comparative Perspective”. *Population Studies* 41(3): 501-517
- DURHAM, William H. 1979. *Scarcity and Survival in Central America: Ecological Origins of the Soccer War*. Stanford: Stanford University Press.
- ELIZAGA, Juan. 1969. *Población y migraciones: América Latina y el Caribe*. CELADE, serie A, n.º 96. Santiago de Chile: CELADE.
- GONZÁLEZ-FERRER, Amparo. 2008. *Estrategias familiares y laborales en la emigración: reagrupación familiar, elección de parejas y empleo de los inmigrantes en el país de destino*. Madrid: CES.
- GLICK SCHILLER, Nina, y Noel B. SALAZAR. 2013. “Regimes of Mobility across the Globe”. *Journal of Ethnic and Migration Studies* 39(2): 183-200.
- GRUPO INTERNACIONAL PARA LA EVALUACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN EN CIENCIAS SOCIALES SOBRE POBLACIÓN Y DESARROLLO (GIE). 1978. *Investigaciones sociales relevantes para políticas de población en América Latina*. Santiago de Chile: CELADE.
- HINTZE, Susana. 1989. *Estrategias alimentarias de sobrevivencia. Un estudio de caso en el Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: CEAL.
- LOMNITZ, Larissa Adler de. 2001. *Redes sociales, cultura y poder. Ensayos de antropología latinoamericana*. Ciudad de México: Porrúa.
- MARYANSKI, Alexandra, y Jonathan TURNER. 1992. *The Social Cage: Human Nature and the Evolution of Society*. Stanford: Stanford University Press.
- MASSA, Laura. 2010. “Estrategias de reproducción social y satisfacción de necesidades: parte I ‘Controversias conceptuales, polémicas prácticas’”. *Perspectivas sociales* 12(1): 103-140.
- MASSEY, Douglas S. 1987. “Understanding Mexican Migration to the US”. *American Journal of Sociology* 92: 1372-1403.
- MENJÍVAR, Cecilia. 2000. *Fragmented Ties. Salvadoran Immigrant Networks in America*. Berkeley/Los Angeles: University of California Press.
- MONTES, Segundo. 1987. *Salvadoreños refugiados en los Estados Unidos*. San Salvador: IDHUCA.
- MOSER, Caroline O. N. 2009. *Gente del barrio, vidas extraordinarias. Activos y reducción de la pobreza en Guayaquil 1978-2004*. Santiago de Chile: Sur.

- ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS (ONU). 1965. *La situación social de la infancia y la juventud en El Salvador. Dificultades del desarrollo, presentado por la División de Programación del Desarrollo Social*. Santiago de Chile: CES.
- PÉREZ BRIGNOLI, Héctor. 1990. *Breve historia de Centroamérica*. Madrid: Alianza.
- PÉREZ BRIGNOLI, Héctor, y Mario SAMPER. 1994. *Tierra, café y sociedad. Ensayos sobre historia agraria centroamericana*. San José: FLACSO.
- PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (PNUD). 2005. *Informe sobre Desarrollo Humano El Salvador 2005*. San Salvador: Albacrome.
- REICHMAN, Daniel R. 2011. *The Broken Village: Coffee, Migration, and Globalization in Honduras*. New York: Cornell University Press.
- SHELLER, Mimi, y John URRY. 2006. "The New Mobilities Paradigm". *Environment and Planning A* 38(2): 207-226.
- STOLTZ CHINCHILLA, Norma, y Nora HAMILTON. 2001. "Central America. Guatemala, Honduras, El Salvador". *The New Americans. A Guide to Immigration since 1965*, editado por Mary C. Waters y Reed Ueda, 328-329. London: Harvard University Press.
- TORRADO, Susana. 1981. "Sobre los conceptos de 'estrategias familiares de vida' y 'proceso de reproducción de la fuerza de trabajo': notas teórico-metodológicas". *Demografía y economía* 15(2): 204-233.
- TORRES RIVAS, Edelberto, y Dina JIMÉNEZ. 1985. "Informe sobre el estado de las migraciones en Centroamérica". *Anuario de Estudios Centroamericanos* 11(2): 25-66.
- U.S. IMMIGRATION AND NATURALIZATION SERVICE. 1974. *Annual Report*. Washington, D.C.: INS.
- ZENTGRAF, Kristine M. 2002. "Immigration and Women's Empowerment. Salvadorans in Los Angeles". *Gender & Society* 16(5): 625-646.

**CAMPO INTELECTUAL E IDEOLOGÍAS EN DISPUTA:
MITO, PRÁCTICAS LETRADAS Y SUJETOS
MOVILIZADOS**

Revisitar la Guerra Fría desde la mirada de Eunice Odio

Tania Pleitez Vela

Università degli Studi di Milano Statale

Debido a las polémicas que Eunice Odio protagonizó en el marco de las primeras décadas de la Guerra Fría, en el campo cultural centroamericano se ha arraigado la idea de que la poeta transitó de la izquierda política a una postura reaccionaria. En cualquier caso, su anticomunismo es legendario, según lo relata Carlos Cortés:

La Revolución cubana y su caída dentro de la órbita soviética no hacen sino confirmar su desconfianza inicial y se vuelve una anticomunista visceral. La escritora costarricense Carmen Naranjo, en una de sus visitas a México, en los años sesentas [*sic*], la recuerda ensimismada repartiendo octavillas incendiarias contra Cuba y ni siquiera se atreve a saludarla. Eunice es ya una provocadora, un francotirador [...]. Su posición ideológica, que no es íntima, sino pública gracias a manifestaciones, opiniones y artículos [...] la convierten en una apesadada (2007, 104-105).

Considerando lo anterior, en este artículo exploraré el contexto político en que escribe Eunice Odio (1919-1974), y me referiré a dos ensayos suyos publicados en la revista *Examen* de México. El primero lleva por título, “Cuba en la tela de araña” (abril de 1961); y el segundo, “El porqué de la máscara de Fidel Castro” (mayo de 1961). Lo anterior se complementará con la carta que la escritora envió a la redacción de la revista neoyorquina *Vision* en julio de 1951.¹ Me interesa abordar críticamente lo que podríamos llamar un “mito ideológico”, el cual se tradujo en ostracismo en los últimos años de la vida de Eunice Odio. El propósito es problematizar las nociones fijas con las que se ha construido la leyenda de la costarricense

1 He tenido acceso a estos textos gracias a mi estancia en la Fundación Eugenio Granell (Santiago de Compostela, Galicia, España), en enero de 2020, y mediante el hallazgo de uno de los números de la revista en una librería de segunda mano en la Ciudad de México, que me fue enviado por la poeta Susana Reyes.

y, al mismo tiempo, proponer una aproximación a su lectura personal del momento político que atestiguó.

Eunice Odio es una de las poetas e intelectuales más destacadas de Centroamérica. Nació en Costa Rica en 1919. A los 28 años, en 1947, se estableció en Guatemala, después en Cuba, en 1953, y finalmente en la Ciudad de México, a partir, aproximadamente, de 1954. En la capital mexicana vivió hasta su muerte, aunque con un intermedio de dos años en la ciudad de Nueva York, de 1959 a 1961. En cuanto a sus artículos políticos, estos ejemplifican y ponen en evidencia las marañas ideológicas que marcaron ese turbulento período acentuado por el enfrentamiento bipolar: la Guerra Fría. Como dije antes, se suele afirmar que en los años cuarenta del siglo xx, la poeta fue una conocida izquierdista, mientras que, en los años sesenta, se convirtió en una ferviente anticomunista que rozaba lo reaccionario. Su crítica a los regímenes de Cuba y la Unión Soviética resultaron disonantes con respecto a gran parte de la intelectualidad literaria de la región centroamericana que, en su mayoría, se había colocado del lado de la Revolución cubana. No son pocos los estudiosos de su obra que consideran que esta postura le costó a la poeta su exclusión de círculos literarios determinantes. De hecho, la poeta representó durante décadas un caso paradigmático de olvido aun tras escribir uno de los poemarios en español más ambiciosos de la época: *El tránsito de fuego* (1957). Cabe preguntarse: ¿realmente Eunice Odio dio un viraje ideológico o más bien se volcó a desmenuzar gradaciones, matices, dentro de las izquierdas? ¿Cuál fue su verdadera preocupación en el escenario de la Guerra Fría?

En 1947, estando en Guatemala para recibir el Premio Centroamericano de Poesía “15 de septiembre” por su libro *Los elementos terrestres*, Eunice Odio publicó un largo artículo, por entregas, en *El Imparcial*, intitulado “Exposición sobre política actual de Costa Rica” (1947). En este hace una crítica al sistema semifeudal de su país y denuncia la precaria situación del campesinado y los obreros. Años antes también había dedicado poemas a milicianos españoles: “Nube y cielo mayor” (1945) y “Pepón de la Campa” (1946), ambos publicados en *Repertorio Americano*. En la decisión de Eunice Odio de quedarse en Guatemala influyeron no solo sus deseos de expansión poética y vital, sino también las nuevas condiciones políticas en Costa Rica que, tras la guerra civil de 1948, significaron la llegada de José Figueres y el ascenso de una política reformista social-demócrata aunque

anticomunista.² Si bien algunos especialistas sostienen que la poeta nunca militó en el partido comunista de Costa Rica (Von Mayer en prensa, s.p.), José Ricardo Chaves afirma que la poeta fue una activa simpatizante del movimiento comunista de su país, según lo señalan diversos informes de espionaje de la CIA liberados en el 2003. Posiblemente por temor a la represión política —subraya Chaves— Eunice Odio ya no volvió a su país (comunicación personal, 25 de septiembre de 2013).³ Por otra parte, en una entrevista a Eunice Odio publicada en abril de 1963 —la única que he podido localizar—, se dice que “trabajó un tiempo para el partido comunista de Fortuny y Pellecer [en Guatemala], del que se separó más tarde” (N.D. 1963, 13). Lo cierto es que, cuando la costarricense llega a Guatemala, allí se vivía la llamada “primavera democrática” (1944-1954), iniciada por el Gobierno de Juan José Arévalo, y esto sin duda influyó en su deseo de no regresar a Costa Rica. Ahora bien, antes de continuar, es importante que nos detengamos a observar la manera en que se estaba conformando la llamada Guerra Fría cultural.

Aspectos básicos de la Guerra Fría cultural

En general, la polarización de la Guerra Fría hizo que políticamente, de alguna manera u otra, todo intelectual se viese obligado, tarde o temprano, a defender uno de los dos bandos, o mostrarse “apolítico” —postura que paradójicamente también conllevaba una decisión política—. Es así como

2 Eunice Odio fue “una ardiente defensora de las conquistas sociales y laborales de las administraciones Calderón Guardia y Teodoro Picado, y que era apreciada por sus ideas avanzadas de izquierda” (Esquivel Tovar 2019, 42). Por su parte, tras la apertura de informes de la CIA y otros testimonios, José Ricardo Chaves considera que, más precisamente, en aquellos años su postura era “caldero-comunista” (comunicación personal, 25 de septiembre de 2013).

3 Chaves señala que en Costa Rica conversó con Armando Calzada, quien había conocido a la joven Eunice Odio en sus años de militancia antifranquista. Odio, Calzada y otra gente de izquierda como Luisa González solían reunirse medio clandestinamente en uno de los puentes que comunican a barrio Amón con Tournon, en San José. Querían formar una liga antifascista. En esa época organizaron un complot al recital de un pianista franquista de paso. Calzada le tiró huevos y luego fue golpeado. Luisa González hizo la arenga. Eunice Odio y Yolanda Oreamuno participaron en el boicot y esta última fue despedida de su trabajo al día siguiente (José Ricardo Chaves, comunicación personal, 25 de septiembre de 2013).

dos intelectuales, Albert Camus y Jean-Paul Sartre, también fueron tocados por la complejidad que engarzaba a los pliegos de la Guerra Fría cultural, la cual derivaba de la disyuntiva intelectual —o la polaridad— entre la justicia social y la libertad individual. Patrick Iber subraya que Camus y Sartre compartían una visión: los intelectuales debían estar comprometidos e involucrados en la responsabilidad social y la participación política. No obstante, en aquellos primeros años de la Guerra Fría, no podían ponerse de acuerdo en si los intelectuales debían comprometerse defendiendo al Partido Comunista y a la Unión Soviética, tal y como existía en ese momento —es decir, como un régimen totalitario—, o no. Sartre llegó a creer que no había otra alternativa y que, de forma relativa, el uso de la violencia para superar la opresión podía ser una opción legítima e inevitable. Según el autor de *La náusea* (1938), el intelectual comprometido debía primero pensarse a sí mismo como parte de un movimiento que requería de la autocensura. Desde el punto de vista de Sartre, la disidencia no era posible e incluso llegó a decir que “un anticomunista es un perro” (Aronson 2004, 128). Sin embargo, con los años, matizará su postura, especialmente durante el nombrado caso Padilla.

En cambio, para Camus —continúa Iber (2015)— la primera obligación de un intelectual era la verdad. Desde su punto de vista, el siglo xx había justificado repetidamente crímenes políticos con argumentos filosóficos que, si bien podían producir abstracciones plausibles, también generaban miseria humana. En su ensayo *El hombre rebelde* (1951) argumentó que los partisanos soviéticos negaban verdades elementales sobre su “utopía”, por ejemplo, los campos de concentración con prisioneros políticos o las masacres, y afirmó que: “The great event of the twentieth century was the forsaking of the values of freedom by the revolutionary movements” (citado en Iber 2015, 4).⁴ En aquella candente polarización, Camus creyó tener solo una alternativa: el anticomunismo. Para Camus, no es la “revolución” sino la rebelión constante del espíritu lo que mueve al individuo crítico, humanista y emancipador, lo que le previene de la tiranía en nombre de la libertad. Su modelo de intelectual era un negador del dogma, un exiliado incluso en su propia tierra. No obstante, hoy sabemos que en nombre de la llamada “libertad” también se cometieron abusos, injusticias, y se fundaron narrativas excluyentes. En el mejor de los casos, hubo intelectuales

4 “El gran acontecimiento del siglo xx fue el abandono de los valores de la libertad por parte de los movimientos revolucionarios”.

que contribuyeron a problematizar ambos lados, como lo hizo el chileno Nicanor Parra en sus famosos *Artefactos* (1972): en una ilustración, sobre las cabezas de una muchedumbre, se alza una pancarta con el siguiente enunciado: “La izquierda y la derecha unidas jamás serán vencidas” (citado en Centro Virtual Cervantes s.a, s.p.).⁵

Por otra parte, hay que recordar que se trata de una época en la que, con el fin de moldear las percepciones internacionales, se crearon dos organismos que canalizaron la diplomacia cultural e ideológica de los dos bloques enfrentados. Por un lado, el Consejo Mundial de la Paz fue fundado en 1950 para promover campañas que se oponían al belicismo e imperialismo inherente al capitalismo de Occidente liderado por Estados Unidos. El organismo promocionaba la idea de que la paz equivalía a los intereses de la Unión Soviética. Aunque su sede se encontraba en Europa —Helsinki, Finlandia—, el Consejo estaba representado en América Latina por reconocidos artistas comunistas como Diego Rivera, Jorge Amado y Pablo Neruda.

Por otro lado, el Congreso por la Libertad de la Cultura fue celebrado en Berlín en 1950 con la participación de 118 escritores, artistas y científicos de veinte países. Su objetivo era defender el derecho a la crítica y al pensamiento libre. Entre sus participantes estuvieron Jacques Maritain, Bertrand Russel, Benedetto Croce, Germán Arciniegas y Stefan Baciú. Su sede se estableció en París y la sección española del Congreso publicó la revista *Cuadernos* de 1953 a 1965, cuya redacción estuvo a cargo de los poumistas⁶ Julián Gorkin (Julián Gómez García) e Ignacio Iglesias, apoyados por el excomunista Arthur Koestler, entre otros. Cuando en 1966 y 1967 se reveló que secretamente la CIA había financiado sus actividades, el organismo se propuso purgar al personal más reaccionario y creó la revista *Mundo Nuevo*, que tenía como objetivo dialogar sobre Cuba. No obstante, siempre hubo la sospecha de que la revista era un instrumento de propaganda de Estados Unidos, aunque en ocasiones también se mostraba crítica con las políticas estadounidenses.⁷

5 Para conocer los entresijos de la Guerra Fría cultural en América Latina, véanse Gilman 2003, donde además se refiere al papel jugado por la *Casa de las Américas* de Cuba; Franco 2003; Iber 2015; y Glondys 2012.

6 De POUM, siglas para designar al Partido Obrero de Unificación Marxista, fundado en España en 1935 y disuelto en 1980. El partido era antiestalinista y protrotskista.

7 Como veremos más adelante, las revistas mexicanas en las que Eunice Odio participó tenían vínculos con el Congreso por la Libertad de la Cultura.

En este marco, no podemos olvidarnos del rol que cumplieron las redes de exiliados españoles en América Latina —algo que, como veremos más adelante, incumbe a las revistas mexicanas con las que colaboró Eunice Odio—. Las ideas del Congreso por la Libertad de la Cultura, en parte, fueron llevadas a la región por izquierdistas que sufrieron persecución por los comunistas ortodoxos y estalinistas durante la Guerra Civil Española. Estos exiliados españoles compartían las prioridades anticomunistas del Gobierno de Estados Unidos y encontraron aliados locales en artistas y políticos de la llamada izquierda democrática, que también eran anticomunistas: “Although its participants spanned the political spectrum, its dominant ethos resembled that of Western European social democracy, with strong anti-Communism attached to moderate social reform in a democratic context” (Iber 2015, 3).⁸

Según Olga Glondys, el compromiso antiestalinista de un grupo de exiliados —vigorizado por los acontecimientos de mayo de 1937, el asesinato del líder poumista, Andreu Nin, y la represión liderada por el Komintern y los comunistas españoles contra sus expositores de izquierda— fue reemplazado por “un rechazo extremista de todo radicalismo izquierdista” (2012, 43-44). Sin duda, estos exiliados españoles estaban marcados por la experiencia de la Guerra Civil, por el dolor y el sentimiento de derrota, y por la persecución comunista que algunos sufrieron dentro del seno de la izquierda, sobre todo después de criticar públicamente a la Unión Soviética. En este marco, los poumistas fueron etiquetados por los comunistas como “trotskistas-fascistas”. Paradójicamente, una parte de estos exiliados, dirigentes revolucionarios marxistas y militantes poumistas, hicieron lecturas “eurocentristas, pronorteamericanas y profundamente conservadoras de las situaciones y realidades político-sociales del continente” (Glondys 2012, 155). En otras palabras, como combatientes y exiliados españoles, estos terminaron trasladando a América Latina sus experiencias políticas y militantes de la guerra civil, situación que ponía ciertos límites a los programas de liberación o reforma nacional de la región (Glondys 2012, 155).

8 “Aunque sus participantes abarcaban todo el espectro político, su ethos dominante se asemejaba al de la socialdemocracia europea occidental, con un fuerte anticomunismo unido a una reforma social moderada en un contexto democrático”.

Eunice Odio en la revista *Examen* y la carta a *Vision*

El punto de inflexión del pensamiento político euniciano se remonta a finales de los años cuarenta en Guatemala, cuando tuvo lugar la polémica entre Eugenio Fernández Granell —artista español exiliado en dicho país— y el grupo Saker-ti. Por razones de espacio, no puedo detenerme en los pormenores de la polémica,⁹ pero, en síntesis, en 1949 el grupo Saker-ti acusó a Granell de ser “agente franquista” cuando este mostró sus reservas ante la intención del grupo de realizar el Primer Congreso de Intelectuales y Artistas Guatemaltecos. Granell consideraba que dicho congreso estaba siendo promovido por el comunismo estalinista. Al igual que Trotsky, a quien admiraba, el español era crítico de lo que él consideraba una desviación corrupta de la Revolución rusa por parte de Stalin. En varias ocasiones, el gallego dejó clara su percepción de la política soviética y de cómo, mediante su apuesta por el realismo socialista en el arte, penetraba en las redes culturales para distorsionar, e incluso amputar, la libertad de creación.¹⁰ Ante las declaraciones del grupo Saker-ti, Eunice Odio fue la única que salió a la defensa de Granell y publicó dos artículos en *El Imparcial* de Guatemala: “Polémica entre artistas. Dos actitudes frente a una tiranía” (12 de abril de 1949) y “La gratitud mal entendida o de Stalin abajo ninguno” (20 de abril de 1949). No obstante, será en los años sesenta cuando aparecerán aquellos artículos de Eunice Odio contundentemente anticomunistas y anticastroistas, los cuales le pasarán factura, porque su crítica se enunció antes del

9 Para mayor información, véase Taracena (2015).

10 En una carta a Mario Alvarado Rubio, director de la Asociación Guatemalteca de Escritores y Artistas Revolucionarios (AGEAR), Granell dice lo siguiente: “Estimado compañero, creo que los intentos solapados del comunismo por influir en la vida artística y cultural, son mucho más peligrosos que los que generalmente se supone [...]. Una organización de intelectuales y artistas está hoy en la obligación de declarar públicamente su fe democrática y repudiar, al mismo tiempo, toda tendencia totalitaria, sea esta fascista o comunista” (Taracena 2015, 45). Ya antes Granell había iniciado una contienda pública contra aquellos que juzgaba eran estalinistas en Guatemala. Lo hizo por medio de dos artículos críticos con el realismo socialista y el estalinismo y publicados en la revista *Agear*: “El surrealismo y la libertad” (diciembre de 1948), en el que defendía la libertad creativa; y “*Oscuridad a medio día*, un libro apasionante del escritor y militante comunista húngaro Arthur Koestler” (enero de 1949), donde Koestler criticaba la realidad social de la Unión Soviética a lo largo de los años treinta y se refería a los efectos de un gobierno centralizado que controlaba tanto los medios de producción como los impulsos individualistas de sus ciudadanos (Taracena 2015, 46).

sonado caso Padilla de abril de 1971. Llegados a este punto, es importante señalar que, en dichos artículos, Eunice Odio se mostró cercana a la social democracia. También es cierto que nunca avaló a las dictaduras militares latinoamericanas ni sus proyectos “modernizadores” estatales, más bien, se mostró contraria a todo tipo de dictadura y totalitarismos, prácticas que consideraba corruptas (Esquivel Tovar 2019, 47, 49; Lara-Martínez 2001, 174). De acuerdo con Stefan Baciu, en una época en que “gran número de escritores e intelectuales se declararon abiertamente a favor del castrismo (y cuando colocarse en contra de la dictadura cubana era un acto de coraje bastante insólito)”, la costarricense adoptó “una posición netamente democrática” (1976, 128).

La revista *Examen* era publicada por la Asociación Mexicana por la Libertad y la Cultura y administrada por el mexicano Rodrigo García Treviño, autor de *La injerencia rusa en México* (1959). García Treviño, en los años treinta, había sido un destacado intelectual marxista, librero, periodista y, más tarde, un activista anticomunista. No es fácil establecer su evolución política, pero se sabe que militó en el Partido Comunista Mexicano, padeció reclusión en las Islas Marías y, después, fue colaborador de Trotsky. En los años cincuenta llegará a ser la cabeza de la Asociación Mexicana por la Libertad de la Cultura, la afiliada nacional del Congreso por la Libertad de la Cultura en ese país. Recordemos que, en México, Eunice Odio también colaboraba con la revista *Respuesta*, a su vez fundada por el exiliado español Enrique Castro Delgado. Este había sido dirigente y miembro del Partido Comunista de España durante la guerra civil, donde tuvo un papel destacado, ya que llegó a ser el primer comandante del Quinto Regimiento de Milicias Populares.¹¹ Sin embargo, tras su expulsión del partido, Castro Delgado se convirtió en un ferviente anticomunista y publicó dos libros de memorias muy críticos con sus antiguos correligionarios: *Mi fe se perdió en Moscú* (1951/1964) y *Hombres “made in Moscú”* (1960). En *Respuesta*, además de Eunice Odio, también colaboraban Margarita Michelena, el rumano Stefan Baciu y el ya mencionado García Treviño.¹² En pocas palabras,

11 Se trata del famoso cuerpo militar de voluntarios de la II República Española, que surge en los primeros meses de la guerra civil. Estas milicias se formaron bajo la iniciativa del Partido Comunista y las Juventudes Socialistas Unificadas.

12 Stefan Baciu se refiere a las proclamas de los escritores que colaboraban en *Respuesta*: “La democracia se halla gravemente amenazada y una de las peores amenazas en su contra está representada por la cobarde actitud de muchos demócratas que, en nombre de la falsa libertad, colocan a la democracia y al comunismo en el mismo plano, a fin de

estamos hablando de redes que ponían en evidencia la división y los debates en el seno mismo de la izquierda política, conflictos que incluso surgieron antes de la Guerra Fría —como es el caso del enfrentamiento entre poumistas y comunistas durante la Guerra Civil Española¹³—, pero que en ese momento se inscribían en las competencias de las dos superpotencias, lo cual ponía límites al significado de la democracia, como señala Patrick Iber.

Ahora bien, ¿qué temas trató Eunice Odio en sus artículos de la revista *Examen*? En el primero, intitulado “Cuba en la tela de araña” y publicado en abril de 1961, Eunice Odio se refiere al encarcelamiento de veinte mil presos políticos y los fusilamientos que habían tenido lugar en la isla desde enero de 1959 hasta ese momento, al tiempo que alude al famoso discurso que pronunció Fidel Castro el 2 de enero de 1961. También acusa de ingenuos a los intelectuales que estuvieron en un primer momento adscritos a la Revolución cubana y que no identificaron a tiempo que se trataba de la llegada del “fascismo rojo”, puesto que consideraba que en la isla pronto se seguirían los pasos de Stalin.¹⁴ Más adelante subraya: “No hubo, en verdad, imposibilidad de saber. Hubo, sí, la falta de vigilancia que nos caracteriza a los demócratas de todos los matices y países. Faltaron, en la infame trama, los detectives que siguieran pistas. Pistas que, por otra parte, estaban al alcance de todos” (1961a, 19). Eunice Odio menciona el caso de Huber Matos, quien después de pelear en la Revolución cubana, interpelló a los Castro sobre la presencia comunista totalitaria en el proyecto político cubano. Matos fue acusado de sedición y estuvo preso de 1959 a 1979. Así, la costarricense hace un encadenamiento de las dictaduras de la isla: “Cuba ha estado soportando una pesadilla muy larga, Machado-Batista... la pesadilla varía. Durante los gobiernos de Prío y Grau parece casi un sueño

realizar, de esta manera, un ‘diálogo’ que tarde o temprano, se transformará en monólogo comunista. [...] El llamado caso cubano es en realidad un caso de infiltración rusa en América Latina, a través del agente soviético Fidel Castro. [...] Un escritor demócrata puede ser ‘al mismo tiempo’ demócrata y anticomunista, pues el anticomunismo constituye la única arma eficaz en la lucha contra el fascismo rojo, defendido, propagado y camuflado por los falsos demócratas” (1962, 12).

- 13 Aquí no podemos dejar de mencionar la novela de Leonardo Padura, *El hombre que amaba a los perros* (2009), la cual retrata el enfrentamiento internacional entre estalinistas y trotskistas.
- 14 Como ya lo evidencian archivos oficiales descalificados, el régimen de Stalin llegó a ejecutar a casi 800 000 personas entre 1921 y 1953, aparte de los cientos de muertes sucedidas en los Gulag.

agradable. Y después, de nuevo, Batista. Y luego, la catástrofe definitiva” (1961a, 19). También afirma que Marx “no sabía la razón que le asistía cuando hablaba de ‘el fantasma del comunismo’. Marx no podía saber en qué fantasma purulento se iba a convertir el comunismo, gracias a Lenin y Stalin” (1961a, 14). Cierra el artículo con una cita libertaria de José Martí y comenta que “su palabra [la de Martí], hoy más que nunca, es una palabra en llamas” (1961a, 20).

En el segundo artículo, “El porqué de la máscara de Fidel Castro”, publicado en mayo de 1961, la costarricense hace un rastreo de los puntos flacos del Partido Comunista soviético. Entre otras cosas, se refiere a las confrontaciones entre dicho partido y Julio Antonio Mella, cofundador del Primer Partido Comunista cubano en 1925, quien más adelante será asesinado en la Ciudad de México, en enero de 1929. Eunice Odio considera a Mella como una de las últimas figuras generosas y nobles del comunismo cubano. Seguidamente, ataca al gobierno soviético, sus dogmas y su injerencia en América Latina, así como a las máscaras de Fidel Castro, que en mayo de 1961 todavía no se había declarado marxista-leninista¹⁵:

Los comunistas, los compañeros de viaje y algunos tontos con opinión dicen: Fidel Castro no es comunista. Su régimen no es comunista. Su régimen no sirve los designios del imperio ruso. [...]

El régimen de Fidel Castro se ajusta al esquema del más feroz régimen comunista que empezó con Lenin, en la Unión Soviética, y que, con Stalin y Khrushchev, ha sido llevado hasta sus últimas consecuencias. No importa lo que diga Fidel Castro. Importa lo que hace. Podría decir versos (1961b, 10).

En 1963, en la entrevista arriba mencionada y realizada cuando Eunice Odio se encontraba en San José de Costa Rica como corresponsal para cubrir las conferencias de John F. Kennedy en el marco de la Alianza para el Progreso, la costarricense enfatizó lo siguiente: “sobre todo comprobé, y me indigno hasta rebasar los bordes de mi paciencia, que el comunismo es llanamente la dictadura de los mediocres sobre los que piensan” (N.D. 1963, 13). Por supuesto, esta opinión podría ser disputada, ya que, en varios países de América Latina, diversos movimientos de izquierda que incluían al comunismo luchaban contra gobiernos militares y dictatoriales que estaban a la orden de transnacionales estadounidenses. Sin embargo, me interesa que

15 Castro se declarará marxista-leninista el 22 de diciembre de ese mismo año mediante un discurso en la Plaza de la Revolución de La Habana.

nos detengamos en la última parte de dicho enunciado: “el comunismo es llanamente la dictadura de los mediocres sobre los que piensan”. Si bien podríamos decir que alude a la persecución política de intelectuales por parte de un aparato burocrático-ideológico, en el primer artículo publicado en *Examen*, la poeta también se refiere a la importancia de saber identificar prácticas represivas y autoritarias, para después agregar, de manera controvertida, lo siguiente:

Me arriesgo —¡que [*sic*] le vamos a hacer!— a que se enojen conmigo *casi* todos los intelectuales, diciendo lo que voy a decir: [...] No hay como ser intelectual para dejarse ‘obliterar’ con el mejor esfuerzo. [...] no sólo el fascismo rojo tiene éxito en reclutar [...], sino en hacer que muchos intelectuales ‘obliterados’ lo sirvan con la actividad o con la indiferencia. [...] Su ingenuidad no es una ingenuidad cualquiera. Es la ingenuidad típica del intelectual. Resultado: [Hubert Matus] fue aprehendido, condenado, está en la Isla de Pinos (1961a, 13-14; cursiva del original).

Me parece que el meollo del asunto se encuentra en la férrea defensa que Eunice Odio hizo del pensamiento crítico y la reflexión, ya sea que provenga del campo intelectual o no, especialmente en un período complejo que, como vimos, estaba cooptado por las competencias e intereses de la Unión Soviética y Estados Unidos. Precisamente, una década antes, en una carta enviada a la dirección de la revista estadounidense *Vision*, fechada en julio de 1951, Eunice Odio se esmeró por demostrar la diferencia entre izquierdistas y estalinistas; los primeros, anticomunistas, se organizan para “defenderse de la derecha egoísta y del stalinismo [*sic*] cada día más voraz y ambicioso” (s.p.). Más adelante afirma que:

...toda la prensa democrática mundial, pero especialmente la de Estados Unidos, no sólo debe saber cuán grandes son las diferencias que cada día deslindan más claramente a la izquierda democrática del terror staliniano [*sic*], sino que debe orientar a la opinión de su país hacia una sabiduría política que le permita la verdadera apreciación de lo que es el izquierdismo funcionando en una democracia y dándole contenido humano y económico, y lo que son la fe y la organización stalinianas [*sic*], parecidas a la organización de los termes, —tal cual la describe Maeterlinck—, como una naranja a otra naranja. A quienes crean que stalinismo [*sic*] e izquierdismo son cosas idénticas, es bien fácil demostrarles lo contrario con sólo hacerles un esquema superficial de lo que a ambas tendencias define (Odio 1951, s.p.).

Entre esas diferencias, Eunice Odio destaca que el izquierdista “conjuga el verbo equivocar”, por lo tanto, “su pensamiento asume, automáticamente, la función obvia: el derecho de crítica contra sus dirigentes o contra sí” (s.p.). Más adelante, en 1961, dirá que el leninismo-estalinismo es “una desviación monstruosa del marxismo y la negación misma del socialismo y, por tanto, de la democracia” (1961b, 10).

A partir de lo que hemos observado hasta ahora, deduzco que la costarricense no era “reaccionaria”, como se ha dicho, sino que buscaba desenmarañar los hechos que tuvieron lugar en la primera mitad de la Guerra Fría, aunque quizá lo que no se le ha perdonado es que en ese momento no atacara de la misma manera a la injerencia estadounidense en América Latina. Asimismo, me pregunto: ¿podría ser que su tono irónico, desobediente, incisivo, haya también incomodado o incluso irritado? A través de la ironía que destilan sus escritos políticos, emerge la imagen de una mujer con independencia de criterio y pensamiento, que construye su discurso desde premisas lógicas argumentativas y una retórica satírica.¹⁶ Es la imagen opuesta de una mujer domesticada y recatada, sentimental y romantizada. ¿Hasta qué punto desagradó no solo lo que expresó sino también *cómo* lo dijo? Podemos estar o no de acuerdo con lo planteado por Eunice Odio en sus artículos, pero no cabe duda de que era poco común que una escritora ridiculizara en público a sus colegas hombres a partir del pensamiento crítico.¹⁷

Su postura política terminó por llevar a Eunice Odio al aislamiento literario y se le adjudicó, como ya dije, el sobrenombre de “reaccionaria”. El resentimiento puesto en su ruptura con gran parte de la izquierda se tradujo en su marginación de sectores que controlaban gran parte de la actividad cultural y artística de México, lugar donde seguía predominando

16 En “La gratitud mal entendida o de Stalin abajo ninguno”, la ridiculización y la ironía ya se hacían explícitas en sus escritos: cuando relata que los jóvenes sakertianos han dicho que Granel “lanza un acto de provocación a las fuerzas democráticas guatemaltecas”, ella enfatiza: “no se dice ‘lanzar’ un acto; un acto no se lanza; se puede lanzar un grito o una pelota; se puede lanzar un barco al agua o a la tierra; y hasta se puede lanzar un sujeto con una lanza si se está de mal humor. [...] Procedía decir de otro modo” (Odio 1949, 3).

17 Eunice Odio conoció a Fidel Castro en 1956, cuando este se encontraba en la Ciudad de México planificando la revolución. Desde ese momento aborreció su personalidad (Cortés 2007, 104) y mostró poca confianza en el cubano (Baciu 1976, 129). De su odio a dictadores como Franco y Somoza nacía también su “furia contra el dictador antillano” (Esquivel Tovar 2019, 27). En un artículo, llama a Castro un “egomaniaco, dominado por su ego torturado, más grande que un sistema de ferrocarril” (1961a, 13).

el “mito de la Revolución”. Además, tampoco ayudó que fuera íntima amiga de Elena Garro, personaje entonces demonizado en el campo cultural mexicano. Eunice Odio también mantuvo una estrecha amistad con otro personaje controversial del período, José Revueltas, quien fue expulsado dos veces del Partido Comunista de México precisamente por mantener una posición crítica.

Coda

El tránsito de fuego, publicado en El Salvador en 1957, apareció un año después del nacimiento de la llamada Generación comprometida, a la que perteneció el salvadoreño Roque Dalton, y tan solo dos años antes de la Revolución cubana. En general, la poesía de la región entraba en un momento histórico menos inclinado a la poesía hermética y las reflexiones sobre la lengua y la filosofía, y más a la llamada poesía “comunicante”, en palabras de Mario Benedetti (1972). La preparación intelectual en torno a la revolución —que culminaría en las guerras centroamericanas de los años ochenta—, podría ser otra de las causas del olvido en que cayó esta impresionante obra, según Lara-Martínez (2001, 173-174). No obstante, si leemos su poemario con atención, como propone el mismo Lara-Martínez, su propuesta también podría verse como una revuelta contra los signos de su tiempo; es decir, un acto simbólico, una “compensación utópica” ante la progresiva deshumanización que tenía lugar en la vida cotidiana y política. En ese sentido, *El tránsito de fuego* bien podría ser una resolución simbólica ante la crisis de la modernidad (Lara-Martínez 2001, 175).

En esta línea, Iber sostiene lo siguiente: “The problem that intellectuals from the region would face in their relationships with revolutionary states was therefore an intimate rather than an abstract one” (2015, 8).¹⁸ Para fundamentar lo anterior, este investigador cita las palabras del poeta salvadoreño Roque Dalton dirigidas a un amigo: “Yo llegué a la revolución por la vía de la poesía. Tú podrás llegar (si lo deseas, si sientes que lo necesitas) a la poesía por la vía de la revolución” (1969, 7). En ese sentido, coincido en que no hay que perder de vista el carácter íntimo de los actores dentro de la complejidad ideológica de la Guerra Fría cultural.

18 “El problema al que se enfrentarían los intelectuales de la región en sus relaciones con los estados revolucionarios era, por tanto, más íntimo que abstracto”.

Como enfatiza Kirkendall: “our understanding of the Cold War has been too narrow. We certainly need to know more about what the Cold War meant to Latin Americans. [...] Was the Cold War a war of mentalities as much as ideologies?” (2014, s.p.).¹⁹

El modelo del intelectual exiliado incluso en su propia tierra —aludido por Camus—, ¿podría aplicarse también al campo literario y sus hegemonías, a los circuitos de visibilidad y prestigio? ¿Es posible decir que la propuesta de Eunice Odio en *El tránsito de fuego* no es únicamente una reflexión metafísica, una alegoría, del poeta apátrida, desterrado, errante, descalificado, sino también una resolución simbólica contra aquellas “reglas del arte” de la Guerra Fría cultural? ¿Una invitación a cosechar la reflexión en tanto semilla del pensamiento crítico? La obra literaria y ensayística de Eunice Odio, sin duda, es un importante eslabón en la concepción liberadora de la poesía, el arte y el pensamiento.

Bibliografía

- ARONSON, Ronald. 2004. *Camus and Sartre: The Story of a Friendship and the Quarrel That Ended It*. Chicago: University of Chicago Press.
- BACIU, Stefan. 1962. “Dos veces América Latina”. *Respuesta* 1(6) (diciembre): 12.
- . 1976. “Eunice Odio Boix y Grave Peralta o el destino implacable de la poesía (Esbozo para un retrato)”. *Costa Rica en seis espejos*, 125-139. San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.
- BENEDETTI, Mario. 1972. *Los poetas comunicantes*. Montevideo: Biblioteca de Marcha.
- CORTÉS, Carlos. 2007. “Eunice Odio (1922-1974)”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 679 (enero): 103-107. <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc0939862>.
- DALTON, Roque. 1969. *Taberna y otros lugares*. La Habana: Casa de las Américas.
- ESQUIVEL TOVAR, Mario. 2019. *Eunice Odio en Guatemala y otros países centroamericanos*. San José: Letra Maya.
- FRANCO, Jean. 2003. *Decadencia y caída de la ciudad letrada. La literatura latinoamericana durante la Guerra Fría*. Barcelona: Random House Mondadori.
- GILMAN, Claudia. 2003. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- GLONDYS, Olga. 2012. *La Guerra Fría cultural y el exilio republicano español. Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1965)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

19 “[...] nuestro conocimiento de la Guerra Fría ha sido muy estrecho. Definitivamente necesitamos saber más sobre lo que la Guerra Fría significó para los latinoamericanos. [...] ¿fue una guerra tanto de mentalidades como de ideologías?”

- IBER, Patrick. 2015. *Neither Peace nor Freedom. The Cultural Cold War in Latin America*. Cambridge: Harvard University Press.
- KIRKENDALL, Andrew J. 2014. "Cold War Latin America: The State of the Field". *H-Diplo* 119 (14 de noviembre): 1-18. <http://tiny.cc/E119>.
- LARA-MARTÍNEZ, Rafael. 2001. "La identidad del aire: poesía y filosofía en *El tránsito de fuego*". *La palabra innumerable: Eunice Odio ante la crítica*, editado por Jorge Chen Sham y Rima de Vallbona, 173-205. San José: Universidad de Costa Rica.
- N.D. 1963. "Declaraciones de Eunice Odio". *El Imparcial* (6 de abril): 13.
- ODIO, Eunice. 1949. "La gratitud mal entendida o de Stalin abajo ninguno". *El Imparcial* (20 de abril): 3.
- . 1951. "Carta a *Vision*". Archivo Eunice Odio. Fondo Biblioteca Eugenio F. Granell. Santiago de Compostela, España.
- . 1961a. "Cuba en la tela de araña". *Examen* 20 (abril): 13-20.
- . 1961b. "El porqué de la máscara de Fidel Castro". *Examen* 21 (mayo): 10-20.
- . 1998a. "Nube y cielo mayor", "Pepón de la Campa". *Obras completas I*, editado por Peggy von Mayer, 78-83. San José: Universidad de Costa Rica/Editorial de la Universidad Nacional.
- . 1998b. "Exposición sobre política actual de Costa Rica". *Obras completas II*, editado por Peggy von Mayer, 9-32. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica/Editorial de la Universidad Nacional.
- . 1998c. "Polémica entre artistas. Dos actitudes frente a una tiranía". *Obras completas II*, editado por Peggy von Mayer, 56-62. San José: Universidad de Costa Rica/Universidad Nacional.
- . 2019. *El tránsito de fuego*. Barcelona: Sin Fin.
- PADURA, Leonardo. 2009. *El hombre que amaba a los perros*. Barcelona: Tusquets.
- PARRA, Nicanor. "La izquierda y la derecha unidas" (sección Escritores). Centro Virtual Cervantes (Instituto Cervantes). s.p., s.a. <https://cvc.cervantes.es/literatura/escritores/parra/antologia/izquierda.htm> [17/11/2023].
- TARACENA ARRIOLA, Arturo. 2015. *La polémica entre el pintor Eugenio Fernández Granell, la AGEAR y el Grupo Saker-ti. Desencuentros ideológicos durante la primavera democrática guatemalteca*. Guatemala: FLACSO.
- VON MAYER, Peggy. (en prensa). "Mitos y certezas sobre la vida de Eunice Odio". *Centenario de Fuego: nuevas aproximaciones a la producción literaria de Eunice Odio*, editado por Ronald Campos y Alí Víquez. San José: Universidad de Costa Rica.

(Des)encuentros en la escritura ensayística centroamericana: lectura de “Seis falsos golpes contra la literatura centroamericana” de Sergio Ramírez y “Literatura centroamericana del siglo XXI: en los confines de la (des)memoria” de Carlos Cortés

Estefanía Calderón Sánchez

Universidad de Costa Rica

Introducción

El desarrollo sociocultural, entendido como las dinámicas sociales, artísticas, culturales e históricas de una sociedad, es un punto de partida fundamental para comprender las metamorfosis ocurridas en una determinada región, como es el caso de Centroamérica. En este sentido, las reflexiones sobre el papel sociopolítico de las literaturas centroamericanas¹ permiten entrever cómo se han concebido y cuál ha sido su papel en la historia regional. Lo anterior, innegablemente, se torna fundamental durante los diversos acontecimientos del siglo XX (pugnas ideológicas, conflictos armados, la intervención estadounidense, la revolución sandinista y sus efectos en la política regional, los tratados de paz, la época de posguerra, entre otros) que marcaron de forma definitiva las dinámicas socioculturales y, sobre todo, la (re)formulación de los discursos identitarios centroamericanos.

Estas complejas particularidades son relevantes en el análisis de los dos ensayos seleccionados, “Seis falsos golpes contra la literatura centroamericana” de Sergio Ramírez y “Literatura centroamericana del siglo XXI: en los confines de la (des)memoria” de Carlos Cortés, dado que constituyen

1 Se parte de una noción de la literatura ligada a la sociocrítica, pues se entiende como la manifestación de una visión de mundo anclada en un momento y lugar determinados; es decir, “una práctica social en tanto es el resultado de una serie de selecciones operadas por diversos filtros sociales, económicos y culturales” (Amoretti 1992, 77).

espacios friccionales que permiten poner en diálogo la perspectiva de dos de los escritores centroamericanos más consolidados: Sergio Ramírez y Carlos Cortés. Ellos, desde contextos y estrategias literarias diferentes, proponen sus propias lecturas sobre los modelos y problemáticas que intervienen en su medio de acción, la literatura, y, sobre todo, en una escritura ensayística que, como se explicará, no ha recibido una atención por parte de los estudios literarios sobre la región.

Reflexiones en torno al término “ensayo”

Desde los escritos del renacentista Michel de Montaigne, los textos ensayísticos han poseído un lugar paradigmático en la historiografía literaria, pues, por un lado, constituyen espacios discursivos libres e (i)limitados donde se reflexiona sobre múltiples temas según una determinada época. Sin embargo, por otro lado, no se debe olvidar que dicho género —también llamado subgénero o, incluso, archigénero— no es un tema sencillo para la crítica literaria, ya que han existido diversas perspectivas teóricas que evidencian, sobre todo, su amplia heterogeneidad.

[...] el ensayo: este centauro de los géneros, donde hay de todo y cabe todo, propio hijo caprichoso de una cultura que no puede ya responder al orbe circular y cerrado de los antiguos, sino a la curva abierta, al proceso en marcha al “Etcétera” cantado ya por un poeta contemporáneo preocupado por la filosofía (Reyes 1944, 403).

Así, a través del símbolo del centauro, se subraya la diversidad inherente a la estructura ensayística, donde se presentan reflexiones críticas que responden a contextos complejos que, al igual que el ensayo, están en continua transformación. En este sentido, es necesario subrayar ese valor “contemporáneo”, ya que otros teóricos, como Pedro Aullón de Haro, también destacan que es el gran prototipo moderno del desarrollo occidental, pues muestra “toda una perspectiva histórico-intelectual de nuestro mundo, de Occidente y su cultura de la reflexión especulativa y la reflexión crítica” (Aullón de Haro 2005, 15). Por ende, tal como lo planteó Reyes al afirmar que “hay de todo y cabe todo”, pueden tratar temas que sean juzgados, en un determinado momento, como pertinentes, incluida la literatura misma. Ahora bien estas consideraciones, en lugar de fijar parámetros sobre la escritura ensayística, muestran que el crítico literario debe considerar varios

aspectos que engloban tanto las configuraciones propias de los textos como sus condiciones externas:

En consecuencia, tal como lo planteó Reyes al afirmar que “hay de todo y cabe todo”, el ensayo puede tratar temas que son juzgados, en un determinado momento, como pertinentes, incluida la literatura misma. Ahora bien, estas observaciones, en lugar de fijar parámetros sobre la escritura ensayística, muestran que el crítico literario debe considerar varios aspectos que engloban tanto las configuraciones propias de los textos como sus condiciones externas: [...] el mundo ingresa al ensayo, el ensayo ingresa al mundo, de una manera compleja y apasionante, que obedece a su vez al modo de pensar el mundo propio del ensayista: como dice Adorno, el ensayo es tanto representación con voluntad estética del objeto que trata (y de las ideas y experiencias encarnadas en ese objeto), como objetivación de una experiencia intelectual (Weinberg 2013, 18).

Entonces, la experiencia intelectual representada, ese estilo del pensar y del decir, va a estar intrínsecamente vinculada con las condiciones socioculturales del ensayista. De ahí que, para los fines de este artículo, es fundamental considerar dos rasgos esenciales. Por un lado, el presente del ensayo, como una noción que hace referencia no solo a la situación enunciativa influyente en la toma de posición que da origen al texto, sino también a “la expresión general y universal de la explicación, la predicación sobre el mundo y la interpretación, que se instalan en el ‘eterno’ presente de la proposición y la argumentación” (Weinberg 2013, 60). Por ello, como lo subraya Belén Hernández, el valor de la escritura ensayística no reside en la noticia del instante, sino en la presentación de problemas que caracterizan una época y que se retoman años después (Hernández 2005, 157-158).

Asimismo, dicho presente promueve una participación en el espacio cultural, porque, al entrar en contacto con el lector, establece diálogos con diferentes textos, tradiciones o discursos con los cuales comparte tanto semejanzas como diferencias. Por ello, el “yo” del ensayo encuentra un “tú” y comienza un intercambio a partir de una tercera persona, “ellos”, es decir: “toda conversación, apoyada en un marco de referentes culturales compartidos, implica a la vez traer a presente, reactualizar, reavivar otras discusiones y poner en diálogo otros discursos” (Weinberg 2013, 70).

Por otro lado, como ya se ha sugerido, no hay que olvidar la figura de la persona que escribe el ensayo, pues los rasgos anteriores se unen en una voz que deja constancia de sus reflexiones y puede dialogar o problematizar con

otras, más allá de un mero intercambio de opiniones (Weinberg 2013, 80). Eso sí, es necesario subrayar que el sujeto de carne y hueso cede su voz a una

[...] instancia construida por el texto, pero a la vez constructora de él, que ya no se identifica con el autor vivo aunque hace de él su permanente punto de referencia, en cuanto parte de la convención consiste precisamente en que representa al autor, quien ha delegado en él, de manera abierta y reversible, su representación (Weinberg 2013, 69).

Esta particularidad, retomada de autores como Roland Barthes, demuestra que en el ensayo se instaura una tercera persona ficcional que, eso sí, hace referencia a un ente no ficcional, por lo que el ensayista se desdobra como un autor-actor, complejizando, incluso, la propia noción de una primera persona verbal.

El ensayo centroamericano y la figura del intelectual

En una línea similar a la ya planteada, Edward Said destaca las complejas relaciones entre los textos literarios (en un sentido amplio) y el contexto, y advierte que los primeros presentan una situación discursiva particular que atañe al autor como sujeto social, y a su público: “la planeada interacción entre discurso y recepción, entre verbalidad y textualidad, es la situación del texto, su modo de situarse a sí mismo en el mundo” (Said 2004, 60). Así, se habla de un intelectual localizado, puesto que el lugar de enunciación no solo influye en un determinado texto, sino que, su vez, dialoga con el de los lectores.

Debido a esto, es importante destacar una serie de aspectos sobre el papel del ensayo centroamericano. Por ejemplo, si bien en diversos libros sobre el ensayo latinoamericano, como los de Alfonso Reyes o John Skiriús, se vislumbra el lugar central que ha ocupado en el desarrollo intelectual, lo cierto es que, irónicamente, se le ha asignado un lugar marginal en los estudios literarios (Weinberg 2013, 17). Lo anterior es una situación de la cual no escapa Centroamérica, ya que, aún con una vasta producción ensayística, esta no ha sido estudiada a profundidad.²

2 Sin pretensión exhaustiva, cabe mencionar algunos antecedentes fundamentales de los estudios literarios sobre ensayo centroamericano: *Ensayistas costarricenses* (1971) de Luis Ferrero, *El ensayo en Panamá. Estudio introductorio y antología* (1981) de Ricardo Miró,

En este sentido, Alexandra Ortiz Wallner (2006) señala que, tradicionalmente, las historias literarias de las naciones centroamericanas se han centrado en autores consagrados, como Rubén Darío, lo cual evidencia la carencia de estudios más amplios sobre las literaturas del istmo, incluido el ensayo. Dicha marginación, según Mackenbach (2006), se explica a partir de la caracterización de este como género menor y, sobre todo, al importante papel de las “formas nobles de la literatura” (ej. la poesía), por lo que, así como ocurre con el testimonio y la crónica, se ha invisibilizado su importancia. No obstante, señala que diferentes autores, como el caso de Rodrigo Miró, demuestran su importancia en el campo literario centroamericano y la necesidad de rescatar, por medio de estudios transgenéricos o transnacionales, la escritura ensayística, por ejemplo, dentro de la fundación de las literaturas nacionales, el papel del periodismo y las revistas literarias y el ensayo como práctica literaria exclusiva de la “ciudad letrada”.

Ahora bien, no cabe duda de que estas consideraciones son importantes para el presente análisis. Sobre todo, la relación entre la figura del intelectual y la ciudad letrada remiten a la incidencia de Sergio Ramírez y Carlos Cortés, pues se han convertido en escritores canónicos que, de una forma u otra, representan las tendencias literarias y socioculturales centroamericanas. Incluso, sus textos permiten ver las transformaciones ideológicas regionales, pues han desarrollado modos de organización que dan nuevos sentidos a los productos culturales y, probablemente, al papel de los escritores en las dinámicas sociales.

Sobre este último aspecto, cabe recalcar que, desde los procesos independentistas hasta las últimas décadas del siglo xx, los escritores y políticos latinoamericanos —profesiones que muchas veces se fundían— estuvieron traspasados por un compromiso de responder las preguntas sobre la identidad de sus países y de la región (Ortiz Wallner 2006). No obstante, en las últimas décadas, los primeros, como parte de los cambios en la institución literaria, han dejado de considerarse voces proféticas, sin que eso signifique el abandono de su función como “intérpretes de la cultura”. En otras

Trinchera de ideas. El ensayo en Costa Rica (1900-1930) (1986) de Flora Ovares y Hazel Vargas, *Ensayos de literatura guatemalteca* (1992) de Dante Liano, el dossier publicado por *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales* (n.º 12), *Mujeres ensayistas e intelectualidad de vanguardia en la Costa Rica de la primera mitad del siglo xx* (2011) de Ruth Cubillo, el primer capítulo del libro *El arte de ficcionar: la novela contemporánea en Centroamérica* (2012) de Alexandra Ortiz Wallner, y *Diccionario bibliográfico de ensayistas centroamericanas* (2017), coordinado por Consuelo Meza y Aída Toledo.

palabras, si bien han perdido su máscara de profetas, siguen siendo, desde diversos espacios, claves en la lectura crítica de sus propias comunidades letradas.

De ahí que el ensayo sigue presentándose como un espacio friccional donde no solo se discute sobre diferentes temas, sino que también se proponen nuevas configuraciones para entender las dinámicas centroamericanas. Por ello, son puntos fundamentales que permiten comprender cómo se configuran los discursos ideológicos de una época determinada.

“Seis falsos golpes contra la literatura centroamericana”: una mirada totalizante sobre la cultura centroamericana

En los años sesenta y setenta, debido a la Revolución cubana y otros movimientos ideológicos, surgió un ambiente sociopolítico en el cual la figura del intelectual estaba ineludiblemente vinculada a la política, pues el valor de la literatura estuvo traspasado por la voluntad pragmática de crear un arte revolucionario (Gilman 2003, 29). Lo anterior, unido a la consagración de la literatura latinoamericana en el mercado editorial, provocó que el escritor se visualizara, generalmente, como un intelectual con un papel activo en la transformación social para alimentar y direccionar la energía política (Gilman 2003, 37).

Sin embargo, el devenir sociocultural vino a dismantlar los límites ideológicos, estéticos e históricos de dichos proyectos, puesto que “[l]a institución de un programa común fue imposible y la eufórica cohesión inicial de un bloque de escritores finalizó con la constatación de que eran más sus desacuerdos que sus consensos” (Gilman 2003, 30). Ahora bien, es en este contexto donde surge el ensayo “Seis falsos golpes contra la literatura centroamericana” de Sergio Ramírez, redactado originalmente como parte de un Seminario Centroamericano sobre Arte y Sociedad efectuado en Costa Rica (1975), donde se discutió el papel de las producciones culturales en el desarrollo regional como totalidad, lo cual ya lo coloca como un antecedente importante para comprender la dinámica de ese momento.³

3 No es casualidad que, para ese momento, ya existiera EDUCA (1968-2000), editorial concebida por el propio Ramírez, que desde la literatura dinamizó la idea de región cultural y la redireccionó hacia una perspectiva fluida y conectada de las naciones, las cuales, políticamente, compartían una historia, más bien, de desencuentros.

No obstante, antes de analizar el ensayo, es fundamental destacar los datos sobre su republicación. En 1983, el autor lo incluyó en su libro *Balcanes y volcanes y otros ensayos y trabajos* en el cual se encuentran recogidos textos publicados antes de la Revolución sandinista y otros posteriores. Dicha selección no es gratuita, puesto que, según la nota de la primera edición, mientras los primeros ensayos se incluyen para enriquecer las iniciales exploraciones sobre el desarrollo centroamericano; los segundos pretenden dar respuestas al tema de la cultura y, sobre todo, a la responsabilidad de los intelectuales ante la lucha revolucionaria y los cambios sociales (Ramírez 1983, 9).

Lo anterior remite a dos puntos principales sobre la función del ensayo escogido. Por un lado, no se puede ignorar que Ramírez fue un militante importante del movimiento sandinista y un miembro relevante de la esfera política de su país durante los primeros años que siguieron a la Revolución.⁴ Esto ilustra la imagen del poeta-guerrillero que, durante los setenta y mediados de los ochenta, fue fundamental, pues se dio una simbiosis entre intelectual/escritor y político/jefe de Estado, particularidad defendida por Ramírez al considerarlas como labores compartidas (Mackebach 2007).

Por otro lado, esta estrecha relación remite al importante papel que la literatura tuvo en la conformación de los discursos identitarios centroamericanos como arma primordial de los proyectos ideológicos nacionales a través de la educación y la alfabetización (Mackebach 2007). Así, el libro de Ramírez evidencia, al igual que estudios contemporáneos sobre el ensayo —por ejemplo, el de Luis Ferrero (1971) o el de Rodrigo Miró (1981)—, la importancia que este ha tenido en el ámbito sociopolítico como herramienta divulgadora de los imaginarios sociales imperantes.

Igualmente, el texto que le da nombre al libro (publicado originalmente en 1973), “Balcanes y volcanes. Introducción al proceso cultural centroamericano”, marca un precedente regional importante y es necesario contextualizarlo para comprender las dinámicas en las que se inscribieron tanto este como “Seis falsos golpes...”. En especial, como lo plantea Alexandra Ortiz Wallner (2006), su republicación coincide con un momento clave del

4 Por ejemplo, además de su labor en EDUCA, fue vicepresidente de Nicaragua entre 1985 y 1990. Actualmente, es uno de los escritores centroamericanos más reconocidos y columnista asiduo de *El País*. Incluso, sus contribuciones literarias también se ejemplifican con Centroamérica Cuenta, festival literario y de artes presidido por Ramírez que, por ejemplo, socializa las tendencias artísticas centroamericanas.

proyecto sandinista donde la literatura tiene la capacidad de transformar la sociedad, lo cual está ligado a una política cultural específica. Lo anterior, como bien lo plantea la autora, antes de ser una táctica, convierte al ensayo en una estrategia explícita que decreta una perspectiva totalizante de la región y aspira a refundar un lugar para la literatura centroamericana.

En este marco sociopolítico, “Seis falsos golpes...” inscribe seis falacias, como se denominan en el ensayo, en relación con la literatura regional. Dentro de este aspecto, siguiendo lo expuesto por Ortiz Wallner, este texto está traspasado por una interrogante: ¿cómo se debe escribir en Centroamérica? Lo anterior porque la voz ensayística, al mismo tiempo que va deconstruyendo cada falacia, inscribe “reglas” literarias para luchar, como se lee en el título, contra esos golpes que aquejan a la región. Por ello, se construye una estructura similar a un manifiesto, en el sentido de que se expone un cierto modelo o programa de escritura que, desde la perspectiva de la agenda sociopolítica del momento, debían cumplir los escritores centroamericanos.

En este sentido, cabe destacar el diálogo que establece la voz ensayística con sus lectores, pues, al inicio, busca discutir abiertamente sobre sus propias concepciones acerca de la literatura centroamericana: “Quizás resulte que para algunos tales proposiciones no son del todo falacias y en ese caso quedaría mucho más satisfecho de que mi criterio pueda enfrentar a otros” (Ramírez 1983, 117). Sin embargo, es importante señalar cómo se construye ese “yo” en el ensayo, porque, aunque plantea un diálogo, se presenta como una voz de autoridad con la potestad para señalar el camino adecuado.

Por ejemplo, se representa como partícipe activo de los debates sobre la función de los escritores y artistas: “[...] he tratado de resumir también los temas básicos a los cuales llegan a reducirse al final, lo sé por propia experiencia, los debates de este tipo de reuniones” (Ramírez 1983, 117), y una voz autorial que defiende un punto de vista prescriptivo sobre el papel de las producciones culturales. Lo anterior, en especial, se ejemplifica con la noción de “realidad centroamericana” totalizante que traspasa el texto, pues se concibe como la sustancia primigenia de la producción literaria regional:

Entrañada, visceralmente en mi experiencia vital y en mi vocación, Centroamérica, que es mi realidad, es también esa carne. Y como el escritor debe servirse de sus pasiones, ellas me llevan a identificar a Centroamérica con mi territorio personal, real por terrible y por mítico y viceversa (Ramírez 1983, 119).

Sobre todo, es importante destacar los adjetivos “mítico” y “terrible”, pues nutren no solo las representaciones literarias, sino también las ciencias como la Sociología, en el sentido de que todo texto literario, sociocultural e, incluso, histórico está traspasado por dichas miradas de la realidad centroamericana. En ese sentido, se dicta que tanto el escritor como el sociólogo deben “bucear” en una región que, si se quiere interpretar, requiere de la fantasía (Ramírez 1983, 118).⁵

En este sentido, las cuatro primeras falacias —“La realidad, junto al realismo, está muerta”, “En la novela ha muerto la imaginación”, “La novela ha muerto” y “Como la realidad ha muerto, hay que crear otros lenguajes”— evidencian cómo la función de la literatura y el lenguaje está delimitada por un compromiso con las causas políticas que responden. Así, la primera falacia rescata que la literatura no se construye a través de una aproximación individual o fragmentaria, que

[...] no puede servirse sino de una realidad total. Política, ideología, represiones, heroísmos, masacres, fracasos, traiciones, luchas, frustraciones, esperanza, son aún materia novelable en Latinoamérica y seguirán siéndolo porque la realidad no se agota; el novelista toma el papel del intérprete entre otros muchos que se arroga y quiere hablar en nombre de un inconsciente colectivo. [...] Y en esto, el escritor no puede dejar de cumplir un acto político, porque la realidad es política (Ramírez 1983, 120).

Este pasaje subraya varios aspectos. El primero es la importancia de la narrativa. Lo anterior puede explicarse debido a su consagración como objeto de lectura y cultivo, lo cual tuvo como efecto la creación de un canon literario que incluía textos afines a los procesos sociopolíticos gestados desde los sesenta (Gilman 2003, 325).

En relación con este tema, en la tercera falacia, “La novela ha muerto”, se denuncia que la literatura centroamericana no va a morir, pues, debido a la opresión social y el problema del analfabetismo, no ha tenido un público (Ramírez 1983, 122). Por ende, la figura del escritor/intelectual puede crear un modelo cultural-literario novedoso e imaginativo y: “puede arriesgarse a

5 Esta imagen remite a los imaginarios sesgados sobre Latinoamérica que la han circunscrito como un espacio donde el mito sigue vivo. Por ejemplo, cabe mencionar el realismo mágico y el discurso de aceptación del Premio Nobel de Gabriel García Márquez, donde el colombiano califica la realidad latinoamericana como desaforada y fantástica (García Márquez 2014).

escribir para una espléndida posterioridad” (Ramírez 1983, 123). Así, desde esta ciudad letrada, la literatura no solo es un vehículo del cambio social, sino también fundadora de un nuevo grupo de lectores.

El tercer elemento es la persistencia por mostrar al lenguaje como un espejo fiel de las luchas políticas centroamericanas para dar cuenta de los sucesos históricos tal cual ocurrieron, porque, si se aleja del desarrollo “real” centroamericano, se corre el riesgo de que los hechos históricos pierdan toda su importancia (Ramírez 1983, 124). Igualmente, la imaginación constituye un medio leal a dicha obligación al moldear la realidad y hacerla “literariamente viable” (Ramírez 1983, 125).

Por último, la figura del escritor como un intelectual comprometido con su contexto sociopolítico se refuerza en las últimas falacias: “La literatura no sirve para nada es como si estuviera muerta” y “La literatura que no es de denuncia no sirve para nada, es como si estuviera muerta”. En la primera, se retoma la figura de Rubén Darío para evidenciar que, al contrario de discursos anteriores, el escritor, aunque pertenece a una parcela solitaria, sí tiene un lugar importante en el desarrollo de las sociedades latinoamericanas (Ramírez 1983, 125). En la segunda, termina señalando la inexistencia de una literatura que no tenga una carga política: “En fin, que la literatura realmente contrarrevolucionaria es la mala literatura, como alguien ya lo ha dicho” (Ramírez 1983, 128). Por ello, ve en la literatura un espacio donde la figura del intelectual/escritor y la lucha social son interdependientes para perpetuar un nuevo y único modelo sociocultural.

“Literatura centroamericana del siglo XXI: en los confines de la (des)memoria”: una mirada hacia las literaturas centroamericanas

Mackenbach (2007) señala que, una vez concluidos los movimientos revolucionarios en Centroamérica, la literatura pierde su dominio en el espacio público, dado que deja de ser, generalmente, herramienta para la lucha social. En este sentido, el intelectual prototípico de antaño, quien dictaminaba los modelos culturales a seguir, se desintegra “en una multiplicidad de roles y funciones que no es posible subsumir en un denominador común” (Hopenhayn 2002, 59). Esta heterogeneidad se vuelve evidente con la crisis político-económica enfrentada por muchos países centroamericanos, la cual demostró que la pretensión de unidad era una ficción y que ya

no existe un público que asimile como antes los discursos de tipo general (Gonzales 2013, 89).

Lo anterior origina el “presente” del ensayo de Carlos Cortés, uno de los escritores costarricenses más prolíficos de las últimas décadas. Dentro de este aspecto, cabe mencionar que su obra ensayística se caracteriza por reactualizar el papel de las literaturas en las dinámicas socioculturales centroamericanas sin leerlas desde las coordenadas de un proyecto o movimiento político, puesto que no parece tener una directa afiliación con una esfera ideológica dominante.⁶

Ahora bien, así como en el ensayo de Ramírez, “Literatura centroamericana del siglo XXI: en los confines de la (des)memoria”, antes de pertenecer a un libro, tuvo originalmente otro lugar de publicación: la revista literaria salvadoreña *Cultura*. Este tipo de medios de comunicación han tenido un papel importante en el desarrollo intelectual latinoamericano, pues, al ser textos “colectivos”, fueron uno de los espacios de publicación que permitieron que la escritura ensayística se difundiera (Skirius 2004, 13) y entrevén los proyectos políticos-culturales de un período (Beigel 2003, 106).

Debido a esto, cabe examinar el proyecto cultural inscrito en el número donde se publicó “Literatura centroamericana del siglo XXI...”. Si bien es una publicación del Gobierno salvadoreño, incluye artículos de escritores de toda Centroamérica y se enfoca en presentar temáticas y dinámicas regionales, concebidas como una preocupación fundamental de los estudios culturales centroamericanos, ya que es necesario, como se plantea en su editorial, aceptar las diferencias y semejanzas:

El reto que nos hemos impuesto en estos tiempos de fragmentación y polarización de la nación salvadoreña (rasgos que comparten los demás países de la región) es proporcionar un espacio de unión: ayudar desde estas páginas a promover la unidad en la diferencia, la cohesión social a partir del respeto a los otros, borrar las fronteras mentales, abrirnos al diálogo, propiciar el enriquecimiento humano a través del conocimiento y del entendimiento de las singularidades de los otros (Barraza *et al.* 2013, 5).

6 Además de su carrera como diplomático, cabe mencionar que este escritor ha estado vinculado con el Grupo Nación, uno de los conglomerados periodísticos y editoriales más influyentes de Costa Rica. Desde allí, gracias a la publicación de diversos textos, Cortés construyó gran parte de su autoridad como figura cultural.

Así, muestra diferencias sustanciales con la perspectiva sociohistórica de “Seis falsos golpes...”. Si bien el objetivo de la revista es propiciar un proyecto cultural centroamericano, sus intenciones subvierten aquella imagen unidimensional de Centroamérica y, por ende, la función de la literatura contemporánea abandona las ataduras políticas y las pretensiones de edificar un modelo literario específico.

Ahora bien, estos elementos dialógicos traspasan el libro donde se república el ensayo, *La tradición del presente. El fin de la literatura universal y la narrativa latinoamericana* (2015). En su portada, se observa un traje militar colgado de un gancho, lo cual puede interpretarse como un símbolo de los cambios que ha sufrido la figura del escritor y cómo los viejos modelos literarios resultan obsoletos para comprender las dinámicas contemporáneas. Por ello, como dice el título del libro y lo ha expuesto Jorge Volpi (2004) —quien, curiosamente, redacta el prólogo de este libro—, remite a una nueva visión donde la imagen de la literatura “en singular” es inoperante y, en cambio, se diluye en espacios heterogéneos y cambiantes.

En el caso de Centroamérica, desde las primeras líneas la voz ensayística sustituye la imagen de “Seis falsos golpes...” por una fragmentaria y dinámica. En este sentido, utiliza un intertexto de Ramírez: “Centroamérica es una angosta hamaca de contrastes y contradicciones, ‘de volcanes y balcanes’ como la llamó el escritor nicaragüense Sergio Ramírez” (Cortés 2015, 103) para reinterpretar el desarrollo literario a partir de una estrategia que, en lugar de una suerte de manifiesto, se nutre de las riquezas centroamericanas a través de la mención de diversos autores.

En este sentido, en contraposición con “Seis falsos golpes...”, se indaga, por ejemplo, sobre las causas de cambios importantes en el desarrollo literario en las últimas décadas del siglo pasado y se propone que, luego de los conflictos civiles, la región se vio despojada de su memoria, en el sentido de que los lazos de identidad cultural entre países desaparecieron. Lo anterior provocó un extrañamiento hacia la tradición propia y una suerte de *tabula rasa*: “partir de cero, comenzar siempre otra vez, dar vueltas alrededor de las mismas interrogantes sin respuesta” (Cortés 2015, 103).

Por ende, se observan variaciones entre el “presente” de Ramírez y el de Cortés, pues se pasa de un contexto donde la tradición juega un papel fundamental a múltiples dinámicas donde se abren perspectivas identitarias y literarias nuevas. De ahí que se retoman los procesos de “Seis falsos golpes...” no como el único modelo literario viable, sino como parte de las diferentes perspectivas del desarrollo centroamericano.

Posteriormente, evidencia la estructura abierta del ensayo, dado que, por medio de un intertexto del escritor guatemalteco Rodrigo Rey Rosa, introduce tres preguntas vitales: “¿existe Centroamérica en tanto unidad cultural?, ¿qué es literatura centroamericana?, ¿realmente existe?” (Cortés 2015, 105). Su importancia reside en que dichas interrogantes dudan de cualquier discurso genérico, sobre todo, después de reflexionar cómo los desenlaces de los conflictos políticos llevaron a la desintegración del escritor como voz profética:

Hay una verdad en esta pequeña y gran provocación porque, a pesar de algunos vasos comunicantes entre sí, las diferencias entre estos autores son mucho mayores que sus coincidencias y cada uno ha construido un territorio propio, como se pone de manifiesto en la obra extraña y personal de Rey Rosa y en la de Castellanos Moya [...] (Cortés 2013, 105).

Así, se enumeran varios de estos territorios personales —Méndez Vides, Jacinta Escudos, Tatiana Lobo o Juan David Morgan, por ejemplo—, los cuales evidencian la riqueza literaria en términos genéricos y temáticos. De ahí que, en contraposición con “Seis falsos golpes”, se encuentra una intención clara por evidenciar la heterogeneidad centroamericana y cuestionar aquellos imaginarios unidimensionales que se han naturalizado en la región.

Ahora bien, ¿cómo se inserta la figura de Cortés, ese “yo”, dentro de estas dinámicas? Pues bien, a diferencia de Ramírez, el tono del ensayo de Carlos Cortés es impersonal, dado que no se encuentran marcas que lo ubiquen, dentro de este contexto, como una voz diferente a las demás. En este sentido, cabe destacar que las únicas referencias explícitas al autor son dos menciones de sus obras, una en la tendencia a la estética de la violencia o reescritura de géneros de novela negra (Cortés 2015, 115), y otra dentro de los textos que deconstruyen el discurso histórico oficial (Cortés 2015, 116). Es decir, la figura autorial no es una excepción, sino partícipe de las múltiples perspectivas.

De ahí que cabe examinar un elemento calificado como intrínseco de las literaturas centroamericanas contemporáneas, la “mirada oblicua” (referencia a José Saramago) o “de soslayo, al traves [*sic*], que observa los objetivos de costado, sin ángulos rectos, y que permite acercarse a la que no puede contemplarse abiertamente” (Cortés 2015, 111). Aquí, se rompe con la mirada totalizadora y uno de los ejemplos que permite comprender esa

mirada oblicua es la propia producción de Ramírez, pues en esta se observa cómo, con el paso del tiempo, las pretensiones de un proyecto ideológico totalizante se pulverizaron y se instala un orden caótico propio del desarrollo sociocultural centroamericano (Cortés 2015, 106).

Finalmente, dichas reflexiones no conducen, como sí en “Seis falsos golpes...”, a plantear como mejores ciertos modelos con base en su valor político. Al contrario, contempla la heterogeneidad regional como un aspecto vital:

La literatura centroamericana contemporánea proporciona una perspectiva desde la cual poder vislumbrar un conjunto de obras y autores pertenecientes a un espacio cultural propio. Eso es lo más relevante y a la vez lo más simple [...] ofrece una perspectiva de Centroamérica como un proceso identitario plural y complejo, muy alejado de la imagen estereotipada y unidimensional y maniquea que se exportó en el pasado (Cortés 2015, 119).

Este pasaje, que marca el final del ensayo, establece una conexión más clara entre los dos textos analizados. Sobre todo, evidencia cómo los discursos contemporáneos han escapado, desde la perspectiva de Cortés, o han colgado las viejas consignas políticas, puesto que la voz ensayista aboga por un proyecto cultural que busca unión en la diferencia.

Conclusiones

Las reflexiones propuestas invitan a establecer ciertos puntos críticos en relación con el género ensayístico y las temáticas abordadas. En primer lugar, ambos centauros son ejemplos de una escritura que, a través de diferentes estructuras, voces y lazos temporales, busca ensayar respuestas a circunstancias que constituyen aspectos vitales del desarrollo sociocultural centroamericano. En este caso, desde un ensayo con tintes de manifiesto (Ramírez) y otro traspasado por una apertura crítica (Cortés), las propuestas en torno a la función de la literatura muestran la inminente e incesante necesidad de cuestionar, de forma continua, el papel de este producto cultural dentro del espacio público nacional y regional.

Por ello, en segundo lugar, ambos textos evidencian la importancia de tomar en cuenta el contexto en el cual se construyen dichas meditaciones para comprender las dinámicas que se inscriben dentro de la escritura ensayística. En este sentido, los disímiles “presentes” de Ramírez y Cortés

subrayan cómo los modelos centroamericanos, en un sentido amplio, deben ser (re)examinados sincrónica y diacrónicamente desde una apertura crítica que subvierta y entable nuevas discusiones sobre la historiografía literaria regional, donde, por ejemplo, el ensayo juegue un papel destacado.

Por último, los cambios ocurridos en relación con el compromiso político y la escritura evidencian dos perspectivas textuales que enriquecen las reflexiones en torno al papel del ensayo y que muestran los necesarios diálogos a entablar con y entre otros textos ensayísticos centroamericanos. Lo anterior debido a que constituyen discursos críticos que, por medio de la interpelación a sus lectores y la reinterpretación literaria, por ejemplo, muestran las tensiones y los cambios que se han venido gestando en esta compleja, dinámica y vibrante Centroamérica.

Bibliografía

- AMORETTI, María. 1992. *Diccionario de términos asociados en teoría literaria*. San José: Universidad de Costa Rica.
- AULLÓN DE HARO, Pedro. 2005. "El género ensayo, los géneros ensayísticos y el sistema de géneros". *El ensayo como género literario*, editado por Vicente Cervera, Belén Hernández y María Dolores Adsuar, 13-23. Murcia: Universidad de Murcia.
- BARRAZA, Mayra, Róger LINDO, y Manuel VELASCO. 2013. "Editorial. Borrando Fronteras". *Revista Cultura* 109: 5-7. <https://revistaculturav.files.wordpress.com/2013/06/pdf-de-revista-cultura-109.pdf> [17/11/2023].
- BEIGEL, Fernanda. 2003. "Las revistas latinoamericanas como documentos de la historia latinoamericana". *Utopía y Praxis Latinoamericana* 20(8): 105-115.
- CORTÉS, Carlos. 2015. *La tradición del presente. El fin de la literatura universal y la narrativa latinoamericana*. Miami: La Perea.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. 2014. "La soledad de América Latina". *Cuadernos Americanos* 2(148): 209-214.
- GILMAN, Claudia. 2003. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- GONZALES, Osmar. 2013. "El intelectual latinoamericano: ¿continentalismo con sociedades fragmentadas?". *Revista Nueva Sociedad* 245: 87-98. http://nuso.org/media/articulos/downloads/3942_1.pdf [17/11/2023].
- HERNÁNDEZ, Belén. 2005. "El ensayo como ficción y pensamiento". *El ensayo como género literario*, editado por Vicente Cervera, Belén Hernández y María Dolores Adsuar, 143-178. Murcia: Universidad de Murcia.
- HOPENHAYN, Martín. 2002. "Los tantos lugares del intelectual latinoamericano". *Nómadas* 17: 58-68. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105117951006> [17/11/2023].
- MACKENBACH, Werner. 2006. "El ensayo en Centroamérica: ¿(sub)género y/o contribución al estudio de las culturas y literaturas centroamericanas?". *Istmo. Revista Virtual*

- de Estudios Literarios y Culturales Centroamericanos* 12. <http://istmo.denison.edu/n12/articulos/ensayo.html> [17/11/2023].
- . 2007. “Entre política, historia y ficción. Tendencias en la narrativa centroamericana a finales del siglo xx”. *Istmo. Revista Virtual de Estudios Literarios y Culturales Centroamericanos* 15. <http://istmo.denison.edu/n15/articulos/mackenbach.html> [17/11/2023].
- ORTIZ WALLNER, Alexandra. 2006. “Ensayar una historia cultural de Centroamérica”. *Istmo. Revista Virtual de Estudios Literarios y Culturales Centroamericanos* 12. <http://istmo.denison.edu/n12/articulos/ensayar.html> [17/11/2023].
- RAMÍREZ, Sergio. 1983. *Balcanes y volcanes y otros ensayos y trabajos*. Managua: Nueva Nicaragua.
- REYES, Alfonso. 1944. *Obras completas de Alfonso Reyes*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- SAID, Edward. 2004. *El mundo, el texto y el crítico. Ensayos selectos*. Barcelona: Debate/Random House Mondadori.
- SKIRIUS, John. 2004. *El ensayo hispanoamericano del siglo xx*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- VOLPI, Jorge. 2004. “El fin de la narrativa latinoamericana”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 59: 33-42.
- WEINBERG, Liliana. 2013. *Situación del ensayo*. Heredia: Universidad Nacional.

“Rebelión visual o barbarie neoliberal”. La gráfica del movimiento universitario en los albores del bicentenario (Costa Rica, 2019)¹

Sergio Villena Fiengo

Escuela de Sociología, Universidad de Costa Rica

[...] si hay un problema de la “juventud” en la sociedad moderna, es que la juventud siente con mayor intensidad la crisis profunda de dicha sociedad.

De la miseria en la vida estudiantil (1966)

Association fédérative générale des étudiants de Strasbourg

En las últimas décadas, la manifestación pública del descontento se ha convertido en algo cotidiano a nivel mundial. Los actores que la protagonizan son tan diversos como los motivos que los movilizan, si bien a nivel macroestructural mucho del malestar social responde a una crisis civilizatoria. Se protesta contra el incremento de la desigualdad social, la precarización laboral, el deterioro ambiental, las persistentes violaciones a los derechos humanos, entre otros asuntos, asociados al desmontaje del Estado social de derecho por la implantación autoritaria del modelo neoliberal.²

La juventud —sobre todo los estudiantes— es la que quizá, como apunta el epígrafe, “siente con mayor intensidad la crisis profunda de dicha sociedad” (AFGES 2018, 50). Un nuevo protagonismo juvenil emerge precisamente cuando algunos analistas y activistas caracterizan con sesgo adulto-céntrico a los jóvenes —en particular a la generación “millennial”— como

1 Artículo escrito en el marco del proyecto de Extensión Cultural, “Gráfica de protesta. Memoria visual del movimiento estudiantil costarricense” (código VAS EC-536, Escuela de Sociología, Universidad de Costa Rica), coordinado por Sergio Villena, con participación de Marialina Villegas (investigadora asociada) y Hawi Castañeda, Victoria Campos, Mar Castro, Sthefanny Jara y Rodolfo Trejos (asistentes). Ver: <https://graficadeprotesta.wordpress.com/el-proyecto/>.

2 Una aproximación a casos latinoamericanos en Bojórquez y Ángeles (2021).

apáticos, desencantados e indiferentes ante la cosa pública. La juventud hoy se rebela y moviliza de múltiples y novedosas maneras contra gobiernos y actores retrógrados que imponen medidas que —material o simbólicamente— embargan su futuro, directa o indirectamente: privatización de los servicios públicos, transformaciones en los mercados laborales, deterioro de los sistemas de seguridad social, políticas extractivas depredadoras, entre otros.³

Ocupando el espacio público y labrando zonas intersticiales para la libertad de creación y expresión, las protestas juveniles ejercen la memoria y el deber de denuncia, rasgando el manto de abatimiento y silencio que cubre la sociedad civil. Para transmitir su llamado, promover su causa, movilizar a sus adherentes, atraer la simpatía de los públicos y denunciar a sus contrincantes, “levantan la lengua” y se alían con las artes, plasmando en formas sensibles su indignación ante tanto horror, injusticia, dolor y otras pasiones tristes que oscurecen el tiempo presente, a las cuales contraponen pasiones alegres que espolean ilusiones y esperanzas. Así, “[l]a manifestación es, en esencia, un acto público y masivo, y una ocasión inmejorable para la producción de gráfica popular” (Clemente 2012b). Los gestos, consignas y coreografías de la protesta “trabajan el grito” (Didi-Huberman 2018), articulando dialécticamente y performativamente conceptos, emociones/sentimientos y formas sensibles, explicitando el desacuerdo y produciendo un “nuevo reparto de lo sensible”, generador de “mutaciones en el paisaje de lo visible, de lo decible y de lo pensable, transformaciones en el mundo de lo posible” (Rancière 2010, 9).

Este artículo estudia un caso de movilización contra el neoliberalismo. Se trata de la irrupción del movimiento estudiantil costarricense en la discusión pública sobre las consecuencias de la aplicación de políticas de ajuste en Costa Rica, mediante un análisis del archivo de la gráfica contenida plasmada durante las protestas del año 2019.⁴ Esas imágenes-textos condensan los malestares sociales que atraviesan la sociedad costarricense

3 Reguillo (2017) analiza varias acciones colectivas y conectivas juveniles a nivel internacional. Con base en el informe *World Protest 2006-2013*, la autora destaca cuatro grupos de causas movilizadoras: a) justicia económica, b) problemas de representación, c) justicia global y, d) derechos humanos, libertad y derecho a “lo común”.

4 El proyecto “Gráfica de protesta” (ver nota 1) ha construido un archivo digital de la gráfica estudiantil, procesando más de 1500 fotografías, obtenidas de fuentes colectivas e individuales, segmentadas en aproximadamente 5100 registros, clasificados por emplazamiento, temas y formatos, entre otras variables. Sobre la importancia del archivo y su dimensión contenciosa, ver Foucault (2013).

en una coyuntura que intensifica la conflictividad social provocada por políticas que buscan endulzar la profundización del modelo neoliberal con las celebraciones del bicentenario de la independencia nacional.⁵

La mencionada movilización estudiantil, que se nutre de la tradición costarricense e internacional, destacando las movilizaciones contra ALCOA (Costa Rica, 1971) y la reforma de Córdoba (Argentina, 1918), fueron detonadas por las intenciones del gobierno —con amplio respaldo de la Asamblea Legislativa y otros actores officiosos— de recortar el presupuesto universitario y violentar la autonomía universitaria. Sin embargo, desbordan esa coyuntura y devienen síntomas de un malestar epocal que trasciende las fronteras nacionales y guarda afinidad con las acciones colectivas con amplia participación estudiantil ocurridas en la región latinoamericana, como la “insurrección cívica” en Nicaragua 2018, el “estallido social” chileno en 2019, y el “paro nacional” colombiano de 2019 y 2020.⁶



Imagen 1. Manifiesto liminal, Córdoba 1918. Sede de Occidente, UCR.
Fuente: Archivo personal de Néstor Madrigal.

- 5 Sobre la protesta durante el gobierno de Carlos Alvarado, revisar los informes del *Observatorio de la Política Nacional* (OPNA, <https://www.opna.ucr.ac.cr/index.php/es/>) y del proyecto *Protestas* del IIS (<https://www.protestas.iis.ucr.ac.cr>), Universidad de Costa Rica.
- 6 Existe abundante bibliografía sobre esas movilizaciones. Un abordaje de los casos chileno y colombiano, desde la perspectiva del arte público, en Venegas y Fugeratti (2021); sobre Chile, consultar Sebastián (2021) y Molina (2020), entre otros.

El “Gobierno del bicentenario”

“¡Universidad, siempre estamos en la lucha!”
Movimiento estudiantil costarricense

En mayo de 2018, Carlos Alvarado Quesada (Partido Acción Ciudadana, PAC) asume la presidencia de la República de Costa Rica, electo en una segunda ronda caracterizada por una agria pugna contra un rival de tendencia evangélica, centrada en cuestiones de derechos sexuales y reproductivos, más que en modelo de acumulación y la cuestión social. El nuevo y, hasta ahora, más joven presidente, se presentó ante la ciudadanía como un político “progresista” y declaró a su administración como el “Gobierno del bicentenario”.⁷ Sin embargo, formó un “gobierno de unidad nacional” con sectores políticos y empresariales conservadores y asumió un carácter “neoliberal progresista”,⁸ implementando medidas de choque que profundizó durante la pandemia, provocando consecuencias negativas en las condiciones de vida de sectores sociales vulnerables.⁹

En particular, la regresiva “Ley de fortalecimiento de las finanzas públicas” concentra la carga impositiva sobre los asalariados y los consumidores, más que en el sector empresarial. También pretende reducir “el gasto público” destinado a las políticas sociales redistributivas a las cuales Costa Rica debe su relativo bienestar social y prestigio internacional. Esa reforma fue aprobada en noviembre de 2018 por la Asamblea Legislativa con mayoría opositora, pese a la fuerte resistencia social —las universidades públicas estuvieron oficialmente ausentes por decisión de sus autoridades—, en la cual destaca una prolongada y a la postre infructuosa huelga del magisterio.

Las negociaciones por el presupuesto universitario (Fondo Especial para la Educación Superior, FEES) de 2020 ocurren en ese contexto, agravado por un intenso ataque contra las instituciones y el personal de las universidades, acusados de “privilegiados” que pretenden ser una “república independiente”. Los ataques provienen del gobierno, de la Asamblea Legislativa, de medios de comunicación masiva y de organizaciones

7 Una crítica extensa del gobierno de Alvarado en Molina y Díaz (2021).

8 “Neoliberalismo progresista” es una categoría propuesta por Fraser (2017a y 2017b). Zibechi (2108) la ha aplicado a algunos gobiernos latinoamericanos.

9 Sobre el deterioro de las condiciones laborales y las desigualdades entre géneros (2018-2022), ver Román y Morales (2022).

empresariales, encontrando algunos ecos en la propia institución universitaria, crecientemente neoliberalizada.¹⁰

En julio de 2019, gobierno y rectores firman un acuerdo que parece satisfactorio para las partes: el monto del FEES sería igual al del año anterior (ya “recortado”), “congelamiento” que se considera un aporte de las universidades a paliar el déficit fiscal, originado sobre todo en la deuda pública interna y externa. Sin embargo, pronto el gobierno realizará una movida y decidirá aplicar la regla fiscal a las instituciones de Educación Superior. En respuesta, las autoridades universitarias inician acciones legales ante la sala Constitucional.¹¹ El movimiento estudiantil optará por la protesta.



Imagen 2. Gobierno del hambre (con logo del “Gobierno del bicentenario”). Facultad de Ciencias Sociales, UCR. Fuente: Archivo personal de Sergio Villena.

10 La bibliografía internacional sobre el impacto y la penetración del neoliberalismo en las universidades públicas es amplia. Una aproximación general en De Sousa Santos (2007); sobre el caso costarricense, Caamaño (2020).

11 En enero de 2019, el Consejo Nacional de Rectores (CONARE) presentó un recurso de amparo contra la reducción del FEES de 2019 aplicada por la Asamblea Legislativa; dos años y siete meses después, en agosto de 2022, la Sala Cuarta declaró inconstitucional ese recorte. Ver “Sala Constitucional declara como inconstitucional rebajas al FEES del 2019”, por Sofía Sánchez Ramírez, Semanario Universidad, 3.8.2022, <https://semanariouniversidad.com/universitarias/sala-constitucional-declara-como-inconstitucional-rebajas-al-fees-del-2019/> [18/08/22].

Renace la potencia “chancletuda”

El movimiento estudiantil universitario “revive” en ese contexto de negociaciones fallidas, no exento de tensiones entre universidades y cuestionamientos internos en algunas Casas de Estudio. El 16 de octubre de 2019, inicia en la Sede del Pacífico de la Universidad de Costa Rica (UCR, Puntarenas) una protesta por mayores recursos; el mismo día, estudiantes de la Universidad Nacional (UNA) intentan tomar la Rectoría y son reprimidos por la fuerza pública, convocada por el rector, exdiputado del partido en gobierno. La indignación hace estallar protestas en varias unidades académicas de la UCR, exigiendo al gobierno cumplir la Constitución, asignar el presupuesto requerido y respetar la autonomía, a la vez que cuestionando a las autoridades universitarias su tibieza al momento de negociar el FEES, defender la Educación Superior y atender las necesidades de sedes y recintos regionales.¹²

El estudiantado expresó sus malestares y anhelos mediante un repertorio de acciones que históricamente ha formado parte de su lucha: la ocupación (“toma”) y la intervención gráfica (“rayado”) de instalaciones universitarias, además de manifestaciones en la vía pública. El movimiento comenzó espontáneamente y con la participación de diversas asociaciones de estudiantes, pero cuestionó a las instancias estudiantiles de mayor nivel (federaciones), así como a las organizaciones partidarias. En el camino, conformó el Frente Autónomo Interuniversitario (FAI), un grupo “informal” que asumió la coordinación del movimiento y negoció con las autoridades universitarias, las cuales, sin embargo, cuestionaron su legitimidad.

Pese a ser “nativos” del mundo digital, los y las estudiantes operaron territorialmente, desde un locus físico de enunciación y no en el espacio virtual. El uso de dispositivos móviles y redes sociales se concentró en la coordinación logística (WhatsApp); sus posts en FB e IG fueron institucionales e informativos, difundiendo comunicados y denunciando acciones represivas (en la UNA y en la zona de Derecho de la UCR). El tono de esos posts, serio y formal, contrasta notablemente con el tono espontáneo, festivo, furioso, irónico e irreverente, imperante en los rayados. La acción conectiva se limitó al uso de hashtag y al *streaming* de eventos “oficiales”:

12 Una cronología de las tomas en: <https://graficadeprotesta.wordpress.com/2021/10/12/video-cronologia-de-las-tomas/> [17/11/2023].

una conferencia de prensa convocada por el FAI no cubierta por los medios comerciales y la gran marcha universitaria del 22 de octubre.¹³

Con base en entrevistas realizadas a estudiantes participantes en la toma de la Facultad de Ciencias Sociales (FCS), se pueden plantear dos conjeturas sobre el limitado accionar conectivo. Por un lado, por razones de seguridad, acordaron no difundir imágenes comprometedoras (aunque existieron filtraciones en perfiles individuales) para las personas “transgresoras” involucradas. Por otro, en rechazo a una arquitectura *mallesca*, inhóspita, había en el estudiantado “hambre de piel”, necesidad de contacto físico y vivencia comunitaria “encarnada”. Es decir, aún antes de la pandemia, el movimiento protagonizó una protesta latente —o al menos un distanciamiento— contra la virtualidad.

La comunidad estudiantil territorializada, asamblearia, política y afectiva, fue posible por la doble “toma” y transgresión: por un lado, la ocupación a contrapelo del espacio institucional (y en parte del espacio público); por otro, la toma “salvaje” de la palabra-imagen (Barthes 2017). El emplazamiento en campo vedado y la enunciación gráfica del malestar constituyeron lo fundamental del repertorio de una rebelión espontánea, pero, sin duda, anhelada por el movimiento estudiantil universitario, que había caído en una especie de letargo, en parte por el mandato institucional de “no movilizarse”, “no tomar” y “no rayar”. La movilización fue concebida como un acontecimiento histórico, como un renacer de la potencia estudiantil, como un “revivir de la *chanclétude*”.¹⁴

“Chanclétudo y chanclétuda” son, en su origen, epítetos denigratorios utilizados por sectores adversos a la universidad pública; denotan caricaturescamente el que suponen estilo universitario de vestir (calza “chancletas”), pero connotan despectivamente un “estilo licencioso, despreocupado

13 Sobre la acción conectiva y las redes como espacios de inscripción y diseminación de la protesta contemporánea, ver Reguillo (2017) y Castells (2015); ver Carle (2019) sobre la “primavera árabe”; Ross (2018) estudia el espacio social de la protesta durante la Comuna de 1871; Fillieule y Tartakowsky (2015) tratan la calle como lugar de la manifestación.

14 Política del lugar, enunciación del desacuerdo y política de identidad son elementos claves de todo movimiento de protesta. Sobre el uso táctico del espacio por los subalternos, ver De Certeau (1995, 1996); sobre la “toma de la palabra” como acto de subjetivación y participación política ver Rancière, Barthes, De Certeau, Spivak y Reguillo. La importancia de la autorrepresentación, como rechazo del lugar social asignado por los poderosos, en Reguillo (2017).

e irresponsable” de vida. “Chancletudo/a” tiene también connotaciones políticas, pues —al igual que “malcriado/a” o “vandálico/a”— se usa para condenar moralmente las actitudes y acciones “revoltosas” de los y las estudiantes, las cuales descalifican y ridiculizan atribuyéndolas a la inmadurez, vagancia e irresponsabilidad, negando así su contenido crítico, compromiso social y potencial político.

Como ocurre con ciertos términos-estigma, “chancletudo/a” ha sido asumido positivamente por parte del estudiantado movilizadado que —irónico y contestario— se reivindica como tal. Con ese gesto, que subvierte el signo negativo asignado a “chancletudo” por aquellos que ostentan el poder de nominación, el movimiento establece una emblemática y desafiante autodescripción identitaria que opera, parafraseando a Reguillo, “como condensación de un “nosotros” en la construcción de una narrativa emancipatoria” (2017: 103).¹⁵

Rebelión visual o barbarie neoliberal

Si bien la movilización detonó por cuestiones redistributivas, relativas al presupuesto estatal para las universidades públicas, la protesta plantea un dilema entre “rebelión visual o barbarie neoliberal” y cuestiona la celebración oficial del bicentenario de la independencia de Costa Rica del imperio español (14 de septiembre de 1821). La movilización puede interpretarse como un “sismógrafo” social, que pone en escena las voces subalternas y las pasiones alegres “contra el modelo neoliberal” y el “bicentenario de mierda”. La *chanclétudez* combativa y gozosa, manifiesta un desacuerdo con el *statu quo*, tomando posición crítica a la vez que esperanzadora frente a la oscuridad del presente, marcada por el signo neoliberal y los festejos oficiales por el bicentenario.

15 Entre las pintas aparecen otras autodenominaciones que apelan positivamente a adjetivos usualmente denigrantes, como “Somos la juventud salvaje”. Una breve historia del término “Chancletudo” por Iván Molina en “El primer chancletudo” (2020). El estilo chancletudo guarda correspondencia con la vida estudiantil universitaria general, defendida apasionadamente en los años sesenta por la AFGES (2018) y, más recientemente, por Agamben (2017 y 2020).



Imagen 3. Revivió la chanclitud. ¹⁶ Facultad de Ciencias Sociales, UCR.
Fuente: Archivo personal de Sergio Villena.

Las intervenciones gráficas, masivas como nunca, trataron diversidad de temáticas, utilizaron varias técnicas, materiales y soportes en su factura (grafiti, mural, stencil, empapelado, etc.) y fueron emplazadas en distintos soportes (muros, ventanas, puertas, escaleras, pancartas, mantas y otros), en su mayoría, en el edificio “nuevo” de la Facultad de Ciencias Sociales (San José, UCR) y, en menor cantidad, en la Sede de Occidente (San Ramón, UCR), en la Universidad Nacional (UNA, Heredia) y otras unidades académicas. Con pocas excepciones, las intervenciones fueron borradas por instrucción de las altas autoridades universitarias a inicios de 2020, pese a que en algunas unidades (como la FCS y la Sede Occidente) habían iniciado negociaciones para conservarlas al menos en parte.

¹⁶ Ver videoclip “Revive la chanclitud” en: <https://graficadeprotesta.wordpress.com/2021/11/09/video-6-revive-la-chanclitud-la-importancia-de-los-movimientos-estudiantiles/> [17/11/2023].



Imagen 4. Rebelión visual o barbarie neoliberal. Facultad de Ciencias Sociales, UCR. Fuente: Comisión Comunicación, FAI.

Mediante la gráfica, las “comunidades universitarias”, que operan de manera asamblearia y están intercomunicadas entre sí, construyen una suerte de “esfera pública plebeya” que resiste los mandatos neoliberales contenidos en las políticas gubernamentales y en los condicionamientos de los organismos internacionales, pero también en las resonancias neoliberales dentro de las propias universidades públicas.¹⁷ La protesta estudiantil, poética y pictórica, es un grito de indignación contra los tiempos oscuros del neoliberalismo y las pasiones tristes que ese “estilo de desarrollo” globalizado e inhumano impone —con la complicidad gubernamental— sobre la sociedad costarricense, en particular sobre las poblaciones más vulnerabilizadas, en cuenta la población estudiantil.¹⁸

17 Según Castells, los movimientos sociales recurren a la “toma” de edificios y espacios públicos para labrar un lugar simbólico donde establecer una comunidad libre y una comunicación autónoma (2015, 31-32). Siguiendo a Habermas (1999), denominé “esfera pública plebeya” a esos territorios de la protesta, sobre cuya dimensión asamblearia y corporal ha reflexionado Butler (2017). La esfera pública plebeya estudiantil es, a la vez, “rabiosa” y “festiva”, lúdica y carnavalesca, según la definición clásica de carnaval de Bajtin (1995).

18 En el Mayo francés del 68, referencia imprescindible sobre la toma de la palabra estudiantil, Barthes identifica tres categorías de habla (“salvaje”, “misionera” y “funcionalista”) y señala: “Parece, retrospectivamente, que el estudiante era un ser frustrado en términos del habla; frustrado, pero no privado: por su origen de clase, por una vaga práctica cultural, el estudiante dispone del lenguaje; el lenguaje no le es desconocido, él no le tiene (o ya no le tiene) miedo; el problema era tomar el poder, el uso activo, del lenguaje. Además, por una paradoja que no es más que aparente, en el mismo momento en el que el habla estudiantil lleva a cabo una reivindicación solo en nombre de los contenidos, ésta



Imagen 5. El malestar en el neoliberalismo.¹⁹ Universidad Nacional.
Fuente: Archivo personal Murillo y Navarro.

La protesta puso en escena los malestares y las aspiraciones de la población estudiantil movilizada, recurriendo a un amplio y variado repertorio expresivo, que comprende gestos, palabras, símbolos e imágenes. Es un grito y un puño en alto, un par de manos ejecutando “la mala seña” y un dedo índice acusatorio, pero también manos abiertas, que marcan distancia frente a sus adversarios y convocan a la unidad colectiva, con el fin de confrontar el presente y vislumbrar un futuro más promisorio. Es, asimismo, un estallido de color que evoca la alegría de la vida para conjurar el gris de una arquitectura neoliberal de factura “mallesca” que se enseñorea aceleradamente de los recintos universitarios.²⁰ Es una protesta plena de contemporaneidad. Con un “¡No!” y un “¡Basta!”, aparta la mirada de las cegadoras luces del marketing neoliberal (incluidos los reflectores del

de hecho tenía un aspecto profundamente lúdico; el estudiante ha empezado a manejar el habla como una actividad, un trabajo libre, y no, a pesar de las apariencias, como un simple instrumento” (2017, 241).

19 La serie de rayados contra el neoliberalismo puede verse en: [https://graficadeprotesta.wordpress.com/2021/11/09/video-3-el-neoliberalismo-representado-en-los-rayados/\[17/11/2023\]](https://graficadeprotesta.wordpress.com/2021/11/09/video-3-el-neoliberalismo-representado-en-los-rayados/[17/11/2023]).

20 Sobre la “modernización” de la infraestructura en la UCR y algunas consecuencias, ver Caamaño *et al.* (2021).

“bicentenario” y la “modernización universitaria”), para develar su lado oscuro (las pasiones tristes, el desmontaje del estado social de derecho, el gris del cemento) y abrir una rendija de esperanza (las pasiones alegres, una sociabilidad solidaria, los colores de la vida). Pero la potencia chancletuda no protagoniza una rebelión abstracta contra el sistema neoliberal; es una protesta “situada”, que consigna problemáticas específicas y señala —con nombre y apellido— a los “agentes” locales de la “barbarie neoliberal” en Costa Rica.

Cahier de doléances

La gráfica universitaria, constituye el *cahier de doléances* del movimiento estudiantil. “Rayando” les estudiantes dan rienda suelta a su malestar y estampan una serie de quejas puntuales, destacando las siguientes:

a) Presupuesto universitario, derecho a la educación y modelo humanístico de universidad

En primer lugar, denuncian las acciones, los recortes y “redireccionamientos” al presupuesto universitario impuestos por el “Gobierno del bicentenario”. Múltiples pintas defienden el derecho a la educación superior, señalando las amenazas que implican la disminución del FEES, en especial, las que más afectan a los estudiantes: las becas. Además, adversan la redistribución del presupuesto al interior de las universidades, criticando los altos salarios y señalando las carencias que afectan a sedes y recintos regionales, que —entre otras cosas— exigen tiempos docentes suficientes para asegurar la oferta de cursos requeridos.

Los estudiantes denuncian como responsables de esas amenazas al funcionamiento óptimo de las universidades públicas a altas autoridades del gobierno, en particular, al presidente de la República y a la ministra de Hacienda. También señalan a las autoridades superiores de las universidades (rectores), quienes participaron en las negociaciones del presupuesto con el gobierno y definen en parte la manera cómo se distribuye y utiliza el dinero recibido. El dedo acusador apunta, en una perspectiva ampliada, a organismos internacionales como el FMI y el BM.



Imagen 6. Defensa de la educación pública: presupuesto y autonomía.²¹
Facultad de Ciencias Sociales, UCR. Fuente: Archivo Comisión *ad hoc* FCS.

El movimiento estudiantil designa a sus “enemigos” mencionando sus nombres propios o sus puestos/funciones en el gobierno y en las instituciones universitarias, pero también recurre a un bestiario. Este incluye imágenes caricaturescas —o calificativos verbales— que representan a personajes políticos e institucionales como cerdos, lobas, ratas, perros y zancudos, es decir, utilizando representaciones de animales que en el medio simbolizan facultades o actitudes humanas negativas: malicia, traición o robo.

21 Ver serie de rayados en defensa de la educación: <https://graficadeprotesta.wordpress.com/2020/11/03/serie-de-imagenes-3/> [17/11/2023].



Imagen 7. Bestiario de la protesta.²² Facultad de Educación, UCR.
Fuente: Archivo personal de Jasper Pérez.

Les estudiantes defienden enfáticamente el modelo humanista de universidad, reivindicando el compromiso con las comunidades y la democracia universitaria, la regionalización efectiva, las becas y apoyos para estudiantes de bajos recursos, además de justicia laboral y salarial interna. Reclaman a algunas autoridades universitarias (rectores, decanos y directores), su manera de gestionar la institución, así como —en relación con los docentes— su estilo pedagógico (verticalismo magistral), su elitismo académico (“vacas sagradas”), su falta de compromiso social o sus elevadas —y en algunos casos inmerecidas— remuneraciones. Se condena también a ciertos profesores que se declaran de izquierda, pero no actúan como tales, a quienes se denominan “comunistas de caviar” o “traidores” que “se cambiaron de acera”.

22 Ver: <https://graficadeprotesta.wordpress.com/2020/11/03/serie-de-imagenes-4/> [17/11/2023].



Imagen 8. Educación para la liberación. Facultad de Ciencias Sociales, UCR.
Fuente: Comisión *ad hoc* FCS.

En términos ideológicos amplios, el movimiento estudiantil tuvo un posicionamiento “de izquierdas”, aunque no de manera monolítica ni partidaria. Las pintas permiten identificar distintas tendencias, las cuales —como es usual— libraron su propia batalla en los muros universitarios, entre las que destacan el anarquismo y el comunismo, con este último dividido en dos tendencias hostiles entre sí: el trotskismo y el estalinismo. Sin embargo, una característica de esta protesta fue el cuestionamiento —destacan los feminismos— a los partidos políticos, sean de izquierda o de otras tendencias, y reivindicaron su independencia respecto a esas organizaciones.

El movimiento también marcó distancia frente a las organizaciones estudiantiles institucionales, como las federaciones y algunas de las asociaciones de estudiantes, acusándolas de no ser suficientemente combativas con la reforma fiscal y las negociaciones del FEES o, en general, por su tibia defensa de los intereses universitarios y estudiantiles. La protesta, iniciada espontáneamente, gestó un colectivo, el FAI, con representaciones no oficiales de las distintas universidades públicas, un alcance nacional (interuniversitario) y no partidario ni institucional (autónomo). Algunas autoridades universitarias consideraron que el FAI carecía de fundamento legal y

legitimidad como representante estudiantil, con el cual no era pertinente negociar. El carácter no partidario del movimiento también generó críticas desde la izquierda “tradicional”, que señaló los límites de su espontaneísmo y destacó la necesidad de organización y organicidad.²³

b) Crítica al patriarcado

Si bien la presencia de mujeres tiene larga data en el movimiento estudiantil en Costa Rica —desde las protestas universitarias en los años setenta del siglo pasado—, nunca habían tenido una presencia tan nutrida y protagónica como en 2019.²⁴ Eso ciertamente guarda estrecha relación con el proceso de acumulación de fuerzas sostenido por el movimiento feminista costarricense, el cual ha arraigado —más profundo que en cualquier otro ámbito institucional— en las universidades públicas.

La participación y liderazgo femenino y feminista dotó a las tomas de inéditas particularidades, tanto en términos de organización, como en la dimensión expresiva. En lo organizativo, se produjo un fuerte cuestionamiento a la distribución de roles entre hombres y mujeres, el cual reproducía el sistema de género dominante y relegaba a las mujeres a papeles secundarios, como labores de alimentación y limpieza, mientras los hombres ejercían los roles protagónicos, como vocerías y coordinaciones. Desde el inicio mismo de la protesta, las mujeres asumieron —aunque no de manera exclusiva— funciones de liderazgo y exigieron protagonismo en la vocería y las comisiones, procurando además “tolerancia cero” hacia la violencia de género. La implementación de un espacio seguro y mecanismos internos de control y denuncia dentro del colectivo condujo a la expulsión de varios estudiantes

23 Ver, por ejemplo, la posición de Joel Oviedo Segura en el foro “A dos años de las manifestaciones estudiantiles por el presupuesto universitario”, 13 de octubre de 2021. <https://graficadeprotesta.wordpress.com/2022/01/31/video-a-dos-anos-de-las-manifestaciones-estudiantiles-por-el-presupuesto-universitario/> [17/11/2023]. Sobre lo organizativo y programático en las revueltas contemporáneas, ver Arditti (2013).

24 Revisar “El feminismo toma el movimiento estudiantil”, de Cristin Torres y María José Cabezas Castro (2019). Ver también “Toma de rectoría desde una visión feminista”, 15 de octubre de 2019. <https://www.facebook.com/notes/843502016457174/> [18/08/22]. El cambio generacional en el movimiento estudiantil se evidencia también en el foro *Movimientos estudiantiles universitarios. Encuentro intergeneracional*, realizado en abril de 2020: <https://graficadeprotesta.wordpress.com/2022/01/31/video-movimientos-estudiantiles-universitarios-encuentro-intergeneracional/> [17/11/2023].

varones, sospechosos de actitudes o acciones machistas o misóginas en la movilización o incluso previamente.

En cuanto a la dimensión expresiva, es evidente el protagonismo de las mujeres y el posicionamiento de la agenda feminista en las intervenciones gráficas en los muros universitarios. Estas acciones, a menudo calificada por los detractores como “vandálicas”, se nutrieron de las recurrentes intervenciones gráficas feministas en el espacio público nacional —también internacional— durante las masivas movilizaciones organizadas para conmemorar el Día internacional de las mujeres (8M) y el Día internacional contra la violencia de género (28N), entre otras.

Según sus contenidos, la exuberante gráfica feminista universitaria puede clasificarse principalmente en seis tipos de rayados, más centrados en el reconocimiento que en la redistribución. Primero, rayados que manifiestan la presencia del movimiento feminista como tal, estampando símbolos (verbigracia, el símbolo de Venus con un puño izquierdo alzado en el centro) y logotipos de colectivos feministas (las Volcánicas, por ejemplo). Segundo, pintas que reivindican el legado de luchadoras sociales, feministas o no, en el contexto internacional, latinoamericano y nacional: Emma Goldman, Alexandra Kollontai, Clara Zetkin, Rosa Luxemburgo, Comandanta Ramona, Berta Cáceres, Máxima Acuña, Viviana Gallardo y otras mujeres —muchas de ellas anónimas— defensoras de los derechos de las mujeres y de la naturaleza, entre otras causas.



Imagen 9. Luchadoras sociales: Berta Cáceres.²⁵ Facultad de Ciencias Sociales, UCR. Fuente: Archivo personal de Mar Castro.

25 Galería de luchadoras: <https://graficadeprotesta.wordpress.com/2020/11/03/serie-de-imagenes-1/> [17/11/2023].

En tercer lugar, denuncias de violencia de género: acoso, violación o feminicidio. En este grupo figuran los rayados que despliegan conocidas consignas y emblemas feministas, como pañuelos morados y los eslóganes “Ni una menos”, “Se va a caer”, “Abajo el patriarcado”, “Basta de acoso”, etc. También hay numerosas pintas —quizás las más controvertidas— que denuncian públicamente, con nombre y apellido o de manera más genérica, a presuntos actores —o encubridores— de actos de violencia sexual, incluidos algunos políticos (como un cuestionado expresidente de la República), y profesores y estudiantes universitarios. Estas denuncias anónimas pretenden —contra la impunidad que delatan, tanto dentro como fuera de la institución universitaria— poner en evidencia y hacer escarnio público de las personas —hombres en su mayoría— a las cuales “escrachan”.



Imagen 10. “Se va a caer”.²⁶ Facultad de Ciencias Sociales, UCR.
Fuente: Comisión Comunicación FAI.

Otro conjunto de rayados exige derechos reproductivos y sexuales, destacando el aborto legal, seguro y gratuito, acudiendo a conocidos símbolos y consignas del feminismo internacional, como el pañuelo verde y el eslogan “¡Aborto Ya!”. Un último grupo está constituido por llamados de las

26 Rayados feministas, Exposición Museo de las mujeres: <https://www.museodelasmujeres.co.cr/exposiciones/se-va-a-caerel-malestar-en-el-patriarcadorayados-universitarioscontra-la-violencia-de-gnero> [17/11/2023].

mujeres movilizadas a sus congéneres, expresando sororidad, afecto, solidaridad, unión y apoyo mutuo entre mujeres, así como también —en algunos casos con testimonios y celebraciones— al empoderamiento femenino.

También se crítica al patriarcado desde posiciones LGTBIQ+, que cuestionan el modelo heterosexual binario y reivindican diversas opciones sexuales. Así, durante el “octubre glorioso”, el arcoíris iluminó el espacio universitario; las grises y mustias paredes de los inmuebles ocupados se convirtieron en alegres y multicolores muros, simbolizando la irrupción pública y no autorizada de la palabra por el movimiento LGTBIQ+. Por un momento, fugaz, pero intenso, la universidad devino territorio liberado para la festiva expresión y la desinhibida reivindicación de las identidades de género y las sexualidades diversas.²⁷



Imagen 11. Diversidad sexual.²⁸ Facultad de Ciencias Sociales, UCR.
Fuente: Archivo personal de Sergio Villena.

27 Las reivindicaciones feministas y de diversidad han encontrado importantes espacios en la institucionalidad universitaria. Sin embargo, como atestigua la gráfica, esos avances están lejos de satisfacer las demandas de ambos movimientos.

28 Rayados sobre diversidad: <https://graficadeprotesta.wordpress.com/2020/11/03/serie-de-imagenes-2/> [17/11/2023].

c) *Defensa de los bienes comunes: la madre tierra y sus guardianes*

De gran relevancia es la protección del medioambiente y los “derechos de la madre tierra”: llamados a la protección de los ríos, crecientemente contaminados, así como la oposición a las actividades contaminantes, como la producción agroindustrial de piña y otras industrias tóxicas. También se demanda protección de la naturaleza en sentido amplio, incluyendo ríos, bosques, flora y —en tensión con el bestiaro— fauna. La promoción de una forma de vida más armoniosa con el medioambiente incorpora también la sensibilidad interespecista y vegana, que condena la crueldad contra los animales y convoca a cambiar hábitos alimenticios.



Imagen 12. Medioambiente.²⁹ Facultad de Ciencias Sociales, UCR.
Fuente: Archivo personal de Sergio Villena.

²⁹ Serie ambientalista, interespecista y vegana: <https://graficadeprotesta.wordpress.com/2021/11/09/video-5-se-va-a-caer-el-feminismo-en-los-rayados/> [17/11/2023].

En este conjunto se incluye la mención a guardianes de la naturaleza de distintas nacionalidades, algunos de los cuales han sido asesinados y han devenido en mártires de la causa ecológica: la hondureña Berta Cáceres, la peruana Máxima Acuña, el brasileño Chico Méndes y el costarricense Jairo Mora. Asimismo, pintas y murales ambientalistas aluden recurrentemente a los pueblos indígenas como protectores del medioambiente y víctimas de la violencia extractivista, destacando la mención al líder indígena y “recuperador” de tierras indígenas en la zona sur de Costa Rica, Sergio Rojas, cuyo asesinato —acaecido el 18 de marzo de 2019— permanece impune.

d) La infraestructura universitaria

Un rasgo inédito de la protesta fue la toma e intervención gráfica masiva de un inmueble recién construido —el “nuevo edificio” asignado a la Facultad de Ciencias Sociales (UCR)— como parte del proceso de “modernización de la infraestructura” universitaria durante la rectoría de Henning Jensen (2012-2020). Esta modernización levantó edificios en predios institucionales, financiados mediante préstamos de organismos internacionales (BM) o fideicomisos con instituciones bancarias nacionales. El inmueble ocupado por la FCS, construido bajo la modalidad de fideicomiso, es arrendado a la UCR por una entidad bancaria nacional, lo cual restringe su uso y dificulta su “apropiación” y “habitación” por parte de estudiantes, docentes y administrativos.

Por otra parte, el edificio se localiza en la denominada finca 2, distante del campus principal y su entorno de servicios y vida bohemia. Es decir, se encuentra en una zona periférica, contrario al edificio anterior, que estaba en el epicentro de la actividad universitaria, por lo que cualquier movilización en esa facultad repercutía inmediatamente en todo el campus e incluso en la densa zona urbana circundante. Finalmente, su diseño arquitectónico —seis plantas y cuatro alas, con pasillos anchos y muros grises, sin auditorio— es poco favorable a la vida académica y la interacción social fuera de las aulas.

Esas características —sumada la ubicación de las asociaciones estudiantiles (hasta entonces el espacio más “liberado” de la FCS) en un lugar expuesto a la mirada pública y la vigilancia— generaron gran malestar entre la comunidad estudiantil. Ese “malestar en la arquitectura” ha sido vivido por parte del estudiantado como una expropiación/privatización de un bien

común, como la imposición de vigilancia (hay recurrentes menciones a Orwell y Foucault, algunas inscritas sobre las propias cámaras de vigilancia) y una forma de desmovilización social.

Si el edificio como tal materializaba el neoliberalismo, la “toma” y el “rayado” devinieron un fin en sí mismo. La “apropiación” y “recuperación” de ese bien “común”, buscaba convertir un espacio ajeno, desmovilizador y hostil en un lugar “nuestro”, un territorio liberado donde establecer una comuna universitaria. Un espacio para una vida colectiva libre de los patrones que impone el neoliberalismo, autónomamente organizada con base en la toma de la palabra y la deliberación asamblearia, que conjurara las pasiones tristes del gris neoliberal con el colorido de las pasiones alegres estudiantiles. Por lo mismo, el movimiento consideraba fundamental preservar las intervenciones gráficas realizadas, lo cual finalmente no ocurrió, pues las altas autoridades universitarias decidieron “restaurar” el gris original.

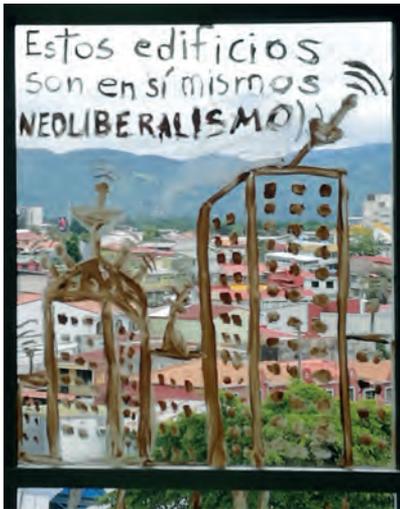


Imagen 13a. El malestar en la arquitectura.³⁰ Facultad de Ciencias Sociales, UCR. Fuente: Archivo personal de Sergio Villena.



Imagen 13b. Big Brother: Vigilar y castigar. Facultad de Ciencias Sociales, UCR. Fuente: Archivo personal de Sergio Villena.

30 Rayados sobre el edificio de la FCS: <https://graficadeprotesta.wordpress.com/2021/09/12/galeria-5-el-edificio/> [17/11/2023].

Cierre

¡Que tiemblen, que tiemblen los rectores que toda la U la pintamos de colores!
Consigna del movimiento estudiantil FCS, 2019



Imagen 14. “Bicentenario de mierda”. Facultad de Ciencias Sociales, UCR. Fuente: Archivo personal de Carla Orozco.

Las acciones del movimiento estudiantil en octubre y noviembre de 2019 pueden interpretarse como una anticelebración del “bicentenario”, como un grito, indignado y festivo, contra el neoliberalismo “progresista” y por el derecho a la educación. Es una protesta que exige una vida digna, equidad de género, derechos sexuales, protección del medioambiente y la naturaleza, defensa de bienes comunes y memoria histórica. El malestar estudiantil ejerce la libertad de expresión, reivindicando la potencia “chancletuda” y rechazando las reacciones disciplinantes, condenatorias y estigmatizantes contra el movimiento universitario: “Vandalismo es dejarnos sin educación” o “Les importa más una pared rayada que mujeres asesinadas”.

Mediante las “tomas” y los “rayados”, los estudiantes expresaron sus malestares y se apropiaron fugazmente de lo que —pese a las prohibiciones institucionales— consideraban algo “nuestro”, estableciendo territorios temporalmente liberados para la convivencia comunitaria, la deliberación política y la libre expresión de sus malestares y anhelos. Las *communitas* universitarias, operaron como espacios y tiempos “liminales” (Turner 1988), como una suspensión antiestructural de la cotidianidad pautada por

el neoliberalismo y la institucionalidad universitaria, creando un ambiente horizontal propicio para establecer intensas relaciones afectivas interpersonales y desarrollar acciones político-expresivas combativas.

La “rebelión visual” fue una explosión colectiva y carnavalesca (Bajtin 1995), cargada de fantasía, imaginación e irreverencia estudiantil con potencial político, que enuncia los desacuerdos y amplía las fronteras de lo pensable, lo decible y lo sensible.³¹ El carnavalesco “grutesco chancletudo” recurre a la espontaneidad, la irreverencia, el desorden, el lenguaje soez, la genitalidad, para dar voz pública a las poblaciones subalternas en su lucha por resistir la dominación, recuperar la utopía y mostrar que “otro mundo es posible”. Esta “puesta del mundo al revés” planta cara a la “barbarie neoliberal” que mutila el presupuesto y ataca a la autonomía universitaria, así como favorece la violencia patriarcal, la destrucción del medioambiente, la expropiación de los bienes comunes y el control social, entre otros.

Bibliografía

- AA.VV. 2018. *De la miseria en el medio estudiantil y otros escritos*. La Rioja: Pepitas de calabaza.
- AGAMBEN, Giorgio. 2017. “Estudiantes”, https://ficciondelarazon.org/wp-content/uploads/2017/05/estudiantes_giorgio_agamben.pdf [18/08/22].
- . 2020. “Réquiem para los estudiantes”, <https://cctt.cl/2020/05/25/el-modo-online-que-terminara-por-sepultar-a-la-universidad/> [18/08/22].
- ARDITTI, Benjamín. 2013. “Las insurgencias no tienen un plan, ellas son el plan. Performativos políticos y mediadores evanescentes”. *Revista Sul-Americana de Ciência Política* 1(2): 1-18, <https://periodicos.ufpel.edu.br/ojs2/index.php/rsulacp/article/view/2723> [18/08/22].
- ASSOCIATION FÉDÉRATIVE GÉNÉRALE DES ÉTUDIANTS DE STRASBOURG (AFGES). 2018. *De la miseria en la vida estudiantil*. La Rioja: Pepitas de calabaza.
- BAJTIN, Mijail. 1995. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: el contexto de François Rabelais*. Traducción de Julio Forcat y Cesar Conroy. Madrid: Alianza.
- BARTHES, Roland. 2017. *Un mensaje sin código. Ensayos completos en Communications*. Traducción de Matías Battistón. Buenos Aires: Godot.
- BILL, Poster. 2019. *Manual de arte urbano. Una guía paso a paso para apoderarse de las calles*. Barcelona: Hoaki.

31 Walter Benjamin ofrece una posible clave para interpretar los alcances políticos de las expresiones gráficas del movimiento estudiantil, cuando señala que la “improvisación mimética” y la “descarga indomada de fantasía infantil” poseen potencial político (ver Buck-Morss 2014: 65)

- BOJÓRQUEZ, Jesús, y Manuel Ángeles VILLA. 2021. “Protesta social y espacio público en tiempos del neoliberalismo autoritario en América Latina. Entre la represión y la regulación”. *Contexto* XV/23 (septiembre): 55-70, <https://contexto.uanl.mx/index.php/contexto/article/view/288/214> [18/08/22].
- BUCK-MORSS, Susan. 2014. *Walter Benjamin, escritor revolucionario*. Buenos Aires: La Marca.
- BUTLER, Judith. 2017. *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Traducción de María José Viejo Pérez. Barcelona: Paidós.
- CAAMAÑO, Carmen. 2020. “La universidad-empresa en América Central: el caso de la UCR”. *Revista de Filosofía* LIX/155 (septiembre-diciembre): 101-120, <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/filosofia/article/view/44619/44491> [17/08/22].
- CAAMAÑO, Carmen, Andrés DINARTES, y Sergio VILLENA. 2021. “¿Vienen con los edificios? ‘Modernización’ y trabajo precario en la Universidad de Costa Rica (UCR)”. *Revista de Ciencias Sociales* 173: 79-103, <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/sociales/article/view/51887/52029> [17/08/22].
- CARLE, Zoé. 2019. *Poétique du slogan révolutionnaire*. Paris: Presses Sorbonne Nouvelle.
- CASTELLS, Manuel. 2015. *Redes de indignación y esperanza*. Madrid: Alianza.
- CLEMENTE, Nacho. 2012a. “Diseño gráfico y reivindicación”. *Monográfica* 2 (enero), <https://monograficaorg.wordpress.com/2012/01/08/disenyo-grafico-y-reivindicacion/> [18/08/22].
- . 2012b. “Gráfica popular en las manifestaciones de protesta”. *Monográfica* 2 (enero), <http://www.monografica.org/02/Opinion/3669> [18/08/22].
- DE CERTEAU, Michel. 1995. *La toma de la palabra y otros escritos políticos*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana-ITESO.
- . 1996. *La invención de lo cotidiano. 1. Artes del hacer*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana-ITESO.
- DE SOUSA SANTOS, Boaventura. 2007. *La universidad del siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipatoria de la universidad*. La Paz: Plural.
- DIDI-HUBERMAN, George. 2018. *Sublevaciones*. Ciudad de México: MUAC.
- FILLIEULE, Olivier, y Danielle TARTAKOWSKY. 2015. *La manifestación. Cuando la acción colectiva toma las calles*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- FOUCAULT, Michel. 2013. “Para una política progresista no humanista”. *¿Qué es usted, profesor Foucault?* Buenos Aires: Siglo XXI.
- FRASER, Nancy. 1997. “Heterosexismo, falta de reconocimiento y capitalismo: una respuesta a Judith Butler”. *Social Text*: 52-53.
- . 2017a. “El fin del neoliberalismo progresista”. *Revista Sin Permiso* (12 de enero), <https://www.sinpermiso.info/textos/el-final-del-neoliberalismo-progresista> [18/08/22].
- . 2017b. “Neoliberalismo progresista: el debate Fraser Vs. Brenner”. *LatFem*, <https://latfem.org/neoliberalismo-progresista-debate-fraser-vs-brenner/> [18/08/22].
- HABERMAS, Jürgen. 1999. *Historia y crítica de la opinión pública*. Versión castellana de Antonio Domènech con la colaboración de Rafael Grasa. Barcelona: Gustavo Gili.
- KAUFFMAN, L. A. 2018. *How to Read a Protest. The Art of Organizing and Resistance*. Berkeley: University of California Press.
- MOLINA, Iván. 2020. “El primer chancletudo”. *Opinión. Semanario universidad* (11 de septiembre), <https://semanariouniversidad.com/opinion/el-primer-chancletudo/> [18/08/22].
- MOLINA, Iván, y David DÍAZ. 2021. *El Gobierno de Carlos Alvarado y la contrarrevolución neoliberal en Costa Rica*. San José: CIHAC-UCR.

- MOLINA, Raúl (ed.). 2020. *Hablan los muros. Graftis de la rebelión social de octubre de 2019*. Santiago: LOM.
- OPEN DEMOCRACY. (s.f.). “Protestar es un derecho”, <https://www.opendemocracy.net/es/protestar-es-un-derecho/> [18/08/22].
- RANCIÈRE, Jacques. 2010. *La noche de los proletarios*. Traducción y notas de Emilio Bernini y Enrique Biondini. Buenos Aires: Tinta Limón.
- REGUILLO, Rossana. 2017. *Paisajes insurrectos. Jóvenes, redes y revueltas en el otoño civilizatorio*. [Barcelona]: NED.
- ROMÁN, Isabel, y Natalia MORALES. 2022. “Sin las mujeres no saldremos de la crisis”. PEN. Programa Estado de la Nación (2 de marzo), <https://estadonacion.or.cr/sin-las-mujeres-no-saldremos-de-la-crisis/> [18/08/22].
- ROSS, Kristin. 2008. *Mayo del 68 y sus vidas posteriores. Ensayo contra la despolitización de la memoria*. Traducción de Tomás González Cobo. Madrid: Acuarela.
- . 2018. *El surgimiento del espacio social. Rimbaud y la Comuna de París*. Traducción de Cristina Piña Aldao. Barcelona: Paidós.
- SCOTT, James C. 1990. *Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*. New Haven: Yale University Press.
- SEBASTIÁN, Sergio (ed.). 2021. *Hasta que vivir valga la pena: imágenes del Estallido social*. Valparaíso: Mar y Tierra.
- STEYERL, Hito. 2017. *Los condenados de la pantalla*. Traducción de Marcelo Espósito. Buenos Aires: Caja negra.
- TORRES, Cristin, y María José CABEZAS CASTRO. 2019. “El feminismo toma el movimiento estudiantil”. *Semanario Universidad* (3 de diciembre), <https://semanariouniversidad.com/opinion/el-feminismo-toma-el-movimiento-estudiantil/> [18/08/22].
- TURNER, Víctor. 1988. *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*. Madrid: Taurus.
- VENEGAS, Carolina, y Silvia FUGERATTI (eds.). 2021. *Constelaciones del arte público: contextos, paisajes, saberes*. Buenos Aires: CIAP-UNSAM.
- VILLENA FIENGO, Sergio. 2021. “Renace la potencia ‘chanclatudá’: Movimiento estudiantil y gráfica de protesta en Costa Rica (2019)”. *Constelaciones del arte público: contextos, paisajes, saberes*, editado por C. Venegas y S. Fugeratti, 223-238. Buenos Aires: CIAP-UNSAM.
- ZIBECHI, Raúl. 2018. “Neoliberalismo progresista latinoamericano”. Cetri. Centre Tricontinental, <https://www.cetri.be/Neoliberalismo-progresista?lang=fr> [18/08/22].

Autores y editores

René Aguiluz Ventura es doctorando en Estudios Latinoamericanos en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); maestro en Historia por El Colegio de México (COLMEX) y licenciado en Historia por la Universidad de El Salvador (UES). Se especializa en el estudio de las redes de solidaridad de la militancia comunista entre El Salvador y México durante las décadas de 1920-1930 y la historia política del desarrollo económico durante la Guerra Fría en El Salvador. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: “Electrificación en El Salvador: ingenieros hidroeléctricos extranjeros y la presa 5 de noviembre, 1947-1955”, en Luz María Uthoff y María Cecilia Zuleta, *Ingenieros y tecnología en América Latina, 1870-1970* (en prensa) y “La genealogía historiográfica sobre el autoritarismo en El Salvador, 1970-1992” (2021). También es coautor en el libro *El Salvador. Historia contemporánea, 1808-2010* (2014).

Sonia Angulo Brenes es doctora en Historia con una trayectoria de investigación en temas como la protesta social, las huelgas bananeras, la organización laboral, la situación de la clase trabajadora y la memoria histórica. Es profesora asociada de la Universidad de Costa Rica desde hace más de diez años e investigadora del Centro de Investigaciones Históricas de América Central (CIHAC), integrante de la Red Transcribe: Red de Estudios Transareales y Transculturales de Centroamérica y el Caribe e investigadora del programa ConnecCaribbean–Connected Worlds: the Caribbean, Origin of Modern World. Las publicaciones más recientes han sido: “La Sociedad de Artesanos y la instrucción obrera en Costa Rica a finales del siglo XIX” (2022) y “La formación humana y la universidad pública: algunas contradicciones” (2020).

Amaral Arévalo es investigador postdoctoral del Instituto Fernandes Figueira (IFF/FIOCRUZ) e investigador asociado del Centro Latinoamericano en Sexualidad y Derechos Humanos (CLAM/UERJ); postdoctorado

en Salud Colectiva y especialista en Género y Sexualidad por el Instituto de Medicina Social de la Universidade do Estado do Rio de Janeiro; doctor y máster en Estudios Internacionales en Paz, Conflictos y Desarrollo por la Universitat Jaume I; y licenciado en Ciencias de la Educación por la Universidad de El Salvador. Sus líneas principales de investigación son Estudios para la Paz, Violencias y Estudios LGBTI+ en Centroamérica. Es consultor internacional en temáticas de crímenes de odio, género, masculinidades, emergencias en salud, sexualidad, fundamentalismos, derechos sexuales y reproductivos; y perito experto en casos de migración forzada por orientación sexual, expresión de género, VIH, maras y violencias en El Salvador. Es autor del libro *Dialogando con el silencio: disidencias sexuales y de género en El Salvador (1765-2020)*.

Estefanía Calderón Sánchez es egresada de la Universidad de Costa Rica, donde obtuvo los títulos de Bachillerato en Filología Española y de Maestría Académica en Literatura Latinoamericana. Labora en dicha institución como profesora de la Escuela de Estudios Generales de la Sede Rodrigo Facio y del Departamento de Filosofía, Artes y Letras (FAL) y la Sección de Estudios Generales (SEG) de la Sede de Occidente. Igualmente, trabaja como tutora en la Cátedra de Lengua y Literatura de la Universidad Estatal a Distancia (UNED) y es integrante del comité editorial de la revista *Istmo. Revista Virtual de Estudios Literarios y Culturales Centroamericanos*. Dentro de sus líneas de investigación, destacan los estudios de género y culturales, así como las reflexiones transdisciplinarias en otras áreas como la filosofía, la música y el cine. Entre sus publicaciones se encuentran los artículos “La huella de Sherlock Holmes en el espectáculo mediático” (coautoría con Sergio Beeche Antezana, 2012) y “La representación del discurso bíblico en la poesía revolucionaria centroamericana” (2018).

Rolando Carrasco es doctor en Filosofía por la Friedrich-Schiller-Universität Jena. Ha sido investigador y docente en la Universidad de Chile, University of Virginia y Universität Osnabrück. Es autor de *El proceso de formación textual en las crónicas franciscanas de Nueva España (s. XVI)* (2016) y coeditor (con Susanne Schlünder) de *Asymmetric Ecologies in Europe and South America around 1800* (2022). Sus campos de investigación son los estudios literarios y culturales en la América colonial, con énfasis en el humanismo y la retórica durante la temprana modernidad, crónicas eclesiásticas y utopía cristiana en las Américas (franciscanos y jesuitas), así

como Ilustración, prensa y transferencias de saberes en el mundo atlántico durante el siglo XVIII.

Ricardo Castellón es doctor en Filosofía (Historia) por la Universität zu Köln, Alemania (2019), doctor en Historia por la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, España (2013), máster en Dirección de Marketing de la Universidad Carlos III de Madrid y licenciado en Diseño de la Universidad José Matías Delgado de El Salvador. Es docente universitario, diseñador y desarrollador curricular, consultor en comunicación y diseño e investigador histórico. Su trabajo investigativo se centra en la familia y la movilidad en Centroamérica, la cultura alimentaria, vida cotidiana, cultura material y el diseño, y en general, la historia social. Su producción académica incluye artículos, capítulos de libros y publicaciones como *Fiestas, vida y comida en el interior del Reino de Guatemala* y *Secretos de familia. La familia y su movilidad en El Salvador colonial*. Entre 2018 y 2021, ha sido investigador postdoctoral y profesor en la Universität zu Köln, Alemania. También ha sido becario del Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD) y el Maria Sibylla Merian Centre Conviviality-Inequality in Latin America (MECILA). Es investigador de la Universität der Künste Berlin, miembro de la Asociación Alemana de Investigaciones sobre América Latina (ADLAF) y de la Academia Salvadoreña de la Historia.

Mauricio Chaves es filólogo y máster en Literatura Latinoamericana por la Universidad de Costa Rica. Es miembro del comité editorial de *Istmo. Revista de Estudios Literarios y Culturales Centroamericanos* y de la Red Transcribe. Ha publicado en revistas especializadas y coeditado los volúmenes *Convergencias transculturales en el Caribe y Centroamérica* (con Werner Mackenbach y Héctor Pérez Brignoli) y *Narrativas de crímenes del siglo XXI en Centroamérica* (con Jeffrey Browitt). En 2019 obtuvo una beca ALECOSTA de la Universidad de Costa Rica y el DAAD para realizar estudios doctorales en la Universität Osnabrück con el proyecto “Representaciones del futuro en las narrativas centroamericanas contemporáneas (1985-2020)”.

Valeria Grinberg Pla empezó su formación intelectual en la Universidad de Buenos Aires, a fines de los ochenta. De muy joven migró a Frankfurt (Alemania), donde se doctoró en Letras románicas por la Goethe-Universität Frankfurt en 2005, con una tesis sobre Eva Perón en la guerra de los lenguajes,

que articula su interés por las intervenciones del cine, la literatura y las artes en lo político. Estas preocupaciones se vuelcan en sus investigaciones sobre los múltiples discursos y formas de memoria en el cine y la literatura latinoamericanos, con un énfasis en Centroamérica. Los colectivos transnacionales, transdisciplinarios y horizontales de trabajo han sido su casa todos estos años, desde su participación en 2001 en el comité editorial de *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* (<http://istmo.denison.edu/>) hasta su incorporación reciente, en 2020, en la mesa directiva del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (<https://www.iilionline.org>). Su participación en la Red de Investigación VyRAL (Violencia y Representación en América Latina: <https://www.redvyral.com>) y en la Red Transcribe (<http://redtranscribe.ucr.ac.cr/en/>), canalizan, respectivamente, sus reflexiones sobre poéticas cinematográficas de la violencia y sus trabajos sobre formas de conocimiento afrocéntricas en el cine, la música y la escritura transcribista y centroamericana. Desde 2006 es profesora titular de Español y Estudios Culturales Latinoamericanos en la Bowling Green State University (BGSU) en Estados Unidos.

Carlos Alberto Haas nació en Guatemala y creció en Alemania. Estudió Musicología e Historia en Heidelberg, Roma y Múnich. En 2018 se doctoró en la Ludwig-Maximilians-Universität München con su tesis *Das Private im Ghetto. La vida de los judíos en la Polonia bajo ocupación alemana 1939-1944*. La tesis fue galardonada con el premio de doctorado de la Asociación Leibniz. Carlos Alberto Haas es profesor e investigador (Akademischer Rat a. Z.) de la Ludwig-Maximilians-Universität München desde 2020. En su proyecto de habilitación “¿A quién le interesa Centroamérica?” se pregunta sobre la atención a la región centroamericana en la segunda mitad del siglo xx. Ha sido becario del United States Holocaust Memorial Museum en Washington D.C., del Instituto Histórico Alemán de Varsovia, de la Nottingham University, así como del Centro de Estudios Latinoamericanos Avanzados (CALAS) en la sede regional de Centroamérica y el Caribe en la Universidad de Costa Rica. En 2021 ha sido profesor invitado en la Universidad del Valle de Guatemala.

Tania Pleitez Vela es doctora en Filología Hispánica (Universitat de Barcelona) y, actualmente, profesora en la Università degli Studi di Milano Statale. Ha sido docente en la Universitat de Barcelona, Pompeu Fabra y Autónoma de Barcelona y profesora visitante en Bergische Universität Wuppertal

(Alemania) y la Universidad de El Salvador. Es autora de la biografía *Alfonsina Storni. Mi casa es el mar* (2003) y la monografía *Literatura. Análisis de situación de la expresión artística en El Salvador* (2012). Colaboró en la compilación de la tetralogía *La vida escrita por las mujeres* (2003; 2004). Es coeditora de dos antologías bilingües (español-inglés): *Teatro bajo mi piel. Poesía salvadoreña contemporánea* (2014) y *Puntos de fuga. Prosa salvadoreña contemporánea* (2017); así como de *Más allá del estrecho dudoso. Intercambios y miradas sobre Centroamérica* (2018), junto a Dunia Gras; y *Redes ex-céntricas. Poéticas y circulación transatlántica (1985-2018)* (en prensa), junto a Edgardo Dobry y Dunia Gras. Reeditó *El tránsito de fuego* de Eunice Odio (2019). Es integrante del proyecto de investigación “Condición de extranjería. Escritoras latinoamericanas, entre América y Europa, en el siglo XXI” (Universidad del País Vasco y Universidad de Barcelona); de la Red Europea de Investigaciones sobre Centroamérica (RedISCA); miembro correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE); y cofundadora de la Red de investigación de las literaturas de mujeres de América Central (RILMAC).

Susanne Schlünder es catedrática de Literatura Francesa, Española e Hispanoamericana en la Universität Osnabrück. Sus principales áreas de investigación abarcan la literatura y cultura española e hispanoamericana del siglo XVIII, así como la literatura francesa, española y latinoamericana contemporánea. Sus trabajos incluyen monografías sobre Goya, la novela francesa contemporánea y la literatura centroamericana. Entre sus campos de interés destacan cuestiones de estética literaria y mediática, así como de teoría cultural. Un foco de interés reciente son las humanidades ambientales y digitales. Es coeditora del volumen *Asymmetric Ecologies in Europe and South America around 1800* (2022).

Sergio Villena Fiengo es doctor en Estudios de la Sociedad y la Cultura (Universidad de Costa Rica) y se desempeña como profesor catedrático en la Escuela de Sociología de esa misma universidad. Coordina el proyecto de extensión cultural “Gráfica de protesta. Memoria visual del movimiento estudiantil costarricense 2019” y, en los últimos años, ha investigado sobre el arte contemporáneo centroamericano, entre otros temas. Se puede acceder a sus publicaciones en <https://ucr.academia.edu/SergioVillenaFiengo>.

El Instituto Ibero-Americano (IAI) de la Fundación Patrimonio Cultural Prusiano en Berlín dispone de un amplio programa de publicaciones en alemán, español, portugués e inglés que surge de varias fuentes: la investigación realizada en el propio Instituto, los seminarios y simposios llevados a cabo en el IAI, los proyectos de cooperación con instituciones nacionales e internacionales, y trabajos científicos individuales de alta calidad. La “Bibliotheca Ibero-Americana” es una serie que existe desde el año 1959 y en la que aparecen publicadas monografías y ediciones sobre literatura, cultura e idiomas, economía y política de América Latina, el Caribe, España y Portugal.

Volúmenes actuales:

193. *Roberto Arlt: África (edición crítica, lecturas y material)* / Friedhelm Schmidt-Welle (coord.), 2023.
192. *Redes transatlánticas: intelectuales y artistas entre América Latina y Europa durante la Guerra Fría.* Verónica Abrego / Thomas Bremer (eds.), 2023.
190. *La desigualdad en nuestras vidas. Una mirada microsocial desde América Latina.* Claudia Maldonado Gaus / Bettina Schorr (eds.), 2023.
189. *La lengua y el cazador. La poética de Martín Gambarotta.* Bodil Carina Ponte-Kok, 2022.
188. *Spanien heute: Politik, Wirtschaft, Kultur.* Walther L. Bernecker / Carlos Collado Seidel (eds.), 2022.
187. *Open Scriptures. Notation in Contemporary Artistic Practices in Europe and the Americas.* Susana González Aktories / Susanne Klengel (eds.), 2022.
186. *La contemporaneidad de Juan Rulfo.* Vittoria Borsò / Friedhelm Schmidt-Welle (eds.), 2021.
185. *Políticas y estrategias de la crítica, II: ideología, historia y actores de los estudios literarios.* Sergio Ugalde Quintana / Ottmar Ette (eds.), 2021.
184. *Extranjeros, turistas, migrantes: estudios sobre identidad y alteridad en las culturas hispánicas contemporáneas.* Teresa Gómez Trueba / Janett Reinstädler (eds.), 2021.
183. *Producción de saberes y transferencias culturales: América Latina en contexto transregional.* Peter Birle / Sandra Carreras / Iken Paap / Friedhelm Schmidt-Welle (eds.), 2023.
182. *Las izquierdas latinoamericanas y europeas: idearios, praxis y sus circulaciones transregionales en la larga década del sesenta.* Peter Birle / Enrique Fernández Darraz / Clara Ruvituso (eds.), 2021.
181. *¿Un ‘sueño europeo’? Europa como destino anhelado de migración en la creación cultural latinoamericana (2001-2015).* Verena Dolle (ed.), 2020.



IBEROAMERICANA
VERVUERT

Este volumen reúne una serie de contribuciones producidas, tanto desde la historia y la sociología como desde los estudios culturales y literarios, en el marco de la conmemoración del bicentenario de las independencias centroamericanas en 2021. Con ello se pretende aportar perspectivas teóricas y críticas desde marcos interdisciplinarios, hasta el momento, poco representadas en la producción crítica sobre este suceso conmemorativo. Los artículos se organizan en tres ejes temáticos: “Centroamérica ante la hegemonía internacional”, en el que se discute la posición de subordinación ocupada por Centroamérica frente a distintos poderes externos a lo largo de su historia; “Re-construcciones identitarias, memoria y movilidad en/desde Centroamérica”, con reflexiones sobre la subordinación de cuerpos y subjetividades en el marco de los proyectos de Estado nación; y, por último, “Campo intelectual e ideologías en disputa”, en el que se aborda la construcción y necesaria desmitificación de algunas figuras intelectuales centroamericanas.

ROLANDO CARRASCO es docente de Literatura y Cultura Hispanoamericana en la Universität Osnabrück. Autor de *El proceso de formación textual en las crónicas franciscanas de Nueva España (s. XVI)* (2016) y coeditor (con Susanne Schlünder) de *Asymmetric Ecologies in Europe and South America around 1800* (2022).

MAURICIO CHAVES es filólogo y máster en Literatura Latinoamericana por la Universidad de Costa Rica, miembro del comité editorial de *Istmo. Revista de Estudios Literarios y Culturales Centroamericanos* y de la Red Transcribe. Ha publicado en revistas especializadas y editado los volúmenes *Convergencias transculturales en el Caribe y Centroamérica* (con W. Mackenbach y H. Pérez Brignoli) y *Narrativas de crímenes del siglo XXI en Centroamérica* (con J. Browitt).

SUSANNE SCHLÜNDER es catedrática de Literatura Francesa, Española e Hispanoamericana en la Universität Osnabrück. Sus trabajos incluyen monografías sobre Goya y la novela francesa contemporánea. Ha coeditado y participado en diez volúmenes colectivos y es autora de cuarenta artículos sobre “afectividad” en el siglo XVIII español, teoría cultural y medios, estética literaria y culturas de la memoria en Francia, España e Hispanoamérica.



Ibero-Amerikanisches
Institut
Preußischer Kulturbesitz

